



Cherokee  
*Jean Echenoz*

Lectulandia

Un joven sin historia ni pasión precisa excepto el amor por el jazz se encuentra sumergido en una aventura cuyas causas y reglas se le escapan, una historia de detectives raídos y torpes, una secta religiosa preocupantemente flipada, estafadores tan retorcidos que son incapaces de distinguir entre la verdad y las ilusiones que se fabrican, un loro muy, pero que muy instruido, una hermosa extranjera que se esfuma apenas entrevista, peleas, tiroteos, persecuciones, puertas falsas y pasajes secretos, asesinos impávidos... Toda la panoplia de la novela negra pero tratada con gran inteligencia, libertad, desenvoltura y sentido del humor en un libro desconcertante en el que no obstante se adivina de inmediato que lo esencial es la literatura. Tal como el autor precisaba en una entrevista, «Cherokee es una novela de aventuras... e incluso de amor. No me gusta que se la catalogue como novela policíaca, aunque haya armas, persecuciones, indagaciones. Pertenece a un ámbito más amplio. El eje es alguien que busca a una mujer. El hecho de que él mismo sea perseguido por diferentes categorías socioprofesionales (risas) constituye un movimiento de doble persecución».

**Lectulandia**

Jean Echenoz

**Cherokee**

ePub r1.0

SoporAeternus 16.05.15

Título original: *Cherokee*  
Jean Echenoz, 1983  
Traducción: Josep Escué  
Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Un día, un hombre salió de un almacén. Era un almacén vacío, en los suburbios del este. Era un hombre alto, ancho, recio, con una gran cabeza inexpresiva. Era el final del día.

El hombre iba vestido con un pulóver hecho a mano, de rayas amarillas y rojas, debajo de un impermeable de plástico flexible, opaco, con acanalados estampados que imitaban una tela de gabardina. Un sombrero para la lluvia se extendía como un pez plano en lo alto de su cabeza. Acababa de dormir cinco horas seguidas en el fondo del almacén y ahora caminaba echando frecuentes vistazos a su izquierda, a su derecha, detrás de él. No iba tranquilo. La víspera, había robado una cantidad importante, y temía que lo reconocieran, no quería que lo detuvieran; no quería que le quitaran el dinero.

No lejos del almacén, en un café, unos dibujos en una carta fijada cerca de la vieja cafetera representaban bocadillos, tortillas, queso en lonchas. El hombre miró aquellos dibujos un buen rato. Le gustaban las imágenes de las cosas, era más sensible a ellas que a sus nombres, y que a su precio desde la víspera. Se volvió hacia la sala, donde no se hallaban más que tres clientes, dos que se estaban besando y uno solo, muy viejo, luego pidió un hot-dog y una ración de queso.

—¿Junto? —preguntó el mozo.

El hombre, sin responder, dijo que también quería un tango-panaché. Esperó de pie, con una de sus manazas pegada a la barra, sin dejar de echar ojeadas a su alrededor. El mozo le sirvió con dos palabras de circunstancias, ahí tiene, que aproveche, a las que tampoco respondió el hombre, ni siquiera gracias; era un hombre poco locuaz. Comía aprisa, pegando grandes bocados, recuperaba fuerzas. Vacío de un trago su bebida rosa, dejó un billete en el mostrador, salió sin aguardar la vuelta, y empezó a andar de nuevo.

En un momento dado quiso saber la hora; su reloj marcaba las tres y veinte, era inverosímil: el hombre situaba aquel momento entre las siete y las nueve. No habría podido decir la fecha del día que iba a acabar, pensaba tan solo que era noviembre. Se llevó el reloj al oído, le dio cuerda brutalmente, se quitó la pulsera, sacudió el reloj con el puño, lo volvió a auscultar, luego lo arrojó al suelo, lo aplastó como a una cucaracha y apretó el paso.

Había poca gente a su alrededor, pocos vehículos; una vez un coche de la policía, y el hombre recio se arrimó a un portal, junto a un gran cubo de la basura que amplificaba los gruñidos apresurados y coléricos de un gato entre unos restos de ave. Más lejos, más tarde, pasó junto a una estación de servicio muy iluminada: en una cabina de cristal dormitaba un vigilante nocturno de mono blanco y gorra de lunares, desplomado sobre la mesa, como pisoteado por el gran caballo rojo que abría sus alas detrás de él. Inmediatamente después se alzaba una gran portalada de hierro cerca de la cual aguardaban treinta personas de ambos sexos, por parejas, por grupos, vestidas

de colores vivos que rompían momentáneamente la oscuridad de la noche. El hombre cruzó la portalada, tras la cual ascendía al aire una escalera metálica estrecha, dominando un solar que se adivinaba vacío, hacia un gran edificio de hormigón nuevo, apenas seco. Al final de la escalera, en una garita le pidieron sesenta francos al hombre recio, que recorrió luego una especie de vestíbulo sin revocado, con regueros de cemento húmedo en el suelo, relieves de encofrado en las paredes, y otros grupos y parejas. Nadie pareció fijarse en él a pesar de su corpulencia, su atuendo, su modo de andar, su sombrero como un lenguado, su aire de bestia.

Después había que bajar otra escalera, ancha y muy honda, rectilínea, que iluminaba apenas de arriba abajo una serie de fluorescentes verdes. Una música violenta crecía, subía hacia el hombre. Al pie de la escalera alcanzaba el máximo, se hacía abstracta por su monstruoso volumen de estridencia y gritos, enormes cajas como máquinas herramientas girando en una hormigonera de ogro cuya risa horrible sonaba en medio del tumulto. Era una extensión oscura, vasta como un campo de fútbol, constantemente estriada de rayos de colores violentos, nerviosos, que se agitaban a veces con temblores estroboscópicos, barriendo la superficie del espacio donde bailaban mil personas.

El hombre se hizo sitio junto a una barra balizada con focos. La gente se apiñaba, todos los taburetes estaban ocupados, una doble o triple hilera bebía de pie. El hombre pidió un tango-panaché. Un barman de mirada dura le alargó la carta de bebidas, en la que no figuraba aquella mezcla. Cruzaron dos o tres gestos y el otro le trajo una cerveza de importación, tras lo cual quiso cobrar enseguida. El hombre recio buscó otro billete en el bolsillo, en vano, luego registró su otro bolsillo, sacó un gran fajo de billetes de los grandes, atados con una gruesa goma, bajo la mirada dura y bruscamente atenta del barman. Pagó, se guardó la vuelta, se volvió, se adosó a la barra, y ahora se iba a beber lentamente aquella cerveza mirando a la gente que bailaba, a las mujeres que bailaban.

Justo a su lado estaba sentado en un taburete un hombre de gran estatura, un poco más alto que el mismo hombre recio, que, sin embargo, era alto y recio. El hombre de gran estatura era solo alto, se llamaba Georges y su apellido era Chave. A la inversa del recio, estaba de cara a la barra, tenía su vaso delante y observaba maquinalmente al barman, que atendía a los consumidores, dosificaba los líquidos, discutía en los momentos de respiro con un joven pálido de sienes afeitadas, que vestía una cazadora de ante con flecos, sentado al otro extremo de la barra.

Y ahora que tenía un momento, el mozo hablaba otra vez con el joven, señalando con la mirada al hombre recio. Parecía hablar en voz baja, pero, a pesar de la música, el joven parecía entenderlo: se deslizó del taburete, avanzó pausadamente a lo largo de la hilera de consumidores para acercarse al hombre recio y decirle algo que Georges Chave no pudo oír.

El hombre recio se sobresaltó, quiso retroceder, chocó con la barra. El joven movió de nuevo los labios y luego, súbitamente, escondida entre ellos en medio del

gentío oscuro y el ruido, Georges Chave vio brillar una navaja cuya hoja refractaba un haz fugitivo de luz amarilla. Producido no se sabe por qué, hubo entonces un revuelo entre el público y Georges Chave chocó bruscamente con el hombre recio, que dio un traspié y al que quiso sujetar el joven agachándose debajo de Georges Chave, el cual movió entonces secamente la pierna para aplastar con el pie la nariz del joven, que empezó a gritar algo inaudible, llevándose las manos a la cara, mientras se perdía la navaja bajo las suelas de los que bailaban. El hombre recio miró brevemente al hombre alto y se alejó de la barra, corriendo hacia la escalera, abriéndose un brutal camino de jabalí por entre las mujeres que bailaban. Georges Chave corrió tras él, alcanzándolo en el vestíbulo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Necesita ayuda?

El otro lo observó, con los ojos muy abiertos, inmóvil.

—Crocognan —dijo—. Crocognan.

Crocognan no es nada, no es un nombre, no quiere decir nada. Pero aquella nada dio un paso atrás, otro, más aprisa, se volvió, desapareció, y Georges Chave bajó de nuevo la escalera, regresó a la barra. El barman le sirvió como si tal cosa, el joven de la navaja había desaparecido, era como si no hubiera ocurrido nada. Georges salió del local sobre las seis de la mañana, y algo más tarde se comió unos croissants en un café del bulevar Magenta, y a eso de las siete y media pasó por la plaza de la République, frente al cuartel de bomberos, donde a veces se instalan algunas adivinas con sus roulettes. Había precisamente dos y una de ellas tenía abierto. Llamó a la puerta.

—Son raros los hombres que consultan a una adivina —dijo la señora Tirana—, sobre todo a estas horas. Pase.

Ofrecía varias técnicas; Georges optó por la bola. Pero, apenas sentado, lo invadió sin avisar el cansancio de aquella noche y al instante empezó a respirar pausadamente, con los ojos cerrados y la cabeza suavemente inclinada a un lado. La adivina levantó los ojos de la bola, miró a Georges, luego volvió a mirar la bola frunciendo las cejas, luego otra vez a Georges y de nuevo la bola, pensativa, con dos dedos en la barbilla. Da igual, se lo digo, masculló, levantándose. Dio la vuelta a la mesa, se acercó a la butaca, se inclinó hacia el hombre dormido.

—Tendrá un encuentro —le sopló bajito al oído—. Y hará un viaje, un viaje corto. Y además ganará mucho dinero.

Georges gruñó un poco, acurrucándose en la butaca. La adivina le dirigió una mirada de ternura y le echó una manta sobre las piernas; luego salió sigilosamente de la roulette, cerrando sin ruido la puerta para ir a llamar a la de la roulette vecina; su comadre la hizo pasar y le preparó un poco de café cuyos posos examinaron ambas.

## 2

Georges Chave tenía un coche alemán azul que se averiaba con frecuencia. Cuando estaba averiado, Georges Chave iba a pie, como aquel día por la calle del Temple, en que había conocido a Véronique. La cosa había sido realmente sencilla. Por ejemplo, le había preguntado la hora, ella había respondido que su reloj adelantaba, él insistió en que cualquier hora valía. Poco después, sabía que se llamaba Véronique. La había acompañado un rato, hasta el jardincito del Temple, que está plantado de árboles de especies bastante diversas. La invitó, quiso darle su dirección, buscó en sus bolsillos sin encontrar otro papel que un ticket de metro nuevo, y ella, para escribir, solo tenía su lápiz de labios; formatos incompatibles. Dijo que se acordaría de las señas, mañana a las tres. Se despidieron, se volvieron uno hacia otro. Ella llevaba una falda de terciopelo abrochada a un lado, una chaqueta de recia lana beige, y ahora era mañana a las dos y Georges estaba —ya— sentado junto a su ventana.

Vivía al principio de la calle Oberkampf, en una casa contigua al Cirque d’Hiver. Los inquilinos eran de procedencias muy diversas; según su meridiano y sus hábitos respectivos, sus horarios se superponían, se oponían o se confundían en un ciclo ininterrumpido, como un desfase horario permanente, inmóvil. Cada instante era un contrapunto de palabras y músicas egipcias, coreanas o portuguesas, servias y senegalesas que se anudaban entre sí, se trituraban unas contra otras como granos en un molino, y por encima de todo ello subían ciertas noches los bramidos recogidos de los elefantes del circo próximo, los gritos de amor de los linceos, y a los aromas polícromos de las cocinas de la casa, cuyas ventanas abiertas dejaban escapar también las animadas conversaciones a la luz de las bombillas desnudas, se superponía la fragancia intensa de las fieras, como una aceituna en un vermut.

Eran dos cuartos oscuros los que ocupaba Georges en el segundo piso; daban a una especie de pozo. Una pared entera de uno de ellos estaba ocupada por discos, cuatrocientos sesenta y ocho discos exactamente, sobre todo música de jazz grabada entre 1940 y 1970, que abarcaba la casi totalidad de los catálogos Prestige y Riverside, lo esencial de la Blue Note, una selección completa de las demás firmas y todos los que Georges había comprado en Holanda, encargado en Suecia, más las grabaciones piratas, las importaciones japonesas, así como los discos de marcas desconocidas, grabados en cocinas, con fundas hechas a mano, que enviaba a Georges un amigo americano.

Solo la ventana de la cocina veía el sol, dominando un patio bastante grande con unos adoquines extraordinariamente irregulares, como arrojados en desorden y abandonados allí, que comunicaba con la calle por una puerta cochera abombada en cuyas paredes estaban pintadas en rojo contraseñas turcas. Desde la cocina, más allá de aquella puerta, Georges podía observar un trocito de acera de la calle Oberkampf, en un marco trapezoidal cruzado por piernas de mujeres, piernas de hombres, mitades



de niños, perros enteros. Las tres y cuarto: el cuerpo completo de Véronique avanzaba por el trapecio.

Véronique cruzaba el patio con precaución, vigilando sus tacones entre los adoquines, sin ver a Georges en su ventana, que la cerró enseguida, la abrió de nuevo, bajó la voz de la radio que gritaba si te quiero (clac), qué problema (clac-clac), ya que mientes (clac) sin cesar (clac-clac), y mis sollozos para ti (bum, bum) son como el viento, y Georges enderezó un cojín, se vio en el espejo, cerró la puerta del cuarto de baño, subió otra vez el volumen de la voz que ahora se quejaba de que grande es la pena bajo la higuera bífida, larga es la espera bajo el mango lánguido y el tedio acecha al pie del datilero, luego llamó Véronique, Georges abrió, entró ella, él abrió los brazos y pasado mucho rato la estaba besando aún y hablaba suavemente entre sus cabellos, mientras la voz murmuraba que rojos son el labio y la uña y azul la espuma del mar, que todo está claro, todo está claro.

### 3

Georges Chave era, pues, un hombre algo más alto de lo normal, bastante delgado por otra parte, lo cual podía hacerlo parecer todavía un poco más alto. Tenía poco dinero, royendo los últimos huesos de una herencia descarnada, aliñada apenas con un resto desvaído de ayuda pública. Se compraba poca ropa, que era casi siempre de fabricación americana y muy a menudo de segunda mano, y que adquiría en dos o tres puestos, siempre los mismos, de la Porte de Clignancourt. Véronique cambiaría todo eso.

Georges la volvió a ver los dos días siguientes enteros, que eran un fin de semana, y casi todas las noches de la semana siguiente, luego durmió en su casa. Como ella trabajaba todo el día en un despacho de la calle de las Pyramides, no se veían hasta eso de las siete, tras lo cual sus noches les parecían cortas y su despertar temprano.

Georges se pasaba, pues, el día esperando a Véronique. Esta espera le impedía llenar como antes su existencia con una actividad de bares, cines, viajes a los suburbios, visitas hechas, recibidas, devueltas, novelas, sueños imprevistos, aventuras provisionales. Luego, siempre quería regalarle a Véronique flores, joyas, ropa, en particular un vestido amarillo que había visto en la plaza de las Victoires. Descubrió, con despecho, y tuvo que admitir luego, que carecía de dinero para ello y que sin Véronique, y casi sin advertirlo, esta situación habría podido eternizarse.

Un jueves, con una maleta en la mano, salió Georges de su casa a las nueve de la mañana, tiró calle Oberkampf arriba hacia la estación de metro Oberkampf, donde se embarcó rumbo a la Porte d'Italie. Después de la Bastille, el tren subió a airearse un poco por el Quai de la Rapée, volvió a hundirse y ascendió de nuevo como siguiendo el perfil de unas montañas rusas sepultadas, saliendo al aire libre para darle la vuelta a la Morgue, por cuyas ventanas esmeriladas se adivinaba a hombres de bata que efectuaban horribles comprobaciones, luego giró bruscamente hacia el Sena por el puente de Austerlitz. Sureste o noroeste, los pasajeros se volvían entonces hacia las ventanillas y contemplaban el paisaje fluvial, limitado respectivamente por los arcos superpuestos del puente de Bercy y la trivialidad plácida del puente Sully entre los que, lentamente, flotaban apenas algunas chalanas cargadas de materias primas.

En la plaza de Italie, Georges subió al aire libre por una escalera mecánica monumental y luego anduvo hacia el este, por avenidas bordeadas de altos edificios, parques cuidados en torno a fundaciones filantrópicas de ladrillo rojo, pequeños comercios vetustos, zonas de construcción o de derribos, supermercados recién estrenados.

Su maleta pesaba, nada pesa más que los libros. Cruzó el barrio chino, que no proliferaba en gritos breves, música agria, rincones oscuros, trastiendas, olores inesperados, ideogramas y farolillos, sino que consistía en altas y largas líneas de edificios grises, cual buques en cuarentena varados a ambos lados de la avenida como un dique a cuyo alrededor iban y venían, semejantes a chalupas, coches abarrotados

de hombres amarillos. Un puente pasaba luego sobre el bulevar periférico, donde rezongaba en ocho filas un ganado forzado que pugnaba en su óxido, del que se escapaban, apenas perceptibles, por los deflectores abiertos, filamentos de autorradios. Después se llegaba a Ivry; un chaletito gris subsistía al fondo de un pasaje, protegido por una puerta de hierro que se abría mal y cerraba mal y cuyos dos pilares estaban adornados con un par de grandes dados de cemento apoyados en un ángulo. Georges franqueó la puerta, dio la vuelta a la casa por un camino estrecho obstruido por un gigantesco cadáver de glicina y llegó a un diminuto huerto cuadrado al que daban sombra los altos edificios circundantes y en el que crecían alineadas unas cuantas hortalizas decididas.

Un hombre de sesenta y cinco años gritó algo desde dentro; luego fue a abrir la vidriera de la cocina. Georges entró; había un fuerte olor a perro o más bien a perros, con uno por lo menos mojado. Pero no había perros, como tampoco había gallinas en el gallinero ruinoso, apuntalado en una pared al fondo del huerto.

—No tenías que venir —dijo el hombre.

Iba vestido con una espesa sedimentación de tejidos: chaqueta, chaleco, camisa, camiseta, de escotes decrecientes, y color de hierro, bronce, petróleo, antracita, con un ancho pantalón caqui de antiguo corte colonial, sostenido con gran cantidad de botones.

Georges dejó la maleta sobre la mesa y fue sacando una veintena de libros, que eran novelas de Georges Ohnet, Paul Reboux, Claude Farrère, biografías de Barrès, Barbès, Barbusse, estudios históricos, testimonios históricos, novelas históricas, con la colección encuadernada de la publicación de *100 Chistes* correspondiente al año 1964.

—Eso es todo lo que he encontrado, Fernand —dijo.

Fernand evaluó el lote murmurando ceros. Déjalo, dijo Georges, los he conseguido por nada. No, no, exclamó el sexagenario. Sí, hombre, dijo Georges. Bueno, dijo Fernand, ¿querrás un café? Se tomaron un café. ¿Y cómo van las cosas?

—Así, así —respondió Georges—, hay días de todo.

—¿Buscas algo?

Georges movió levemente los hombros.

—Es que no puedo hacer nada por ti —dijo el hombre—. Yo ya no veo a nadie, ya no sé nada. Date cuenta —se animó de pronto—, yo conocí a Javel, conocí muy bien a Pons, yo fui quien descubrió a Sapir, todavía tengo en la cabeza todas las cuentas de Roux-Flacelière. ¿Qué más? Trabajé para las hermanas Jones, para Gaston d'Argy, para Paul, y aquí me tienes, un viejo imbécil sin retiro, sin nada. Podredumbre —pataleó débilmente—, sífilis y panadizos.

—No te amargues la vida —dijo Georges—. Olvídalo, son cosas viejas.

Pero Fernand se volvió de súbito hacia él, con la mirada viva y un dedo en alto:

—¿Y Benedetti? Me olvidaba de Benedetti. Vete a ver a Benedetti, sencillamente. ¡Con las veces que te lo han dicho!

—Es verdad, después de todo —dijo Georges—. ¡Con las veces que me lo han dicho!

—¿Y Fred? ¿Tienes noticias tuyas?

—A Fred no lo quiero ver más —dijo Georges.

Ahí tenemos a Fred. Está sentado. Ante sus ojos, dos hombres torturan bestialmente a un tercero, lo despedazan y hunden sus restos en una bañera llena de ácido. Es el afán de lucro el que guía su brazo. Tendrán su castigo. Alrededor de Fred, sentados como él en la oscuridad, algunos espectadores se ríen, otros se tapan los ojos. Fred no manifiesta ninguna reacción, no atiende a lo que pasa, parece preocupado, piensa en otra cosa. Hete aquí que se levanta, abandona la sala, cuando quedan todavía más de tres cuartos de hora de proyección.

Fuera, la luz era fría y metálica. Fred Shapiro bajaba por la avenida de Wagram; el Arco detrás de él alzaba en perspectiva su bloque de viejo hielo gris. Era un hombre de treinta y ocho años, tenía la nariz curvilínea, la frente alta debido en parte a sus entradas. Llevaba un traje de whipcord azul de Prusia, una camisa de estambre de lana blanca muy fina con rayas grises muy delgadas, una corbata de seda azul oscuro con un pequeño motivo que representaba una garza blanca de pico amarillo dorado, gruesos zapatos negros como los llevan los policías y los curas, pero de un modelo siete veces más caro.

Fred Shapiro pensaba en Georges Chave, de ahí su expresión preocupada; Georges era un primo lejano de Fred, lo que se llama un primo, uno de esos primos a quienes se encuentra regularmente, en verano, en casas llenas de tíos. Juntos, de niños, habían construido refugios, martirizado sapos, fumado hojas de plantas, inventado códigos. Hacia los dieciocho años se habían encontrado en París; a menudo se veía a Georges con Cécile y a Fred con Alice. El primer verano alquilaron una casita en la costa.

No había arena. Era una costa rocosa con acantilados, calas y caletas; el agua clara era enseguida honda. Habían ido los cuatro, acompañados de un hermano pequeño de Cécile, que se llamaba Charles-Henri. Cécile era rubia, Alice castaña clara, Charles-Henri era alérgico a los erizos de mar y llevaba unos pantalones cortados por los tobillos.

Aquel verano, Fred se expresaba con gruñidos, con palabras breves, ácidas, no quería hacer nada como los otros, estaba insoportable. Nadie sabía qué le pasaba. A primera hora de la tarde, un día de sol duro, propuso a Cécile que lo acompañara a la orilla del mar. Ella aceptó, lo siguió durante mucho rato por unos pedregales donde resbalaban con las sandalias, hacia una plataforma pequeña que dominaba el mar en forma de terraza. Se habían sentado allí, sin hablar. No había más ruido que el de las olas que se estrellaban abajo, con gritos de pájaros que no se veían.

Fred se había vuelto hacia Cécile sonriendo y se había sacado del bolsillo una navaja, una hermosa Laguiole con mango de hueso. Había abierto la navaja y había probado su punta y su filo en el dedo. Cécile no estaba segura de que hubiera que asustarse. Claro que, si se volvía loco, podía querer matarla, violarla, y en qué orden, pero igualmente podía tan solo querer enseñarle su hermosa navaja. La hizo saltar

varias veces en la mano, luego la cogió por la hoja y la lanzó hacia adelante como a una diana, y el arma giró sobre sí misma parabólicamente antes de hundirse en el mar, treinta metros más abajo. Cécile se quedó tranquila, pero Fred se sacó entonces de otro bolsillo una nueva navaja, más larga, más impresionante que la primera, con la palabra *rostfrei* grabada en la base del acero. Manejó un rato el accesorio, sin dejar de sonreír, y luego lo lanzó al agua como si apuntara otra vez a algo. Luego dejó de sonreír, se levantó, se marchó sin volverse. Cécile lo vio alejarse torpemente entre las pendientes, por las que rodaron los pedruscos a su paso. Esperó a que desapareciera para levantarse a su vez. Mucho más tarde, cuando regresó a la casa por otro camino, le dijeron que Fred, apenas llegó, atiborró en tres minutos su maleta y se marchó a París sin decir ni una palabra. Georges no lo entendía. Alice lloraba.

A la mañana siguiente, Cécile había vuelto acompañada de su hermano a la terraza estrecha donde Fred había hecho su número. Charles-Henri se tiró al agua, tardó un rato en salir, jadeó, dijo que había visto las navajas exactamente en el mismo sitio, una encima de otra formando una cruz. Podía volver por ellas, si Cécile quería. Ella no quiso, y regresaron. Poco después terminaba el verano. Alice lloraba.

Fred y Georges se habían visto un par de veces más en París durante el otoño. La primera en un café por Maubert, la otra en el Savoy, en la plaza de la République. Fred seguía raro, sombrío, impertinente, casi pérfido, no le devolvió a Georges un disco que le había pedido hacía mucho tiempo, una interpretación muy corriente de *Cherokee*. No era nada, detalles de los que no había que hacer caso, como lo de las navajas, que Cécile había acabado contándole a Georges, que tampoco era nada, pero esos detalles hicieron que dejaran casi de verse.

Por otra parte, al poco tiempo, Fred se fue de viaje. No tuvieron noticias suyas, salvo una postal dirigida a Cécile, cuatro palabras neutras detrás de una vista de Chandernagor. Seis meses después, Georges se enteró de que había vuelto, pero evitaba todo contacto con sus antiguos conocidos. Solo se vieron en contadas ocasiones, en algunas fiestas familiares, por ejemplo, en las que se mantenían a distancia uno de otro como imanes de igual polo, pero pronto escasearon las fiestas en su familia, ningún tío se acordaba ya de organizar ninguna.

Ahora, cuando le preguntaban a Fred por su trabajo, decía que se dedicaba a los negocios. Era verdad: compraba a bajo precio una cantidad de café, que cambiaba por una cantidad de algodón, que trocaba por carbón, que cedía por azúcar o cemento, y así sucesivamente. Se trataba siempre de cantidades importantes, y Fred sacaba un beneficio en cada transacción. No veía nunca ni pizca de algodón ni de carbón, todo se hacía por teléfono. Era una profesión fácil, rentable, que exigía pocos conocimientos y poco tiempo, solo las sesenta relaciones de siempre. Era sencilla y satisfactoria. A veces se preguntaba Fred por qué no la ejercía todo el mundo.

No siempre había sido todo fácil. Armado del principio de comprar un objeto, vigilar la coyuntura y venderlo más caro, llegado el momento, Fred olvidó desgraciadamente una variable cuando su primer negocio. Su inversión inicial

consistía en una partida de nueve toneladas de anchoas en semiconserva, lo cual habría sido una operación como otra cualquiera, si hubiera contado con los fondos necesarios para el alquiler de un almacén refrigerado. Las anchoas esperaron tres largas semanas de junio en el segundo sótano de un garaje en construcción, cerca de Plaisir. Agotados los mayoristas, Fred dio por fin con un hombre de Dijon que precisamente andaba buscando aquellos pequeños pescaditos en cantidad grande. Once días más tarde, una serie de indisposiciones graves asolaron diversas fábricas, cuarteles, escuelas y cárceles del departamento de la Côte d'Or. Refectorios de conventos, impecables hasta entonces, fueron triste teatro de convulsiones, vómitos y diarreas. No fue difícil remontar hasta el culpable, el cual, antes de que le echaran el guante, cogió el primer avión para Chandernagor, único lugar de la tierra lo bastante alejado de Dijon donde conocía entonces a alguna gente.

Esta vez tardó tres años en volver. Sus tíos, socios suyos, habían más o menos pagado multas, cargas, costas y gastos de justicia, no sin ponerse secretamente de parte de Fred, tan lejos, solo, enfrentado a aquella mercancía picante. Con el poco dinero que había reunido allá, volvió a empezar sobre la base de cuarenta y cinco máquinas herramientas, que no tuvieron tiempo de oxidarse antes de ser cambiadas por nueve mil televisores, con lo que el sistema se hizo próspero.

Después la cosa marchó tanto mejor cuanto que Fred asociaba a terceros en negocios que trataba él solo, lo cual le permitía multiplicar sus beneficios gracias a un juego de contabilidad. Así, desde hacía seis semanas, Fred Shapiro hacía de hombre de negocios de un inglés bastante rico llamado Ferguson Gibbs: Fred le proponía operaciones al doble de la inversión inicial y restituía luego la mitad de su propio beneficio al maravillado inglés. Un tal Roger Groin había puesto a Fred en contacto con Gibbs, proponiéndole que ocupara su puesto. Roger Groin dejaba al inglés porque había conseguido una colocación análoga con un emir. Roger Groin era un chico simpático; quizá se parecía demasiado a su apellido.<sup>[1]</sup>

Fred bajaba, pues, por la avenida de Wagram hacia la plaza de Les Ternes, donde cogió un taxi a las tres cuarenta. A las tres cuarenta y cuatro, el taxi dejó a Fred en la plaza de Europe, que es una estrella de seis puntas bautizadas Liège y Londres, Vienne y Madrid, Constantinople y Leningrad. Fred mató el cuarto de hora que faltaba mirando los escaparates de instrumentos de música de la calle de Rome. Los había de viento, de percusión, de cuerda, panoplias de saxofones ordenados por orden decreciente como herramientas y un pequeño piano de cola coreano al fondo. De joven, Fred había estudiado piano, después lo había practicado lo bastante como para poder tocar temas sacados de discos, cosas de Ray Bryant, Junior Mance, Bobby Timmons, y otras por el estilo. Georges lo acompañaba más o menos bien con una guitarra de amplificador, formando sobre todo líneas de base con las cuatro cuerdas graves del instrumento, después habían encontrado un batería cuyos padres poseían un garaje aislado en el que instalaron un viejo Bösendorfer alquilado. El batería era bajito, nervioso, macizo, con bigotes finos, casi transparentes. Hablaba poco. Daba

siempre la impresión de que te iba a partir la cara.

Eran las tres cincuenta y cinco, y Fred no tenía tiempo para entrar en la tienda a probar el coreano. En las habitaciones de hotel en que solía vivir por regla general, no había posibilidad de instalar un piano. Y eso que, las más de las veces, eran hoteles de lujo, con un bar provisto de piano, pero bueno. Volvió sobre sus pasos hacia la plaza de Europe, que dejó atrás para tomar por la calle de Liège.

En el 6 bis de la calle de Liège hay un hotelito particular muy limpio, muy pulcro, hundido en la alineación de la calle. Una verja protege un patio cubierto de gravilla donde están aparcados varios coches, un Bentley, un Land Rover, un viejo Mercedes amarillo; algunos llevan matrícula extranjera. Hay también una motocicleta Norton Comando. La planta baja está ocupada por una sociedad de transportes internacionales. En el primer piso hay dos puertas frente por frente. En una de ellas está clavada una tarjeta de visita con una sigla incomprensible. Fred llamó a la otra.

La señora que fue a abrirle la puerta no era ya del todo joven, pero era muy guapa, erguida, corpulenta, iba maquillada y tenía una sonrisa conmovedora. Poseía un semblante de hada incestuosa, como el retrato robot hecho por un hombre que quisiera describir a un tiempo a Michèle Morgan y a Grace Kelly a los cincuenta y cinco años, un hombre que fuera Walt Disney. Llevaba un traje sastre Chanel de color cinc, una blusa gris y ligera como el humo y un enorme collar de oro.

—Busco a mi gato —dijo Fred—; se ha perdido por aquí. ¿No lo ha visto usted? Un gato amarillo con una correa verde alrededor del cuello.

—No —respondió la señora—; no hay más que perros en el barrio.

—También he tenido un perro —dijo Fred—. Se ponía enfermo siempre que empezaba el mes en viernes.

—Pase —dijo la señora.

Entró. Salón Luis XV, tapicería color botón de oro, grandes espejos, cuadros tipo Fragonard o Boucher, alfombra Savonnerie, gran superposición de cortinas en las ventanas. La señora cerró la puerta.

—¿Lo ha encontrado fácilmente?

—Sin ningún problema —contestó Fred—. Lo único, la contraseña, que es un poco exagerada.

—¿Viene de parte de Gibbs?

—Nada de nombres —dijo Fred. La señora se echó a reír.

—Al contrario. Nombres, nombres. Ha venido para eso.

Con un ademán lo dejó elegir entre varios sillones incómodos, de tapicerías recargadas como lenguas; luego se sentó delante de un pequeño secreter biselado del que sacó una carpeta atiborrada de papeles que se salían por los bordes. Se acercó las gafas a los ojos un instante, sin ponérselas, recorriendo los primeros folios.

—¡Ah, sí! —dijo—. Una secta. Una especie de secta.

—¿Cómo dice? —preguntó Fred.

—Una secta —repitió la señora—, con todo lo que hace falta. El local, las



delegaciones en provincias, el material de propaganda, todo eso. Celebraron una pequeña fiesta la primavera pasada; eran casi ochocientos; espere —hojeó unos folios—, aquí, setecientos ochenta y dos. Habían llevado mucho dinero para aquella ceremonia, era la fiesta de la Hermana.

—No entiendo —dijo Fred.

—No se preocupe —dijo la señora—. La Hermana es una especie de vestal a la que adoran. Adoran también el blanco.

—¿Qué blanco? —vaciló Fred.

—El color blanco —generalizó la señora—. Adoran el color blanco, adoran a su Hermana y a una especie de gran sacerdote que tienen, en fin que tenían, ahora se lo explicaré.

—Son idiotas —sentenció Fred.

—La cuestión no es esa —dijo la señora—. ¿Por dónde iba? Ah, sí. O sea que se reunieron para la ceremonia. Habían llevado bastante dinero para hacer una ofrenda a la Hermana; se lo confiaron al gran sacerdote. Al día siguiente, el gran sacerdote había desaparecido y la caja estaba vacía.

—¡Qué idiotas! —insistió Fred.

—Estoy de acuerdo —dijo la señora—. La prueba está en que todavía no han entendido qué pasó. No han salido aún de su confusión; se los puede manejar como se quiera. Un negocio que hay que aprovechar.

—No me parece muy serio —juzgó Fred.

—Es serio, pero hay que actuar con rapidez. Empiezan a pelearse entre ellos. Habría que intervenir antes de que haya escisiones, si no, será más complicado. Le explicaré sus ideas, las creencias, el ritual, tengo toda la documentación. Bastaría encontrar a alguien que ocupara el lugar del gran sacerdote, para restablecer la calma. Se les devuelve parte del dinero, se les cuenta lo que sea, es muy sencillo.

—Pero ¿qué interés tiene? —quiso saber Fred.

—Ochocientas personas constituyen una buena mano de obra. Pueden hacer cualquier cosa por usted; basta con saber dirigirlos. Como a un pequeño ejército, ¿me entiende?

—No lo sé —dijo Fred—. Tal vez no le interese a Gibbs.

—Por mí, haga lo que quiera —se impacientó la señora—. Me encargan que busque inversiones y busco inversiones, lo demás es asunto suyo. Total, para lo que gano con este negocio —se irritó—; si todos los negocios fueran como este... Bueno, no voy a suplicarle. No es usted el único, ¿sabe?, Gibbs no es el único.

Estaba casi furiosa; resultaba bastante guapa así. Había cerrado la carpeta. Miraba a Fred con altivez. Tenía las uñas color carmín, los labios apretados.

—Bueno —dijo Fred—, no se ponga nerviosa.

—Simplemente lo que quiero decir —prosiguió con calma excesiva— es que es una buena inversión, no puedo decir nada más. Es una buena inversión. Ahora, usted verá.

—Bueno, bueno —volvió a decir Fred—, hablaré con él. Y del testamento de Ferro ¿tiene alguna noticia?

La señora había cogido un portaminas lacado y escribía con letra muy fina en un cuadrado de papel parma del grosor de un secante que había arrancado de un bloc.

—Ya no me encargo de ese asunto —dijo, mientras escribía—. El notario se lo ha dado a otro, una especie de agencia; le escribo las señas. Le pongo también el teléfono de Dascalopoulos. Era el gran sacerdote; he podido hablar con él. Tendrían que verlo, si Gibbs está de acuerdo en ocuparse de los rayistas.

—¿De quién? —inquirió Fred.

—De los rayistas. Los rayistas de la mano izquierda. Son los que adoran el blanco. Piensan que el blanco no es un color sino un rayo, o algo por el estilo. El gran sacerdote celebra el culto del rayo y la Hermana encarna al rayo o lo conserva o lo difunde, no estoy muy enterada. Naturalmente, es virgen y pura y todo eso, ya sabe.

—Entiendo —dijo Fred—. Y ¿qué opinan de todo eso los rayistas de la mano derecha?

—Ignoro si existen —dijo la señora—. ¿Vendrá también usted la próxima vez?

—Es posible —dijo Fred—, es muy posible. ¿Por qué? ¿Prefería a Roger Groin?

—No —dijo la señora—. Usted no está mal.

—Gracias —dijo Fred—, es muy amable. Usted también me gusta mucho.

Éranse una vez dos hombres llamados Ripert y Bock, esa pareja de alto flaco y bajo gordo que ya no se suele ver. Los dos llevaban trajes oscuros y bien ajustados, Ripert para parecer más alto, Bock para parecer menos gordo. Este último enarbolaba una corbata cremosa sobre una camisa de tergal color chocolate, lo cual le daba un aire confuso de chulo y de desayuno. Ripert llevaba un polo azul celeste de algodón puro, cuyo cuello desabrochado dejaba asomar una cadenita de oro con una minúscula medallita religiosa; a su modo, un modo distinto, también tenía aire chulo. Sin embargo, no ejercían esta profesión. Permanecían frente a frente, cada uno detrás de su escritorio, y bebían vodka verde fabricado en Francia en vasitos de cartón. Callaban. Estaban pensativos.

En sus mesas había periódicos, tijeras, recortes de prensa, y fotografías, cartas, fotocopias de cartas, y ceniceros, lámparas, teléfonos y lápices, llaves, latas de cerveza vacías, agendas, paquetes de cigarrillos, encendedores desechables. La habitación era muy oscura. Era el antiguo salón de un piso muy grande convertido en oficina, con —todavía— la cascada polvorienta de una araña fuera de uso en el techo y el lastre colosal de una chimenea de mármol blanco esculpida por una mente calenturienta, como un merengue mutante. En las paredes amarillas estaban fijados con chinchetas un calendario publicitario, obsequio de los establecimientos Smetana, así como un plano de París y sus alrededores. Cerca de la puerta, una estantería metálica se combaba bajo el peso de los anuarios, los mapas de carreteras, la edición de 1976 de la guía Michelin, carpetas y catálogos, algunas novelas de espionaje y revistas de cómics para adultos, la biografía de Dostoievski por Henri Troyat y un número especial de una revista automovilística dedicado a los pequeños turismos japoneses.

Estaban pensativos. Bebían sin mirarse. Cuando una voz gritó algo desde el otro lado de una pared, se levantaron. Se abrió una puerta. Buenos días, jefe, dijeron. Buenos días, dijo su jefe. Se sentaron.

—Esto se anima —anunció el jefe—. Spielvogel acaba de llamar y Degas ha dado su confirmación esta mañana. Seguimos también con Polneux. ¿Dónde está Brigitte?

—En Sainte-Geneviève —respondió Bock.

—Estupendo —dijo el jefe—; ella se encargará de Polneux. Ripert verá a Degas lo antes posible y Spielvogel lo espera dentro de una hora, Bock. Queda esa historia de herencia; ya se alarga demasiado. ¿Han encontrado algo al final?

—Todo el mundo ha muerto —dijo Ripert con voz quejumbrosa—; los herederos han muerto sin dejar sucesores. La familia no existe, la casa está vacía, se ha quemado el archivo, no hay nada que hacer.

—Para mí —expresó Bock—, es inútil investigar.

—Ya lo sé —dijo el jefe—, pero lo cierto es que el notario sigue pagando.

—Usted es el amo —recordó Bock—. Déselo a Brigitte; que le dedique media

jornada.

—Brigitte ya tiene lo de Polneux —exclamó el jefe—. El cliente paga un servicio, ¿verdad?; hay que darle algún resultado; es lo menos que puede pedir. Si es que parece increíble, ahora resulta que nos falta gente.

—No hay nada que hacer —repetía Ripert—. No hay la menor esperanza.

—¿No se le ocurre nadie que pudiera encargarse de eso? —insinuó el jefe—. Es muy sencillo, basta con hacer como que se busca. No sale nada, vale, pero al menos hay que dar la impresión de que se intenta. ¿No se le ocurre nadie?

—No —dijo Bock—, nadie. ¿Y si renunciara al dinero del notario?

—Ni hablar —dijo el jefe.

—Hombre, está mi hermano —sugirió Ripert.

—Ni hablar —repitió el jefe.

Se oyó un ruido de puerta detrás de ellos.

—Esa es Brigitte —anunció Bock—. Quizás ella conozca a alguien.

Se abrió la puerta del despacho, pero no era Brigitte. Era un desconocido: había llamado, no debieron de oírlo, se había permitido entrar. Buscaba al director.

—Soy yo —reconoció al jefe—. ¿De qué se trata?

—Vengo de parte de Fernand —dijo el desconocido—. Fernand, de Ivry. El de los libros. Me ha hablado de usted para un trabajo.

—Ah, sí, pase —dijo el jefe—, siéntese. Soy Benedetti.

—Yo soy Chave —dijo el desconocido.

—Llega usted a punto —dijo Bock, levantándose.

Salió del despacho, salió de la casa, fue a pie hasta el Châtelet, donde cogió el metro hacia la Concorde, desde donde se dirigió andando al barrio de la Cámara de los Diputados, a un hermoso edificio, en cuyo último piso vivía el doctor Spielvogel.

—Es estúpido criar un loro solo —dijo el doctor Spielvogel—. Es cruel, además. Mire, fíjese en aquellos. ¿Los ve allá arriba?

Bock alzó la mirada hacia el techo acristalado de la pajarera. Ocupaba la habitación más grande del piso, muy amplia, muy alta, invadida por el blanco del cielo; unos focos detrás de las rejas brillaban en cada uno de sus ángulos. Había grandes tiestos plantados con árboles exóticos cuyas ramas se entrecruzaban en lo alto, ofreciendo variedad de refugios hacia los que habían volado las aves al entrar los dos hombres, como una gran tela multicolor arrebatada por un tornado. Ahora permanecían posados o volaban de un palo a otro lanzándose chillidos, gritos, graznidos, curiosos crujidos. Había varias decenas, tal vez cien, tal vez hasta más de cien loros, únicamente loros. El doctor agitaba un dedo hacia un punto de la jauría alada:

—Inseparables, ¿sabe usted?, son los más conocidos. Por lo general los separan, ya se imagina lo que pasa entonces.

Reinaba un calor terriblemente húmedo en la pajarera; faltaba el aire; Bock sudaba; la fibra sintética de su camisa le daba picor y le quemaba la piel. Se echó al

hombro la chaqueta doblada.

—Un animal gregario —insistió Spielvogel.

—¿Hablan todos?

—Más o menos. Repiten lo que han aprendido con sus antiguos propietarios; a veces lo que les enseño yo. ¿Sabe qué aconseja Plinio para enseñar a hablar a los loros? Plinio el Viejo, claro.

—Mmm —murmuró Bock.

—Dice que hay que pegarles en la cabeza con un palo tan duro como su pico. —Se rio, Bock no—. Es verdad que tienen el pico duro. Ya me han destrozado tres instalaciones.

Un volátil se había posado sobre una rama baja, cerca del doctor, para oírlo hablar. Su pico era anaranjado, su cabeza azul pato con un ojo rojo sangre, su cuello verde tilo seguido de verde esmeralda, su pecho amarillo limón, su vientre violáceo, sus alas rosa con franjas violeta a lo largo de las cuales un reflejo azul marino se deshacía progresivamente en gris pichón.

—Lorito de Swanson —indicó el doctor—; ninguna relación con el ave de la que le quiero hablar. Entre. Por aquí.

Protegido por un tupido enrejado para precaverse de las deyecciones, un salón Directorio se encogía en un ángulo de la pajarera, como una jaula pequeña en la que podían posarse los hombres.

—Se trata de un loro Morgan —dijo Spielvogel sentándose—. ¿Conoce los loros Morgan?

—No tanto como quisiera —confesó Bock.

—Naturalmente, es un ave muy rara; se lo tengo que explicar. Escuche.

Bock escuchó: la población de los loros se dividía en setenta y nueve géneros, trescientas veinticinco especies y ochocientos dieciséis subespecies; se repartía en siete familias, principalmente los néstores y los amazonas, los periquitos y las cacatúas, algunas variantes anejas y por último los loros propiamente dichos, entre los cuales estaba el loro básico, el loro en estado puro, *psittacus* original: un individuo gris, apagado, extraordinariamente hablador, del que solo se conocían tres subespecies agazapadas en algunos puntos selváticos entre los ríos Congo y Senegal.

Más exactamente, solo se conocían estas hasta la aparición del loro Morgan, que representaba una cuarta subespecie desconocida antes de su descubrimiento, hacía quince años, por el célebre ornitólogo Morgan, del que le venía el nombre. El loro de Spielvogel era una de las dos aves que había apresado el ornitólogo, después de las cuales no se había podido capturar, ni observar, ningún individuo de su categoría. Exceptuando su primo, era único en su género. Costaba una fortuna.

—Ya me lo imagino —dijo Bock—. Ese Morgan ¿es amigo suyo?

—Un antiguo amigo —se sonrojó el doctor—. No tiene nada que ver con nuestro asunto.

—¿Y si ha muerto el loro? —dramatizó Bock—. Suponga que ha muerto. Algún

día ha de morir.

—Viven hasta muy viejos, ¿sabe usted? —dijo Spielvogel.

Así, una nasiterna había aguantado ciento seis años en el zoo de Londres y una gran cacatúa de copete amarillo se había extinguido en Gloucestershire a la edad de ciento veinte. Bueno, dijo Bock, vamos a otra cosa. Los hechos.

Los hechos: el martes por la noche el doctor Spielvogel había pasado un momento en la pajarera en compañía de algunos invitados, colegas suyos fuera de toda sospecha, acompañados de sus esposas fuera de toda sospecha. Bock apuntó de todas formas sus nombres.

—Hablamos un ratito con él —recordó el doctor—. Una pieza incomparable. En cuatro años que llevaba aquí, había aprendido un buen millar de palabras. No está mal, ¿eh? Conmigo sobre todo hablaba una barbaridad.

—Ya entiendo —repitió Bock—. ¿Qué más?

—El miércoles por la mañana había desaparecido. Esta pérdida me afecta mucho; le tenía mucho cariño a ese pájaro. Creo que él me quería también. Seguramente conocerá usted la tesis, tantas veces expuesta, según la cual los loros machos se encariñan con las mujeres, y las hembras más bien con los hombres.

—Pues no —dijo Bock.

—No importa; es falsa. Grzimak lo demostró en el cuarenta y nueve. ¿Más preguntas?

—Sí —dijo Bock—, alguna más.

Pero no había ninguna señal de efracción, ningún tragaluz abierto, ningún móvil plausible en ningún criado, ninguna amenaza, ningún enemigo, ninguna sospecha, ninguna idea.

—Bueno, veremos —concluyó Bock levantándose—. ¿No tendrá una fotografía del animal?

En cuanto salió, los loros dejaron las ramas altas y se abatieron sobre Spielvogel como sobre un amigo, un antiespantapájaros repentinamente cubierto de periquitos bicolores, tricolores, multicolores, loritos de ojo doble, rabadilla verde, cresta azul, loris de coronilla rosa y cabeza de ciruela, pecho púrpura y bonete pálido, amazonas de frente malva, inseparables de antifaz.

Sobre las once subía Bock por la calle Saint-Denis hacia el pasaje Brady, que va a salir por el otro lado al bulevar de Strasbourg, y en el que el despacho de Benedetti ocupaba el principal de una casa exigua, equipada con un ascensor para una persona y media. En la puerta estaba fijada una placa esmaltada en la que se leía la palabra *Contencioso*. Ripert ya no estaba allí, ni el jefe, ni el desconocido de antes. Solo estaba Brigitte, en la centralita del vestíbulo, examinando un documento mediante una lupa detrás de la cual se levantó hacia Bock su ojo enormemente malhumorado.

—¿Qué? ¿Cómo anda lo de Polneux?

Luego se sentó y hojeó un número atrasado de *Science et Vie* mientras esperaba a Ripert. Este apareció a las doce menos diez y preguntó qué hay de nuevo. Nada, dijo

Bock, una chorrada sobre un loro. Vamos a comer, dijo el otro. Bock se levantó y salieron. ¿Qué tal lo de Polneux?, preguntó Ripert al pasar por delante de Brigitte.

Había bacalao con patatas hervidas. Bock expuso el caso Spielvogel y dijo que se daría una vuelta por los zoos, las tiendas de animales del Quai de la Mégisserie, quizás el mercado de animales de la isla de la Cité, el domingo. Ripert objetó que seguro que no sacaría nada, pero Bock aseguraba que había que probar. Las cosas se encuentran siempre en su sitio natural, al menos pasan necesariamente por él, en uno u otro punto de su tránsito sublunar, pero Ripert le dijo que se dejara de cuentos. Si es así, ve directamente al Congo.

Más tarde, en el Jardin des Plantes, después de pasar un rato en la zona de las aves, Bock compró cacahuets que quiso dar a los monos, pero los monos no querían cacahuets, se los volvían a tirar hábilmente por entre los barrotes y se los tuvo que comer él. Luego quiso ver un elefante, pero, de momento, no había elefante. En el pabellón en forma de rotonda donde solían estar los paquidermos, un hedor insoportable solo albergaba modestos animalitos poco exóticos, quizás olvidados, acurrucados en sus jaulas. Bock salió, respiró, se sentó en un banco. Era un día laborable, el tiempo era gris y frío, el jardín solo estaba poblado de gente vieja y niños pequeños, con madres y parados. De pronto el cielo cubierto redobló su espesor; un resplandor oscuro cayó como la noche sobre las cosas; ráfagas de viento arrastraron algunos objetos ligeros por la superficie del suelo: signos precursores de un chaparrón que cayó efectivamente en el acto, con brío. Bock corrió hacia un grupito que se formó espontáneamente al amparo de una ancha picea. Se secó la cara con la manga mojada, cruzó los brazos, se friccionó los hombros sin mirar ni una vez a los ancianos y a los niños que temblaban de entusiasmo ante la lluvia violenta. Se subió el cuello de la americana.

## 6

El Cirque d'Hiver es igualmente un edificio en forma de rotonda, pero mucho más grande. Además también en él hay elefantes que salen a veces a hacer números. Es más exactamente un polígono de unos veinte lados con columnas corintias intercaladas, a media altura del cual se suceden malabaristas, domadores y antipodistas por un friso en bajo relieve. Dos faroles suspendidos de unas volutas enmarcan su portalada, protegida por una verja violeta de puntas doradas rematadas por medallones. Hay enfrente un pequeño jardín cerrado y a cada lado existen dos cafés. En el de la derecha fue donde Véronique conoció a Bernard Calvert.

Véronique vivía, pues, en casa de Georges. Le había comprado aquel vestido amarillo y ella se lo había puesto dos o tres veces. Al principio, Georges estaba siempre en casa para cuidar de ella y durante algún tiempo se habían cuidado mucho el uno al otro. Luego le había salido aquel trabajo en la agencia de Benedetti y ahora a veces volvía tarde por la noche. Véronique visitaba entonces a su amiga Sophie Bron o recibía la visita de Sophie Bron o iba a tomarse una copa con Sophie Bron al café de la derecha del circo.

Una noche entraron dos jóvenes desconocidos en aquel local habitualmente tranquilo y repetitivo. Hablaban fuerte, llevaban fijapelo, vestían cazadoras de cuero claveteado sin mangas y ostentaban en los brazos corazones y calaveras tatuados. Vaciaron rápidamente unas cuantas cervezas y empezaron a burlarse de la gente que había allí, dirigieron inconveniencias a Véronique y a Sophie Bron, precisamente cuando esta le contaba a aquella sus vacaciones en Naxos (inmensas playas de arena, una barbaridad de alemanes), y quisieron aproximarse a ellas. Se produjo un tumulto, y el barman, con la ayuda de tres asiduos, acabó ahuyentando a los dos amigos.

Con la excusa del desorden, uno de los asiduos se acercó a Sophie Bron y luego a Véronique. Se llamaba Bernard Calvert, era fotógrafo, era simpático. Ellas lo invitaron a su mesa, bebieron, les contó cosas. Conocía personalmente a un cantante número cuatro en el hit-parade; tenía una casita en la montaña, por Briançon; últimamente había visitado Finlandia. Empezaban a conocerse los tres, cuando se presentó Georges. Estaba cansado, distraído, ausente; sonreía vagamente sin decir nada; la conversación se hizo menos viva. Bernard Calvert se marchó enseguida; luego Sophie Bron, en otra dirección; por último Véronique y Georges se fueron a casa de Georges.

Se habían besado, la boca de Georges era amarga, su piel comunicaba un agrio sudor salarial. Fue a ducharse, mientras Véronique preparaba huevos fritos. Había un disco de piano, bastante fuerte, de Bill Evans, que gimoteaba y crepitaba bajo la aguja gastada, y todo aquel ruido de agua jabonosa, aceite hirviente y piano frito dominaba la voz de Georges, que gritaba una historia detrás de la cortina. Véronique apenas oía, apenas escuchaba, pensaba en Bernard Calvert, en algo divertido que había dicho.

En cualquier caso, lo que contaba Georges era esto. El 16 de abril de 1883, en un



pueblecito de los Alpes, al pie del monte Pelat, un hombre de veintiséis años llamado Frédéric Chabot había administrado arsénico a su suegro, Marguerite-Elie Ferro, dotado de sesenta y ocho años y de un enorme capital. Cuál no sería el chasco de Frédéric cuando tuvo conocimiento, el día de la lectura del testamento en el despacho de un notario de Barcelonette, de las últimas voluntades de Marguerite-Elie. Estando de vuelta de todo y previendo lo peor, el viejo roñoso prohibía que su fortuna recayera en nadie antes de la extinción total de sus descendientes hasta la quinta generación. Este anuncio centuplicó por un momento la intensidad del duelo en los interesados, antes de suspenderlo inmediatamente, y de empezar a insultar al finado. Frédéric Chabot fue arrojado a un pozo dos meses más tarde por su hermanastro Thérésin y luego la familia se dispersó cinco veces, dejando a cinco generaciones de notarios el cuidado de administrar la inmensa fortuna de Marguerite-Elie.

Este, como otros nativos de aquella región, a mediados del siglo XIX, había marchado a hacer fortuna a México a la edad de treinta y dos años, abandonando una carrera de pastor sin porvenir para fundar allí un negocio de pieles. Tras prosperar rápidamente, multiplicando varias veces su hacienda, había formado parte del reducido grupo de negociantes de origen bajo alpino establecidos en México que ejercían una influencia política efectiva en aquel país inestable, debilitado por las luchas encarnizadas que oponían a beatos conservadores y liberales capitaneados por Juárez, a quien apoyaban igualmente los indios. En el transcurso de largos conciliábulos en dialecto gavot, mantenidos en salones oscuros detrás de las fachadas amarillas y rosa aplastadas por el sol, Marguerite-Elie había contribuido a preparar la expedición de 1862, uno de aquellos sorprendentes proyectos de Napoleón III que pretendía en este caso derribar a Juárez para fundar en México un imperio católico y latino bajo sus órdenes. Basándose en informes de emigrados, Napoleón III se había imaginado que sus tropas serían recibidas con júbilo. Error. La expedición a México, sucesión confusa de enfrentamientos lamentables, duró cinco años antes de convertirse en un fracaso total, lo bastante impopular como para desprestigiar toda idea colonial, arruinando de paso el crédito del emperador. Marguerite-Elie Ferro abandonó México en 1867, en el mismo barco que Bazaine, dejando que fusilaran a Maximiliano, empecinado hermano de Francisco José y yerno sacrificado del rey de los belgas.

Hecha su fortuna, Marguerite-Elie había regresado, pues, al pueblo, tras dejarse casi tentar por la idea de repetir su aventura en Nueva Caledonia, que con más eficacia le hacía la pascua a Francia desde 1853. Prefirió acabar sus días en la mansión colonial que se había construido adosada a una pared de esquisto, muy cerca de su casa natal, y desde la que, hasta su último espasmo, administró juiciosamente la gran cantidad de hectáreas de llanos, bosques, ríos y minas que seguía poseyendo allí y que ahora representaban por lo menos algunos miles de millones netos.

Ahora bien, desde hacía un año, se había agotado oficialmente en un asilo de Le Mans el último resto de la quinta generación de los Ferro, y resultaba difícil echar

mano a los primeros herederos reales de Marguerite-Elie, no pudiendo siquiera tener la seguridad de que existieran. Aunque estaba dispuesto todo un pool de genealogistas para estudiar cualquier pretensión de linaje, no se manifestaba ningún aspirante al legado. Incluso se había organizado cierta publicidad en torno a aquel asunto, aunque con bastante discreción para evitar que afluyeran de inmediato a los Bajos Alpes trenes cargados de estafadores: en efecto, corría, débil aún, el rumor de que, además de las hectáreas, había un considerable tesoro disimulado en algún lugar cercano a la casa de Ferro, consistente en piedras y metales preciosos. Ningún documento contradecía o confirmaba este rumor; solo cabía tenerlo en cuenta.

Uno de los notarios encargados de la sucesión había juzgado conveniente recurrir a los servicios de Benedetti, el cual había movilizado a Bock y Ripert, que no habían encontrado nada. Y ahora le tocaba a Georges experimentar cuán amarga resulta la búsqueda infructuosa, cuán humillante el terreno estéril, cuán irrisoria esa moneda que nos dan a cambio de nada.

Salió del cuarto de baño con el albornoz blanco de Véronique; le corrían gotas de agua por el pelo. Los huevos humeaban en la mesa. Reventó sus yemas con trocitos de pan.

—¡Qué felicidad! —dijo—. Un buen trabajo, una buena ducha, buenos huevos. ¡Qué felicidad más completa! Se querría morir uno después de conocer todo eso. Ponte alguna vez ese vestido, ¿no?

Véronique no respondió.

—Bueno, es una broma —agregó—. Se puede bromear, ¿verdad?

Véronique se había acostado bastante aprisa, sin esperar a que acabara de cenar. Georges estuvo dando vueltas por el piso, hojeó un semanario del mes pasado, cambió la cara del disco, se fumó dos cigarrillos negros, se bebió un dedo de alcohol blanco. Cuando se fue a acostar, Véronique dormía, vuelta hacia el otro lado de la cama. Estuvo un buen rato intentando releer las primeras páginas de una novela y volviéndose a menudo hacia ella. Véronique abrió al fin los ojos; Georges la estaba mirando. Ella no decía nada, miraba el centro del techo, del que colgaba un hilo eléctrico.

—Te he aburrido —dijo Georges—, te aburro. Te aburres.

—No, hombre —dijo ella con dulzura.

—Bueno, soy así. Soy así.

—No, hombre —repitió ella.

—Quieres decir que... —Pero no acabó la frase—. Bueno —prosiguió—, podríamos ver a gente, invitar a gente. Conocemos a gente, ¿no?

Véronique se subió la ropa de la cama.

—Ese que estaba en el café, ya sabes, ¿cómo se llama?

—Bernard —dijo Véronique—, Bernard Calvert.

—¿Qué tal es?

Véronique volvió a cerrar los ojos.

—¡Eh! —dijo Georges—. ¿Qué tal es?  
—Normal —dijo ella—. Simpático. Normal.

Era una tarjeta de un modelo viejo de cartulina rosa salmón y formato ligeramente superior al de las tarjetas de visita corrientes. Las palabras LA ÓPTICA, sociedad anónima, aparecían impresas en letra gruesa, seguidas de dos cifras que indicaban el capital de dicha sociedad y de su número de inscripción en el registro del departamento del Sena. Arriba, a la izquierda de la tarjeta, había un nombre escrito a mano, Raymond Degas, con una caligrafía coqueta, anticuada, violeta, que se adivinaba que era la del propio Raymond Degas.

En efecto, Raymond Degas era un señor anticuado, coqueto, pero recibió a Ripert con batín color amapola, en una estancia estrecha y baja de techo cuya ventana daba al metro elevado. No había allí más que una silla, sobre la que se mantenía en equilibrio una pila de clisés sobrepuestos, y un mesa manchada en la que yacían las piezas de un pequeño telescopio, cerca de un libro abierto con una lente biconvexa que servía de señal. Todo eso daba una impresión de pobreza, de desorden, de fracaso. El señor Degas quitó la pila de la silla, se sentó encima de la pila y señaló la silla a Ripert.

—Mi mujer no está —dijo cruzando sobre las rodillas los faldones del batín—. Precisamente quiero consultarlo a propósito de ella. ¿Cuáles son sus condiciones?

—Depende —dijo Ripert.

—De hecho sale muy a menudo —declaró Degas—, es raro que esté en casa. Yo creo que tiene un fulano. Un fulano de esos, ¿sabe usted? No me lo tomo muy a pecho. De todos modos, normalmente solía verla dos o tres veces por semana. Pero, ahora, pronto hará quince días que no ha vuelto. No sabía qué hacer. Fue mi amigo Smirnoff el que me indicó su organismo. ¿Conoce usted a Smirnoff?

—Es posible —dijo Ripert.

Degas podía tener sesenta o setenta y cinco años. Era delgado y más bien bajo; iba muy tieso. Una sonrisa inafectiva distendía constantemente las comisuras de sus labios bajo un breve bigote gris, y su mirada transmitía una especie de vivacidad estúpida.

—Déjeme que le exponga los hechos —propuso.

—No es necesario —dijo Ripert—. Conozco esos problemas. Más bien le voy a hacer yo unas preguntas.

Se las hizo. Raymond Degas dio todas las respuestas; luego volvió a preguntar cuánto le costaría. Según, dijo Ripert, ¿tendría una fotografía de la señora? Salió, paró un taxi. El asunto parecía sencillo: Degas sabía todo lo que convenía saber; hubiera podido hacerlo él mismo. Ripert cerró la puerta del taxi y le dio al taxista la dirección de un bar de la calle Pôle-Nord, por Jules-Joffrin.

Era un bar oscuro y exiguo, absolutamente desierto, sin siquiera un barman detrás de la barra, en la que, desde lo alto de un taburete hundido, se acodaba pesadamente

un único consumidor: un ser hercúleo tocado con un sombrero flexible que temblaba en su cabeza como un flan, con un pulóver azul y unos calcetines verdes fluorescentes. Ripert no se atrevió a mirarlo con mucha insistencia pero no tuvo más remedio que colocarse junto a él, puesto que ocupaba por sí solo casi el volumen entero del local. Tras un largo silencio, Ripert emitió una tos frágil y se inclinó prudentemente por encima de la barra, echando ojeadas hacia una puerta entreabierta al extremo de la misma y procurando no cruzar la mirada del hércules.

—¿Hay alguien? —semivocalizó—. ¿No hay nadie?

—¿Qué es lo que busca? —preguntó el otro con una voz protohistórica mientras se volvía hacia él.

—Al dueño —se aventuró a declarar Ripert—. ¿No hay dueño?

El ser se dejó caer pesadamente del taburete. Usted viene de parte del marido, masculló oscuramente. El suelo temblaba bajo él. Se figura que lo voy a dejar, gruñó, agarrando un borde de la americana de Ripert. ¿Crees que te vas a salir con la tuya?, rugió con un tono más alto, empujándolo brutalmente de su asiento. No, no, dijo Ripert con voz aguda, protegiéndose la cara con una mano, pero el otro le golpeaba ya en el vientre con su respetable puño. Ripert se quedó sin resuello, de todas formas, intentó gritar antes de que el hércules le machacara la mandíbula, y el grito de Ripert calló en seco, reflujo garganta abajo con un gusto a sal y Ripert se desplomó en el suelo pringoso del bar.

Como todos nosotros, Ripert había visto en el cine a hombres que se pegan, reciben golpes terribles, caen, se levantan enseguida para asestar otros golpes terribles a otros hombres que caen a su vez, se levantan y es el cuento de nunca acabar. A Ripert todo aquello le parecía truco: el menor de aquellos golpes, de ser ciertos, hubiera bastado para matar en el acto a cualquiera. Sin embargo, pudo levantarse, volverse, localizar la puerta del bar y titubear hacia ella, con todo el cuerpo echado hacia adelante. Pero ya estaba en el umbral, cuando el hércules lo alcanzó y lo mandó de una patada a la acera opuesta de la calle Pôle-Nord, cuyo bordillo chocó con su frente, dejándolo al instante sin sentido.

Otro choque lo hizo volver en sí. La ambulancia de Policesecours había tomado demasiado rápido la entrada del hospital Bichat; Ripert se levantó de la camilla, se palpó los miembros y el busto con una mueca de espanto, se incorporó y reclamó que lo dejaran bajar. Tres hombres de azul, por encima de él, lo incitaron a no expresar ninguna opinión. Dos horas más tarde, radiografiado de arriba abajo, con tiras de gasa pegadas en la frente, empujaba la puerta del despacho de Benedetti, donde Chave y Bock referían los detalles de sus investigaciones respectivas en el Archivo y el Museum. Vieron entrar a Ripert, lanzaron exclamaciones debido a sus vendajes, les contó su aventura y describió a su agresor: muy fuerte, sombrero pequeño y flácido, calcetines como fluorescentes.

Bock y Benedetti pusieron caras raras, luego empezaron a rascarse en silencio uno la nuca, otro la mejilla, a contrapelo, buscando entre sus conocidos quién podía

corresponder a aquellos datos. De pie, frente a un panel de librería, Georges descifraba los títulos en el lomo de los libros.

—No me suena ese tipo —dijo por fin Bock—. A menos que sea Brookmeyer. Brookmeyer es un poco así.

—Brookmeyer está en Clairvaux en este momento —dijo Benedetti—. Yo pensaba más bien en Olaf.

—Pues sí, hombre —dijo Brock—, es verdad. Olaf.

—¿Qué? —gritó Ripert—, ¿Olaf? A Olaf lo conozco: lo hubiera reconocido. Nunca habría hecho eso. Y si lo hubiese hecho, le habría partido la cara.

—Está bien, está bien, Ripert —dijo Benedetti con voz apaciguadora—. De acuerdo, no es él.

—¡Joder! ¡Olaf! —gesticulaba Ripert.

—Está bien, Ripert, está bien —repitió el jefe—. No hablemos más. De acuerdo. Vale. No es Olaf.

—¿Cómo era su sombrero? —intervino Georges Chave.

Se volvieron hacia él: Ripert hostil, Bock circunspecto, Benedetti pensativo.

—El sombrero de ese tipo —repitió Georges—, ¿qué pinta tenía?

—Un sombrero flexible —respondió Ripert con voz forzada—. Flexible y pequeño.

—Sí —dijo Georges—, pero ¿qué parecía?, ¿qué tipo de cosa?

—No sé —dijo Ripert—, quizás un flan. O una especie de medusa. Yo qué sé.

—¿Hablabas el fulano? ¿Ha dicho algo?

—Prácticamente nada —resumió Ripert—. Era difícil de entender.

—Es Crocognan —declaró Georges.

—¿Cómo dice? —preguntó Benedetti.

—Crocognan —repitió Georges—. Lo conozco.

El jefe fijó en Georges una mirada atenta, insegura, casi dolorosa. Ripert y Bock intercambiaban mímicas desconfiadas en segundo plano.

—Y, a su modo de ver, Chave, ¿qué hay que hacer? —preguntó Benedetti lentamente, examinándose las uñas—. ¿Qué hay que hacer con ese, con esa persona?

—Yo me encargo —dijo Georges.

—Bien —dijo el jefe—, ¿quiere ocuparse de eso mañana? Quizá podría ir con Ripert...

Este hizo una mueca, señalándose el vendaje.

—Pido dos días —dijo con voz débil.

—No es el momento, Ripert —exclamó Benedetti severamente.

—Podemos ir enseguida, si quiere —propuso Georges—. Así acabamos antes.

Diez minutos más tarde, el jefe había invitado a Georges a sentarse junto él, delante, en su Mercedes; Bock y Ripert, murmurando comentarios, iban en el asiento de atrás. Cruzaron la ciudad hacia la calle Pôle-Nord. Benedetti aparcó el coche ante la puerta del bar, por la que se derramaba en la acera una tenue infusión de luz.

Vamos, dijo.

Entraron despacio, uno tras otro, en el bar, donde seguía sin haber nadie más que el hércules, adormilado sobre su antebrazo izquierdo, que le servía de almohada. Ripert entró el último, tratando de esconderse detrás del bajito Bock. Asustado, nervioso, tropezó con un velador al pasar, lo sostuvo de milagro, pero no pudo impedir la caída de un cenicero que estaba encima y que se hizo añicos en el suelo. Se quedaron inmóviles los cuatro. El hércules levantó la cabeza y reconoció la cara aterrada de Ripert.

Otra vez aquí, gruñó el ser con voz horrible, aunque casi cariñosamente, mientras se levantaba y avanzaba con amplios movimientos de hombros hacia Ripert, que empujó el velador y fue a pegarse a la espalda de Bock. ¡Alto ahí!, gritó Bock. El coloso apartó el obstáculo como se quita una mota de polvo y alzó su puño monstruoso sobre la cabeza de Ripert, que se había acurrucado, cruzando los codos por encima de la cabeza en espera de la muerte. Georges chasqueó la lengua.

—Venga, Crocognan —gritó—. Ya basta.

Al ver a Georges Chave, los rasgos del hombre fuerte se petrificaron, sus hombros se hundieron como globos desinflados, mientras sus ojos se abrían desmesuradamente: estas partes de su persona parecían regidas por un sistema de vasos comunicantes. Retrocedió lentamente sin apartar los ojos de Georges, soplando con fuerza, encogiéndose a cada paso como si quisiera adquirir un formato humano normal, desplomándose al fin sobre un juke-box mudo.

—Calma, Crocognan, calma —dijo Georges con dulzura, yendo hacia él—. ¿Dónde está la señora?

El hércules agitó furiosamente su gruesa cabeza. Ponía los ojos en blanco.

—¿Dónde está la señora, Crocognan? —insistió Georges.

—Arriba —gimió el hombre fuerte.

—Sígueme —dijo Georges.

Al fondo del bar, una tela podrida que representaba un árbol de la vida ocultaba una escalera estrecha y empinada, de paredes manchadas, de peldaños hundidos, por la que se accedía a un descansillo con una puerta cerrada con llave por fuera. Georges hizo girar la llave y empujó la puerta: una señora bastante mayor, muy maquillada, estaba sentada en una silla de hierro ante una mesita baja cubierta de revistas femeninas. Se levantó al entrar ellos.

—Soy la señora Degas —reconoció en el acto.

—Mis respetos, señora —se inclinó Benedetti.

—Ya está todo resuelto —dijo Georges.

Ahí tenemos otra vez a Fred. También está sentado. Ante sus ojos, un prognato de cara purpúrea derriba sobre una mesa a una mujer pelirroja cuya ropa arranca febrilmente, luego se desabrocha la suya apenas con más cuidado. Surge su virilidad violeta, que él agita, y luego su semen, con el que embadurna a su pareja. Ambos resuellan y gritan. Chirría una puerta; otro hombre, desnudo ya, aparece en su vano. Su cuerpo es amarillo y gordo, su miembro es amarillo y grueso. Se acerca y se interpone. Y el prognato y el amarillo la emprenden a dúo con la mujer pelirroja por diferentes conductos, aullando de gozo de modo desproporcionado.

Chirría de nuevo la puerta. Aparece una robusta mujer rubia ataviada con complicada ropa interior de un negro verdoso, un látigo en una mano y un falo en la otra. Cuando va a encajarse en el trío, Fred se levanta y sale, cuidando de no rozar a nadie a su paso para no dar lugar a ningún malentendido. Ya está al aire libre, en una acera del bulevar Sebastopol. Rápidamente se le pone floja, se siente algo deprimido. Camina.

La línea de las fachadas está cortada por galerías opacas, pasajes de suelo embaldosado y techo de claraboyas, que comunican el bulevar con las calles paralelas y están ocupados por infernales talleres de confección, oficinas sospechosas, hoteles repugnantes, tiendas de comestibles indios, consultorios de morabitos. Por las claraboyas resquebrajadas en las que, sin conseguir romperlas siempre, proyectiles caídos de los pisos han creado zonas de fractura concéntricas, como círculos de olas sucesivas en un remanso, se ven avanzar desde abajo largos gatos borrosos aventurando una pata circunspecta después de afianzar la otra, como patinadores por un hielo inseguro. El suelo de esos pasajes es a menudo sucio y corrupto; faltan baldosas en los rincones.

Fred Shapiro se metió por el tercer pasaje que se abría a su izquierda. La galería se estrechaba hacia su mitad, formando un pequeño túnel en cuya entrada, a un lado y otro, sendas placas inscribían, a la izquierda, la palabra *Imprenta* en letra cursiva amarilla sobre fondo negro, y a la derecha la palabra *Contencioso* en caracteres egipcios azul de ultramar sobre esmalte blanco. Fred pasó el umbral de la derecha, desdeñó el pequeño ascensor y subió por la escalera recién pintada; los dedos se pegaban un poco al pasamanos.

En la segunda planta, Fred empujó la puerta del gabinete de lo contencioso. Brigitte levantó la mirada hacia él. Brigitte tenía el pelo castaño, corto, vestía de color azul pálido y llevaba gafas con montura de plástico rosa incrustado de lentejuelas. Escribía una factura en una gran máquina eléctrica suiza, poniendo mucho cuidado en superponer correctamente los decimales.

—¿El señor Benedetti? —preguntó Fred.

—¿Es personal?

—Es personal —confirmó Fred—. Es urgente, importante y personal.



—Ya veo —dijo Brigitte—. ¿Quiere esperar un segundo?

Se sentó en una butaca de lona y tubos cromados. En una mesa baja, de mimbre, se amontonaban diversas revistas arrugadas, dobladas, manchadas, en las que faltaban páginas. Brigitte cruzó algunos susurros en un interfono acatarrado y volvió a rogarle a Fred que esperara un instante. Fred esperó. El instante duraba ya un rato, cuando se abrió la puerta por la que había entrado y surgieron tres hombres con paso decidido. Dos de ellos hablaban en voz alta. Fred no los había visto nunca. En cambio, reconoció al instante a Georges Chave, que era el que iba detrás de los otros sin decir nada, y Fred solo tuvo tiempo de esconder la cara detrás de un número especial de *Terre-AirMer*, revista de las fuerzas armadas, dedicado a la botadura del submarino *Le Flagrant*. Los tres hombres desaparecieron por otra puerta. Brigitte se levantó y salió tras ellos. Once segundos más tarde, cuando volvió para hacer pasar a Fred, este había desaparecido. Echó una ojeada circular, vaciló, cruzó la estancia, abrió la puerta de entrada: el descansillo estaba desierto. Se asomó al hueco de la escalera silencioso y volvió atrás, cruzó la estancia donde se hallaban los ayudantes de Benedetti, entró en el despacho de este.

—No está —dijo—. Se ha marchado.

—¿Quién era?

—No ha dicho su nombre.

Benedetti se encogió de hombros, esbozó un ademán evasivo, hizo una breve alusión a lo de Polneux y volvió a sumirse en la elaboración de un presupuesto. Brigitte abandonó la estancia, cerró la puerta y contempló por un instante a los empleados de su jefe, amarillentos bajo la perpetua luz eléctrica.

Muy pegado a su mesa, con las manos juntas formando visera sobre los ojos, Bock consultaba una obra de Paul Barruel. Tumbado sobre sus riñones, apoyado un pie en el canto de un cajón entreabierto, Ripert afilaba fósforos con un cortapapeles. Le habían quitado el vendaje; en su lugar se extendía una ancha equimosis parda y malva, bordeada de gris anaranjado intenso, por la que pasaba precavidamente su índice cada cinco minutos con una breve contracción de la cara.

Georges no disponía aún de mesa personal. Bock le había cedido una parcela de la suya para que pudiera examinar a sus anchas el expediente del caso Ferro, compuesto de documentos incompletos aunque redundantes, pobres en información, que despertaban la sospecha de haber sido introducidos en él con la única finalidad de hacer bulto. Se trataba una vez más de viejos recortes de prensa apelmazados, cartas descoloridas, ilegibles, rotas por los pliegues, borradores a menudo retocados de árboles genealógicos erizados de ramas muertas, copias hechas con alcohol de documentos jurídicos abstractos, informes vagos firmados por uno u otro de los ayudantes de Benedetti, copias de notas dilatorias dirigidas por este último al notario. Era imposible descubrir un sentido y ni siquiera un orden en aquella maraña de papeles heteróclitos, que evocaban un puesto de trapero en las franjas más lumpen de un mercadillo de suburbio: Georges renunció a una tercera lectura. Se volvió hacia

Bock, pidió noticias del ave, aconsejó un bálsamo a Ripert, no obtuvo a cambio más que embriones de respuestas mínimas, negativas; renunció también, se levantó, salió. Ripert dirigió una mirada a Bock.

—¿Tú crees que encontrará algo?

—¿Sobre el caso Ferro?

Bock empezó a rascarse.

—Ya sabes que no queda nadie.

—Sí —dijo Ripert—. No sé.

Con la punta del cortapapeles apartaba ahora los pequeños arcos de piel muerta de la base de sus uñas. Durante un rato solo se oyó el ruido de las páginas que Bock volvía regularmente, las síncopas melosas de un tango en algún piso de la casa, los rugidores cambios de marcha en el bulevar, el traqueteo desordenado de la máquina suiza en el vestíbulo. Luego Ripert agitó blandamente el instrumento apuntando a su compañero con una sonrisa atravesada.

—De todos modos, yo que tú... —dijo—. En fin. No deberías fiarte.

—¿Qué?, ¿de quién? —preguntó Bock distraídamente.

—El loro. ¿Te imaginas que lo encuentre también? ¿Cómo quedaríamos, eh? ¿Cómo quedaríamos? ¿Me lo puedes decir?

Bock alzó los ojos del libro y observó a Ripert; luego pasó una mano ancha y corta por su cabeza redonda.

—Imposible —dijo—. Es como Ferro ese loro: nunca se sabrá nada. Son casos para ir sacándoles dinero hasta que el cliente se canse.

—Es un hipócrita —afirmó Ripert—. No me gusta ese tío.

—No exageres.

—Ya lo verás. Ya lo verás.

—Eso —dijo Bock—, ya lo veremos.

Entretanto, Georges llegaba delante de la Biblioteca Nacional, cruzando el patio del vasto depósito de combustible, en cuyo umbral algunos lectores con las pupilas dilatadas tras los cristales de sus gafas consumían cigarrillos febriles. Le dieron un permiso provisional en un mostrador enrejado, antes de cruzar la amplia sala de los impresos en dirección a la de los catálogos, en el sótano, a la que se accede por una doble escalera blanca que evoca fugazmente el metro de Moscú. Consultó toda clase de ficheros, buscando obras que trataran de la emigración francesa en general, de la de los Bajos Alpes y hacia México en particular, pero estos datos lo remitieron a corpus tan gigantescos y que interferían tan poco que un examen apresurado del libro III del Código civil lo acabó de desanimar. Subió a la sala de lectura, donde encontró un sitio libre, después de entregar al encargado idóneo una ficha con la referencia de una de aquellas novelas que leía o releía en casa, por la noche, antes de apagar la lámpara, cuando Véronique ya se había dormido.

Mientras le buscaban el libro, Georges observó la sala enorme, cercada de altas murallas de infolios a los que se accedía por una red de pasarelas y escaleras

metálicas como en un viejo buque de guerra. Destilada por las vidrieras de la cúpula, una luz submarina matizaba apenas la de las lámparas, en cuyo halo hileras de lectores humillaban sus nuca de galeotes. Por fin le trajeron el libro a Georges. Lo abrió; no tenía muchas ganas de leer; una joven acababa de sentarse enfrente.

La joven llevaba un vestido negro con minúsculos motivos azul grises, sus ojos eran azul grises, sus cabellos rubios; iba peinada como Angie Dickinson en *A quemarropa*. Dos o tres veces Georges pensó llamar su atención con gestos discretos que solo advertía él. Luego abandonó esta idea; hojeó la novela sin leer ninguna de las palabras que desfilaban bajo sus ojos; por último se levantó, se alejó, se volvió hacia la joven: no se había movido.

Subió por la calle de Richelieu hacia los bulevares. En el paso de peatones de la calle Quatre-Septembre, hubo un taconeo rápido a su espalda; se volvió: debió de salir de la biblioteca justo al marcharse él. El semáforo se puso rojo cuando se iba a acercarse a ella. Georges fue arrastrado por una riada de peatones resueltos de la que no pudo salir hasta la orilla opuesta, para divisar a la joven demasiado lejos delante de él ahora. Pero se volvía. ¿No había sonreído? Había que alcanzarla. Andaba aprisa y la perdió de vista. La volvió a ver en la calle de los Panoramas, cuando iba a perderse en un laberinto de pasajes detrás del museo Grévin. Apretó el paso: ella se volvía otra vez ante el escaparate de una pequeña mercería. Corrió; empujó la puerta inmediatamente detrás de ella.

Una tienda exigua, llena de sombras y ángulos; una señora de edad rodeada de artículos ajados. La joven se había vuelto hacia un surtido de galones. Georges, jadeante, se hallaba solo ante la señora de edad, que le preguntaba qué quería; echó un vistazo a su alrededor antes de responder que quería cinta, eso es, un poco de cinta.

—¿Qué clase de cinta?

—Oh, cinta —dijo Georges—. Muy sencilla. Color de rosa.

—En rosa tengo una muy bonita de gro de Nápoles.

—Eso —dijo Georges—, gro de Nápoles, muy bien.

No se atrevía a mirar a la joven ni a la señora de edad frente a él.

—¿Cuánta le doy?

—Muy poca —dijo Georges—. Diez centímetros, por ejemplo.

—Va por metros, caballero —indicó la señora de edad.

—Pues, digamos diez metros —exclamó Georges turbado.

Pagó rápidamente, cogió la cinta sin cuidado y salió enseguida de la tienda, tras lo cual la joven de negro compró una cremallera azul. Cuando ella salió, Georges esperaba cerca de la puerta. Le tendió la cinta.

—Eso es suyo —dijo Georges.

—De ningún modo —dijo ella.

—Cójala —insistió Georges—, le puede servir. Siempre puede servir. Yo no podría usarla.

Hubo un movimiento en falso. El gro de Nápoles se deshizo, saltó entre ellos como una catarata rosa. Ella se echó a reír. Se llamaba Jenny Weltman, había nacido en Ostende y tenía prisa. Georges apenas tuvo tiempo de decirle su nombre y que quería volver a verla y que estaría pasado mañana en un café del Trocadero. ¿Por qué pasado mañana? ¿Por qué el Trocadero? ¿Por qué no mañana en la Muette, dentro de tres días en la estación de metro Télégraphe, esta misma noche en la de Picpus-Courteline? Porque a Georges lo cogió desprevenido, pronunció las primeras palabras un poco espaciotemporales que se le ocurrieron, e inmediatamente después la joven estaba ya lejos, pero se volvía hacia él, sonreía aún, desapareció.

Era mediodía y Georges no tenía ya nada que hacer. Anduvo por los grandes bulevares, entrando a veces en almacenes nuevos de aspecto provisional que ofrecían a bajo precio todo tipo de objetos requisados en aduanas, reuniendo la fealdad con la escasa utilidad. Se le acercó un hombre, por BonneNouvelle, para venderle un reloj; discutieron un momento sin ningún resultado. En la plaza de la République, visitó una librería de libros nuevos saldados; hojeó mucho rato una obra dedicada a las aves exóticas hasta que el saldador le preguntó si quería comprar aquel libro o qué; entonces se fue a casa.

Abrió la puerta, siguió el pasillo amarillo de paredes tapizadas con fotos de películas que debieron de estar expuestas a menudo, mucho tiempo, en la entrada de numerosos cines, porque colonias enteras de chinchetas habían perforado por completo sus ángulos, incluso a veces no había ángulos. Los fotogramas representaban escenas de amor, escenas de violencia, escenas mal definidas en las que se reconocía a Katherine Hepburn y Bette Davis, o a Jane Russell y Michael Caine, Sterling Hayden o Ben Gazzara, e incluso a Barbara Steele o a Fernandel, y a Angie Dickinson en *A quemarropa*, la escena en que Lee Marvin vuelve para verla.

Una luz pálida y sin brillo se derramaba de un tragaluz abierto muy arriba en la mitad del pasillo, al que irrigaba apenas, y las dos habitaciones principales estaban orientadas al norte, un norte obturado de todos modos por una pared renegrida. Georges pasaba, pues, la mayor parte del tiempo en la cocina, no entrando sino por la noche en aquellas habitaciones poco amuebladas: una cama, una mesa, algunas sillas, los discos, sin ninguna imagen en las paredes salvo, en el cuarto más oscuro, una reproducción a tamaño natural del retrato de Sarah Bernhardt por Clairins. Se instaló en una silla, cerca de la ventana que daba al patio, y el sol otoñal cayó encima de él como la recompensa de algo, la liberación de otra cosa o la promesa de una tercera, pero solo por un rato.

Había puesto en la mesa, entre las migas de pan y los redondeles de vino seco, dos gruesos tomos de una enciclopedia. El cilindro de sol maduraba sobre él como una ciruela. Buscó primero Weltman: nadie en aquella obra respondía a este apellido. Luego ojeó las láminas de ornitología. Y luego entró Véronique.

—¿Ya estás aquí? —preguntó.

—No —respondió Georges—: aún estoy aquí.

—Sí, bueno —suspiró ella.

—Es distinto —dijo Georges—, es bastante distinto.

La joven desapareció. Georges encendió un cigarrillo, inmerso en su cilindro que el movimiento del astro transmutaba en cono lleno de humo azul, afilándose lentamente hasta no ser más que un rayo, un largo pincel agudo que iluminaba, antes de apagarse, el desfilarse lento de los números en el contador del gas. Llegada la oscuridad, Georges salió. De nuevo empezó a andar por las calles, pensando en Jenny Weltman. Era una imagen, ya en su memoria, un recuerdo claro, azul gris, negro y blanco. Caminó. Le quedaban cuatro horas que perder antes de la reunión de la noche en el despacho de Benedetti. Las perdería.

—Ha encontrado a esa mujer —decía Bock—. A Ripert no le ha hecho ninguna gracia, naturalmente. Hasta me ha dicho que no me fíe de él. Pero yo ¿a santo de qué no me voy a fiar de ese tío?

Había una lámpara encendida a su lado, una lamparita de mesilla de noche de vidrio con una pantalla roja, colocada sobre una escultura oblonga de granito gris, cuyos relieves informes plasmaban torpemente una idea imprecisa. No había otra luz en la estancia. Las cortinas estaban corridas. La silueta del hombre sentado detrás de Bock se señalaba únicamente por el reflejo de un alfiler de corbata en forma de flecha, que brillaba en la penumbra como un insecto dorado.

—A mí me cae simpático ese fulano —prosiguió Bock—; me recuerda un poco a mi tío. No parece calculador. Aunque mi tío sí era calculador, a su modo. Pero él no. Sin embargo me recuerda a mi tío. No sé si me explico bien.

El hombre sentado no respondió. Apenas se movió en su asiento, y la flecha de oro realizó un movimiento ínfimo en el espacio, punto zenónico mínimo.

—Por cierto, he soñado con él. Con el tío ese, quiero decir. En fin, no era él, era un soldado de plomo, grande como un hombre, pero con su cara. Con uniforme de dragón del siglo dieciocho, eso lo recuerdo muy bien. No se movía, era de plomo. Yo lo miraba, no estaba haciendo nada. Ah, sí, creo que llevaba un perro con correa, sí, un perro que dormía en el suelo al extremo de la correa. Yo buscaba algún sitio donde poder atarla. No me acuerdo de nada más.

Bock se retorció para sacarse un purito del bolsillo, lo encendió y acercó un cenicero montado sobre un pie, con un botón grueso que accionaba un sistema centrífugo. Apretó dos o tres veces el botón antes de proseguir.

—La agencia no marcha muy bien. Hay algunos contratos, pero se acabarán pronto. De seguir así, pasará como hace dos años, reducción de personal. Y ese tío que se las da de listillo. Benedetti se quedará con él. Puede que tenga razón Ripert. Puede que fuera mejor quitárselo de delante, qué sé yo, desanimarlo. Partirle la cara.

—Sí —dijo el hombre sentado.

—Eso es —dijo Bock—, partirle la cara, partirle la cara. A lo mejor es lo que hay que hacer.

—Bueno —manifestó el otro.

—Hago mal excitándome —juzgó Bock—. Además creo que es la hora.

—Esa rivalidad... —empezó el hombre sentado.

—Déjelo —dijo Bock—. Es la hora.

Se levantó del diván; se sacó del bolsillo un par de billetes tibios y arrugados. Por su parte, el hombre sentado no lo estaba ya.

—Quizá no esté el martes —anunció Bock—. Es posible que no pueda venir.

—Sí —dijo el otro—, ya sabe en qué quedamos.

—Es usted duro —dijo Bock.

El otro sonrió mecánicamente, precediéndolo hacia la salida; luego le tendió una mano que colgaba al final de su brazo como un chorro con poca presión.

—Es duro. Todo es duro —insistió Bock, dándole la suya húmeda.

—Todo se arreglará —dijo el hombre—. Un comprimido más, si hace falta, ¿eh?, por la mañana, aparte del tratamiento habitual.

Cuatro horas más tarde, vistiendo traje oscuro con zapatos de agujeritos, Benedetti ordenaba papeles y echaba alguna mirada técnica a sus ayudantes por encima de sus gafas de media luna. Callaban. Sonó el teléfono. Sí, dijo Benedetti, soy yo. Pausa. ¿Está seguro? Pausa. ¿Cuánto tiempo? Pausa. Entiendo. Es terrible. Lo intentaré, gracias; pasaré esta noche. Pausa. Sí, lo intentaré. Colgó, dejó un momento la mano sobre el aparato, luego echó los papeles a un lado y se sumió en la contemplación del tablero vacío de su mesa de despacho. Pausa. Levantó la mirada, observó a sus empleados uno tras otro con un movimiento de cabeza sentencioso y acercó los papeles de nuevo. ¿Por dónde íbamos?, preguntó.

Bock había puesto su cuerpo rómbico a horcajadas en una silla, con la barbilla apoyada en sus brazos cruzados. Ripert estaba encaramado en la repisa del radiador, con sus largas piernas colgantes y sus largos dedos puestos en las rodillas. Adosado de nuevo a la librería, Georges confesó que no había avanzado mucho en el estudio del expediente Ferro. No es extraño, dijo Benedetti, sigamos. Ripert, a continuación, designando el arco iris pardo de su frente, habló otra vez de accidente laboral, de días de descanso; Benedetti suspiró, garrapateó cuatro líneas en un trozo de papel, que le tendió. Gracias, dijo Ripert. No se aproveche, dijo Benedetti. Respecto al loro Morgan, Bock explicó que seguía una pista en provincias y que quizá faltara el martes. Conforme, dijo Benedetti, luego, con voz ausente, pronunció un breve discurso en el que habló de presión fiscal, de cargas patronales, de lo lamentables que eran esas cosas. Georges releía los títulos en los lomos de los libros. Se levantaron los demás. Benedetti se acercó a él:

—Vuelvo a felicitarle por la señora Degas.

—Pura chamba —dijo Georges.

—No estoy tan seguro —dijo Benedetti—. Para el loro, Bock, ¿no necesita que le echen una mano?

—No —respondió Bock nerviosamente.

Se despidieron. Georges salió al bulevar de Strasbourg, que recorrió hasta el primer teléfono público. Era una cabina de tres plazas; sus puertas se abrían dificultosamente. En la primera faltaba el aparato, el de la segunda lo habían partido en dos probablemente de un hachazo, y un joven tímido monopolizaba el de la tercera, con un diario abierto por la página de los anuncios. Georges aguardó consultando lo que quedaba de las guías telefónicas junto a los aparatos devastados: Weltman, escrito así, había dos.

El joven colgó bruscamente y salió de la cabina corriendo hacia su porvenir, y Georges marcó el primer número. Respondió una voz de mujer, más bien agria y

dura.

—Hola —dijo Georges—, ¿podría hablar con Jenny?

—Se equivoca —gruñó la voz.

—¿Está segura?

Habían colgado. Georges estuvo pensativo un momento y marcó el segundo número, al que correspondía simétricamente una voz de hombre maduro y fofo.

—Buenas noches, caballero —dijo Georges—. Está usted en directo con nuestro concurso «Mala suerte». Por favor, apague el transistor que tiene a su lado y que provoca interferencias desagradables para nuestros oyentes. Muchas gracias. Y póngame con Jenny.

—Pero si aquí no hay ninguna Jenny —dijo el hombre.

—Mala suerte —exclamó Georges—. Vamos a por su segunda oportunidad. ¿Conoce usted a una señorita llamada Jenny?

—No, no creo —respondió el hombre—. ¿De qué se trata?

—Mala suerte —profirió Georges de nuevo—. ¿Está seguro? ¿No le suena ese nombre en absoluto? Que está perdiendo un millón, ¿se da usted cuenta?

—¿De francos nuevos? —preguntó el hombre—. No sé, no sé. ¿No podría ser una Geneviève?

—Todo depende —dijo Georges—. ¿Tiene un vestido negro? ¿Con cositas grises? Es su tercera oportunidad.

—No me acuerdo —se azaró la voz—; era mi tía, por parte de mi padre. Todavía tengo fotos; puedo mirar; espere un momento.

—Mala suerte —gritó Georges en el aparato—. Ha perdido una burrada de dinero. Le habrá sentado como un tiro. Peor para usted; al fin y al cabo, no nos conocemos. ¡Mala suerte! Nuestro concurso nunca ha merecido más su nombre.

Colgó. No estaba pues en la guía telefónica. Al llegar a casa, sonó su propio teléfono.

—Chave —dijo escuetamente Benedetti—, me gustaría que echara un vistazo a esa historia del loro, ¿eh? Tengo muchos asuntos pendientes, habría que resolverlo cuanto antes.

—Puedo intentar algo —dijo Georges.

—Sí, sí, intente algo. He tenido noticias de mi mujer hace un rato —añadió, cambiando bruscamente de tono—. Está enferma, ¿sabe? Dicen que le queda ya poco tiempo. No sé por qué le digo esto.

—Ya me hago cargo —dijo Georges—. Es terrible.

—Sí —dijo Benedetti—, es terrible. Es terrible. ¿De dónde sale ese apellido suyo, Chave? —divagó al cabo de una breve pausa—. ¿De qué región es?

—No lo sé muy bien —dijo Georges—. Hay un bulevar en Marsella que se llama así. Era donde antiguamente les cortaban la cabeza a los condenados.

—Ah, sí —dijo Benedetti, apagado—. Bueno. Intente hacer algo por ese loro, ¿eh? Téngame al corriente. Si acaso, de momento deje el asunto Ferro; puede esperar.



—Eso no le gustará a Bock —objetó Georges—. En principio, se encarga él del loro.

—Lo sé —dijo Benedetti—, lo sé. Por eso lo llamo ahora. No quiero hablar delante de él. ¡Qué enojosos son esos problemas personales, Chave! ¿Cree usted que son inevitables? ¿No sería mejor que fuéramos todos explícitos, transparentes, en una especie de armonía de las conciencias? No sé, no sé si es posible. ¿Y usted, Chave? ¡Eh, Chave!

—Sí —dijo Chave—. Dígame.

—Bueno —abrevió bruscamente Benedetti—, conque me encuentra usted ese pájaro, ¿eh? Muerto o vivo antes del lunes, a ser posible. Buenas noches.

—Buenas noches, jefe —dijo Georges.

El sábado por la tarde Fred circulaba por las callejuelas desoladas de Montrouge a bordo de un Mazda amarillo de alquiler. Hacía fresco, la luz era blanca, el aire pesado y silencioso. En cierto momento, Fred encendió la radio, en la que unos hombres de voces engoladas andaban a la greña a propósito de Brahms, tras lo cual pusieron música de Brahms.

Al final de una callejuela había una portalada, a la derecha, con una verja abierta. Fred pasó la portalada y fue a aparcar delante de un largo edificio blanco y sucio, rodeado de un pequeño parque por cuyas avenidas deambulaban con lentitud representantes de la tercera edad, solos o por parejas, arrastrando a veces uno a otro. En bancos diseminados se apretujaban ristras de abuelos. Cerca de la entrada del edificio, una enfermera en prácticas empujaba la silla de ruedas de un joven idiota, arrebujado en una manta a cuadros verdes y violeta, de la que salían su cara dismórfica y sus pies con bambas azul marino, que llevaba colgando. Una de las bambas rascaba el suelo, cayéndosele regularmente, y el idiota pataleaba de júbilo cada vez que la joven enfermera se agachaba para recogerla, antes de volver a empujar la silla de ruedas, mientras hacía admirar cariñosamente al joven los arbustos podridos entre las matas de hierba gris, por donde se escabullía algún que otro gato de pelo pringoso. Fred subió tres gradas, cruzó una especie de vestíbulo donde había un anciano con dientes de conejo que le pidió un cigarrillo, un pequeño pitillo, y al que Fred aconsejó amablemente que se fuera de patitas al otro barrio.

Pequeña y patosa, una mujer gorda y lenta con uniforme de nurse estaba detrás de una ventanilla. Fred se le acercó y dijo que quería visitar a un tal Léon Richaud. La mujer deslizó el dedo por un registro arrugado.

—Está en las últimas —dijo.

—¿Y qué? —preguntó Fred.

La empleada le dirigió una mirada torva y rural.

—Piense —dijo Fred gravemente— que solo me tiene a mí. Que me vea antes de, en fin, que me haya visto.

—La tres —dijo la nurse, señalando la entrada de un pasillo.

Fred se metió por el pasillo. Reinaba un fuerte olor mixto a sopa agria, a desinfectante y a excrementos, sobre todo a excrementos. Las paredes estaban pintadas de amarillo y pardo. A Fred todo aquello le parecía repugnante y grotesco. Las puertas de las habitaciones se cerraban solas y tenían un ventanillo; una silla atrancaba la de la primera, amueblada con seis camas ocupadas, tres de las cuales tenían barandillas metálicas laterales para evitar que se cayeran sus ocupantes; no se oía ningún ruido. La puerta de la habitación número dos estaba cerrada; tampoco se oía nada dentro. La número tres estaba igualmente cerrada, pero sonaban voces en su interior, dos voces masculinas, una joven y paciente, vieja y agria la otra.

—Ya llevaba un tubo para comer —recriminaba la voz vieja y agria—. Y ahora

este al otro lado. ¿Qué pinto yo entre los dos?

—Eso le facilita la vida —abogó audaz la voz joven y paciente—. Su cuerpo funciona mejor con eso. ¿No quiere que funcione mejor su cuerpo?

La voz vieja se deshizo en una risa infame.

—Ya no funciona nada; todo eso se hace solo. Yo tenía un primo —añadió sin transición perceptible—. Tengo un primo, Gratien.

Calló abruptamente. Fred aguantaba la respiración al otro lado de la puerta.

—Sí —dijo la otra voz—, su primo. Su primo Gratien.

—A Gratien no le hubiera pasado esto. Con él, los médicos, los médicos iban con él como una seda.

—Usted lo quiere mucho —aventuró la voz joven—. Quería mucho a su primo.

—Prrrt —emitió la voz vieja—. Con él, como una seda. Y además las perras.

—Sí.

—Luego se fue. Igual ha muerto, ¿no? No hacemos más que dar vueltas. Nos morimos todos.

—Sí —reconoció la otra voz—, es verdad que nos morimos todos.

—Y además las perras, todas las perras —resollaba el órgano viejo—, sus perras, las tuyas. No mías. Que se las hubiera quitado. Perdido por perdido... —agregó oscuramente.

Fred tuvo que incorporarse entonces, pues un inválido avanzaba con gran lentitud por el fondo del pasillo cogiéndose del pasamanos. Se perdieron algunos elementos de la conversación. Pasó el inválido sin mirar a Fred, se alejó. Fred volvió a pegarse a la puerta; de nuevo contuvo la respiración.

—Querrían saber dónde está —decía el hombre—. Las perras, siempre igual, todo el mundo querría tener muchas. Pero a mí que no me jodan con eso. Gratien se fue, no se sabe dónde está. A mí que no me busquen.

—¿Quién quiere que lo busque? —dijo la otra voz pacientemente.

—Creen que puedo decir algo —resolló aún la vieja tesitura—, pero no diré nada, que se enteren. Que se enteren de que no diré nada. Que se enteren de que no sé nada.

—Bueno —dijo la otra voz—, voy a dejarlo. Pasaré mañana.

—Que se enteren —insistió débilmente el anciano.

Fred se incorporó, puso cara indiferente y el propietario de la voz joven salió del cuarto. Era un hombre moreno, de pelo rizado, flaco, aspecto aplicado, con gafas sin montura y una bata blanca de cuello levantado. Dirigió a Fred una mirada ofendida al pasar por su lado. Cuando hubo desaparecido del todo, Fred arrebató una bata que colgaba como una hoja seca del muñón de una percha y se la puso: le iba como un guante sucio. Fred empujó la puerta y entró en el cuarto.

Léon Richaud tenía una cara larga y chupada, grandes ojos pálidos hundidos en el fondo de sus cuencas, ricitos blancos en las sienes y largos pelos blancos en las orejas y la nariz. Estaba acostado, vestido con un pijama de anchas rayas, con los puños cerrados sobre el embozo al final de sus flacos brazos. Afortunadamente para Fred,

tres de las camas estaban vacías y las dos restantes contenían internos dormidos aún o muertos ya. El viejo observó a Fred con desconfianza cuando se sentó a los pies de su cama.

—Soy el doctor Péroné —dijo Fred—. Ahora vendré yo a visitarlo.

El otro no manifestó ningún entusiasmo ante la noticia.

—¿Qué? —preguntó Fred—. ¿Cómo vamos hoy, señor Richaud?

Léon Richaud se limitó a pestañear. Su comisura izquierda esbozó un rictus resignado.

—Mi asistente —Fred señaló la puerta— acaba de hablarme de ese problema con su primo, el señor Ferro. Gratien Ferro, ¿verdad?

El viejo se puso tieso enseguida.

—Está usted inquieto —observó tranquilamente Fred—. Le preocupa ese problema.

El anciano sacudió violenta y negativamente la cabeza. Había que actuar rápido. En cualquier momento podía entrar alguien en la habitación. Fred renunció a los miramientos. Se arrojó sobre Léon Richaud, agarrándolo del brazo.

—Lo mejor es hablar del asunto, señor Richaud —dijo con voz suave—. Las cosas hay que decirlas. Luego se sentirá mejor, ya lo verá. Se quedará tranquilo. Nadie vendrá a darle la lata.

El otro se agitó, le entró pánico y abrió completamente la boca, en la que Fred pegó inmediatamente su mano.

—Dígame —murmuró Fred—, dígame simplemente dónde está Gratien. Yo me voy y aquí no ha pasado nada.

Léon Richaud se movió convulsivamente bajo la presión de la mano. La cara se le ponía oscura. Fred dejó libre una punta de su boca.

—Venga —sugirió.

—Hay que decirles que no lo sé —escupió lentamente el hombre viejo.

—Me ha entendido mal —observó Fred.

Pero en aquel preciso momento, dejó de sentir resistencia bajo su mano, como si de pronto ejerciera su presión en el vacío. Se apartó. Léon Richaud no se movía, la vida lo había abandonado, sus ojos permanecían clavados en dirección a Fred, que se apartó más para salir de su campo de muerte. Joder, enunció en voz baja. No quería eso, pensó vanamente. Se levantó, fue hacia la puerta quitándose la bata con dificultad, y una hora más tarde se hallaba en el fondo de una cervecería de la Porte d'Orléans, donde lo esperaba un hombre agazapado en un rincón oscuro, delante de una cerveza negra, disimulado bajo un sombrero y unas gruesas gafas.

—Las cosas no han salido bien en el asilo, señor Gibbs —dijo Fred—. Se acabó, ya no hay que contar con ello.

—Es una pena —dijo el señor Gibbs—. ¡Qué le vamos a hacer! Olvidémoslo.

—Eso es —dijo Fred—, olvidémoslo.

—¿Y Benedetti?

—Es delicado, no hay modo de hablar con él —eludió Fred—. Quizá pudiera encargarse usted mismo del asunto.

—¿Cree que sabré hacerlo? —se inquietó el señor Gibbs.

—Se lo explicaré todo. Lo bueno sería conocer a alguien de su oficina, ya sabe, alguien que pudiera trabajar al mismo tiempo para nosotros. Puedo arreglarlo: he tanteado un poco el terreno antes de hablarle de ello.

—Bueno, haga lo que pueda. Téngame al corriente.

—Entendido —dijo Fred—. Y aquella historia de secta ¿le interesa?

—Creo que sí —dijo el señor Gibbs—. También lo necesitaré a usted para eso: habrá que precisar los detalles. Llámeme mañana. ¿Qué quiere tomar?

—No tengo tiempo —respondió Fred, levantándose.

Luego, poco antes de las once, Fred se hallaba en el interior del Mazda, aparcado frente al pequeño arco del Carrousel. A la luz de la lamparita del techo leía *Fedra*, en una vieja edición escolar de color verde botella, encantado de que ese nombre fuera un anagrama fonéticamente correcto del suyo. Leía lentamente, estaba impresionado por su lectura, era sensible a la idea de que algunos crímenes preceden siempre a los grandes crímenes. Los cristales del coche, por dentro, estaban empañados por un vaho espeso que se condensaba a veces en gruesas gotas pesadas, rápidas.

A las once, un mecanismo fijado a su muñeca disparó una transcripción de las trompetas de Aida para reloj de pulsera y Fred cerró el librito con pena. Limpió el parabrisas con un kleenex, arrancó para efectuar un breve trayecto bajo los arcos del Louvre y cruzó la calle de Rivoli para detenerse en doble fila al comienzo de la avenida de la Ópera. Desde allí veía muy bien las puertas del Théâtre-Français, entre las que unos carteles amarillos de aspecto oficial anunciaba *Fedra*. Esperó. Había vuelto a coger el libro, lo hojeaba, leía alguno que otro verso y se lo repetía varias veces para desentrañar su sentido, su encanto, sin conseguirlo siempre.

Las puertas del teatro se abrieron, salió el público, hubo una pausa, luego salió el personal: tres personas cruzaron la calle de Richelieu y se dirigieron al Mazda. Fred abrió las puertas; el grupo se repartió en los asientos: dos hombres y una mujer. Uno de los hombres era huesudo, agudo, tez oscura, pelo corto, traje verde, treinta años. La mujer era sonrosada, redonda, rubia, treinta años. El otro hombre era igualmente rubio pero de pelo rizado, atlético pero extraordinariamente pálido, veinticinco años.

—Buenas noches —dijo Fred—. Me llamo Fred.

—Lo sabemos —dijo el hombre huesudo—. Nos lo ha dicho ella. ¿Qué hay que hacer exactamente?

—Es largo de explicar —resumió Fred—. Vamos a tomar unas copas.

—¿En su casa?

—No —dijo Fred—. Vivo en un hotel.

Giró en la avenida de la Ópera, para coger por la calle Saint-Honoré y llegar al Châtelet, desde donde fueron al café Sarah-Bernhardt. Durante el trayecto, Fred se enteró de que el joven rubio se llamaba Baptiste y tenía un papel de guardián en

*Fedra*. La rubia redonda se llamaba Béatrice y hacía de Panope, una criada de Fedra, la que dice: «¡Agoniza, señor!» casi al final. El huesudo sentado al lado de Fred no formaba parte del mundo teatral, pero pretendía responder al apellido de Barrymore. Baptiste y Béatrice eran pareja: se besaban sin parar en el asiento de atrás. Fred intentó una vez o dos hablarles de Fedra, pero les daba risa y se besaban más. Renunció.

En el Sara-Bernhardt, pidieron chocolate; se lo sirvieron lleno de espuma en unas tazas demasiado gruesas. El coñac de Fred brillaba delante de él como un bloque de ámbar redondo.

—Es como una obra de teatro —explicó—, algo por el estilo. Se aprenden un texto, yo les digo a grandes rasgos las indicaciones escénicas y ustedes actúan. Un día y medio, cinco mil francos cada uno.

—Conforme —dijo Barrymore—. En esas condiciones, conforme.

—Habrá que ocuparse de un tío. Se pueden prever sus reacciones, la cosa no debería ser complicada.

—¿Nada sexual? —preguntó Béatrice.

—Nada sexual —dijo Fred—, en principio nada sexual. Por supuesto, eventualmente, usted verá qué hace.

—¿Es un enemigo suyo? —preguntó Baptiste—. ¿Alguien que le busca las cosquillas?

—No —dijo Fred—. Su vana amistad no es lo que más temo.

El domingo, al atardecer, iba a abrir sus puertas el Cirque d'Hiver. El espectáculo incluiría particularmente a una domadora de elefantes llamada Leslie Bogomoletz, treinta osos blancos del polo con un oso negro tibetano, las focas del capitán Froehn, los Flying Gonzales y los conejos de Gillette Milan. Mucho antes de la hora indicada, se había formado una cola ante la entrada del circo, ocupando toda la acera hasta el bar más cercano, a la derecha, en cuyo interior estaban sentados Georges y Véronique. Bernard Calvert entró en el bar, les hizo una señal, Véronique le sonrió. Él se acercó y se sentó a su mesa.

—¿Han visto a toda esa gente? Hace años que no he ido al circo.

—Yo también —dijo Véronique.

—Recuerdos —dijo Bernard Calvert—, apenas recuerdos.

Georges no dijo nada, no se opuso a nada, y así se encontró, cuarenta minutos más tarde, empotrado en una butaca rígida que dominaba la pista. Bernard Calvert estaba sentado al otro lado de Véronique.

Debajo de ellos, un hombre de perfil de medalla, vestido con esmoquin rojo, peroraba en un círculo de luz blanca. Procurando no apagar su voz, una pequeña formación musical compuesta de dos instrumentos de metal, un joven organista delgado y un batería peinado como un peluquero, se hallaba instalada a su espalda en un practicable cóncavo.

Desapareció el esmoquin rojo, se apagó el foco. En las alturas del circo, se desplazaba rápidamente una luz malva con una minúscula forma viva dentro: un mono, vestido de zíngaro, que bajaba saltando en ángulos agudos por entre los trapecios y las escaleras de cuerda; tocó la pista al mismo tiempo que surgía de las bambalinas, con los brazos abiertos, un hombre de mallas doradas que se desprendió vigorosamente de su capa rosa antes de precipitarse hacia los trapecios. El público en círculo alzó los ojos. Georges abrió los suyos cuando aplaudió la gente. Después, Leslie Bogomoletz hizo desaparecer tres elefantes tras hacerlos actuar sobre una maroma. Luego un amaestrador de aves reprodujo una escena de estación: los gritos y arrullos mezclados dibujaban ruidos de trenes, silbidos; algunas aves parlantes ordenaban retroceder, cerrar las portezuelas, el tren va a efectuar su salida, adiós mamá. Un hombre hizo juegos malabares con vasos de vino, una mujer se mantuvo en equilibrio sobre un dedo apoyado en una bola, hubo algunos payasos, uno de ellos estalló. El hombre de rojo anunció un descanso; los mozos de pista alzaban ya los barrotes en previsión de las fieras. Véronique se reía de lo que contaba Bernard Calvert; Georges se levantó.

En la entrada del circo dos almirantes comentaban un semanario hípico. Le indicaron a Georges la excepcional exhibición de fieras, donde resultó ser el único individuo de la especie humana —los visitantes irían más tarde, al final del espectáculo—. Georges observó aburrido a los animales inactivos: ninguno de ellos

le era desconocido, ni ofrecía la menor novedad; aquellos animales se parecían demasiado a sí mismos. Sin testigos, le hizo una mueca a un mono, que respondió sacudiendo trivialmente los barrotes de su jaula. Georges se acercó a un alto recinto de tela metálica y forma cilíndrica, cerrado en su base con gruesos barrotes de madera por encima de los cuales revoloteaban colibríes y otros volátiles. Un foso inmundo se hallaba debajo del cilindro, una cloaca donde pululaban áspides y crótalos. Georges alzó la vista hacia los pájaros. Los estuvo mirando un momento. Su semblante era inexpresivo. Bruscamente, se desabrochó los botones del gabán, abrió este como lo hacen los exhibicionistas y gritó:

—¡Morgan!

En lo más alto de la jaula, un ave grande abandonó su palo, se dejó caer como una piedra en uno de los barrotes, vio un ángulo en el que dos de ellos estaban algo separados y comenzó a desmenuzar el obstáculo a picotazo limpio, arrojando serrín, virutas, esquirlas, que llovían sobre las serpientes. Se abrió paso, se dejó caer de nuevo, viró a dos metros del suelo para abatirse sobre Georges, que lo agarró con presteza, se lo escondió debajo del gabán y salió a toda prisa. Solo tenía que andar cien metros para llegar a su casa, donde encerró al animal en la menos frecuentada de las dos habitaciones. Luego, en la cocina, estuvo un momento sin moverse, de pie frente al cuadrado negro de la ventana, con un vaso de agua en la mano. No estaba emocionado, ni contento, ni sorprendido: no pensaba en nada. Regresó al circo.

Bajo la dirección del capitán Froehn, tres focas ejecutaban su número clásico, llevando en la punta del hocico unos grandes balones rojos decorados con estrellas verdes e interpretando desacompasadamente *El bello Danubio azul* mediante un dispositivo de trompas cromáticas. En medio de los ejercicios, el capitán se sacaba de un bolsillo impermeable de su esmoquin unos peces plateados, vivitos y coleando, que arrojaba a los animales por encima de la pista, como diminutos rayos. Georges bajó las escaleras entre las filas de butacas mientras el hombre de rojo hacía la presentación de Gillette Milan, enumerando las testas coronadas que habían aclamado a sus conejos. De nuevo se apagaron las luces. Georges tuvo que pisar a varias personas para intentar volver a su sitio. Se desplazaba mascullando disculpas. Gillette Milan apareció bruscamente a plena luz, rodeada por sus sesenta roedores, y Georges descubrió a Véronique y a Bernard Calvert muy juntos. Los miró un segundo, se volvió y desanduvo lo andado, cuando la orquesta atacaba una azarosa música para conejos.

Casi estaba en la puerta de su piso, cuando oyó dentro un ruido de conversación que se interrumpió al acercarse él; la luz de la escalera se apagó al mismo tiempo. Georges se sobresaltó antes de acordarse del loro Morgan. En la cocina, preparó un poco de comida en una bandeja, poniendo precavidamente fruta pelada para el animal. Luego se instaló en la habitación que le había destinado, sentado en el suelo en un rincón, con la bandeja sobre las rodillas, y escuchó al ave.

Era, en efecto, el loro más hablador del mundo, sin comparación con los que



oímos a veces casualmente acá o allá. Naturalmente, siendo incapaz de un discurso organizado, abundaba en fórmulas breves, interjecciones, estribillos, reniegos, eslóganes en varios idiomas, así como en zumbidos de máquinas, chirridos de puertas, disparos de armas, parloteos de animales diversos y gritos de amor. Su vida debió de ser fértil en viajes, experiencias, encuentros, conocimiento de todos los ambientes. A veces se quedaba callado, pero Georges no tardó en descubrir que bastaba repetir dos o tres veces lo que fuera para que Morgan lo repitiera por su cuenta antes de enlazar con su propio repertorio.

—Bernard Calvert es un mierda —decía Georges, por ejemplo, mientras echaba catsup en un trozo de pan—. Repito: Bernard Calvert es un mierda.

—Calvert es un mierda —repetía el loro—. Donde las dan las toman. Ponlo en la mesa. Introibo ad altare Dei. Agárrenlo, agárrenlo, agárrenlo, agárrenlo.

Parecía conocer bien esta orden. Después ladró un buen rato.

—Aunque a mí me la trae floja —prosiguió Georges, hablando consigo mismo.

—Me la trae floja —confirmó el ave—. Mehr Licht. Establecimientos Molotov al habla. Diez mil como máximo. Azul, azul, Jenny Weltman.

La bandeja se le cayó de las rodillas a Georges, que se levantó de golpe. Miró con fijeza al animal, encaramado en el respaldo de una silla.

—¿Qué dices?

—Jenny Weltman —respondió el loro.

Georges se le acercó. Repite, dijo, repite. Repite, repitió Morgan. No, dijo Georges, repite Jenny Weltman. Repite Jenny Weltman, dijo el loro. Georges se puso nervioso, cogió al loro de un ala y empezó a gritar y a sacudirlo. Morgan se soltó lanzando su propio grito y después una imitación del de Georges, abandonando una pluma del pecho de color gris hierro en un vuelo desordenado hacia lo alto de un armario en el que fue a posarse, volviéndose enseguida hacia el hombre con una expresión de reproche, con toda la amargura de una confianza defraudada en su mirar redondo. Georges volvió a sentarse en su rincón, recogió la bandeja y empezó a comer de nuevo, sin dejar de vigilar al ave por el rabillo del ojo. Callaban ambos.

Avanzaba la noche y el loro seguía enfurruñado. Georges acabó durmiéndose, con la cabeza apuntalada en el ángulo de la pared y poco tiempo después con el zócalo por almohada. Se despertó varias veces. El loro seguía mirándolo. Georges le ofreció unos trozos de manzana a modo de disculpa: Morgan reaccionó con un movimiento de pupila como aceptándolos. Georges fue a buscar una caja de cartón y una cuerda, volvió, llamó delicadamente al loro por su nombre. Morgan descendió del armario sin discutir, en un breve vuelo planeado, y se metió tranquilamente en la caja.

A eso de las nueve entraba Georges en el pasaje Bardy por el bulevar de Strasbourg. Aún no había llegado Brigitte, Bock estaba de viaje y Ripert enfermo. Georges cruzó el vestíbulo, llamó a la puerta del despacho de Benedetti, entró, dejó la caja encima de una silla.

—Ahí tiene al animal —dijo.

Benedetti dejó de agitar una cucharilla en una taza que tenía en la mano, miró largamente a Georges y le tendió la taza, tenga, tómeselo, pues traía aspecto sucio y cansado, la ropa desabrochada, las mejillas azules, los ojos con ojeras. Luego sacó de debajo de su mesa una cajita de caudales de acero en la que guardaba algún dinero líquido, diciéndole que le hacía falta un anticipo.

Pero tres horas más tarde, cuando regresó Georges a la calle Oberkampf, tampoco estaba Véronique en casa. Había ido durante su ausencia y se había vuelto a marchar. En el espejo del cuarto de baño había dejado dos o tres palabras de circunstancias, escritas con el lápiz de labios de su primer encuentro que, por cierto, se había quedado allí, de pie, en la repisa de vidrio del lavabo.

Tres horas más tarde llegaba Georges a la plaza del Trocadero, pero al cabo de veinte minutos tampoco Jenny Weltman había aparecido, y Georges ya estaba harto de leer las ideas doradas de Paul Valéry en las paredes del Palais de Chaillot. Pidió un café, y otro, luego un joven que ya había pasado dos o tres veces ocupó una de las sillas de su mesa.

—¿No le molesta? —preguntó el joven casi afirmativamente.

Georges respondió con un gesto. Hay cuatro o cinco cafés en la plaza del Trocadero, amplios, poco concurridos a estas horas, sobran sitios, no hay necesidad de estar pegados unos a otros. El gesto de Georges significaba todo eso.

—¿Por qué? ¿Está reservada? —preguntó el joven, demostrando que entendía el gesto.

—Digámoslo así —dijo Georges.

—¿Para qué? —preguntó el otro—. Si no va a venir.

Georges observó al intruso: lo vio ancho de hombros, muy blanco de tez, con el cabello rubio muy claro y los ojos azules muy pálidos, como si lo hubieran remojado un buen rato en lejía. Tenía el aire de un ángel halterófilo destetado antes de tiempo, encerrado demasiadas veces en el cuarto de las ratas, con una sonrisa triste de hijo de chusquero. Llevaba en la muñeca un grueso nomeolvides de metal blanco con su nombre grabado.

—No le sienta mal —dijo Georges.

—Gracias —dijo Baptiste—. No vendrá, ¿sabe? No vienen nunca.

—¿Habla en general?

—He venido en vez de ella.

—¿En vez de quién?

—De Jenny Weltman, ya sabe.

—Bueno —dijo Georges sin cordialidad—, ¿qué es lo que quiere?

—No queda tiempo para explicárselo —dijo Baptiste—, tenemos que irnos.

—¿Cómo dice?

—Tenemos que irnos —repitió el joven—. Vamos.

—Ni hablar —dijo Georges—, ni hablar.

—¿Quiere verla o no?

Era un Ford Capri de color pizarra, aparcado en un lateral de la avenida Kléber. Georges vacilaba.

—Venga, suba —dijo Baptiste—, suba. La va a conocer. Conocerá a otras. La vida no ha terminado para usted.

El asiento estaba demasiado adelantado para las piernas de Georges y las encogió buscando con mano ciega alguna palanca que permitiera moverlo. Está estropeado, indicó Baptiste. Para tomar por la avenida de Wagram, el Ford dibujó un arco de elipse regular en la plaza de L'Étoile, sin tener en cuenta preferencia alguna. Georges

se aguantaba con una mano en el respaldo del asiento y con la otra en el parabrisas. Conozco la maniobra, rezongó Baptiste. Se dice eso hasta que..., masculló Georges. Pasaron por la plaza de Clichy y por la plaza Blanche, pasaron por Pigalle y Barbès, donde crepitaban racimos nerviosos de población activa, luego por la Chapelle, tras lo cual el gentío se hacía menos denso. El recorrido, por los bulevares hasta allí, se complicó por una maraña de callejas a partir de la avenida Secrétan. Georges no tuvo tiempo de leer el nombre de aquella al final de la cual aparcó Baptiste, delante de un edificio de ladrillo adornado con medallones de cerámica amarilla y verde en forma de coliflores.

El edificio estaba provisto de un ascensor en cuyo interior se elevaron hasta el quinto piso. Baptiste dio unos golpecitos en la puerta de la derecha, y casi enseguida abrió Béatrice. Hizo pasar a Georges solo a un cuarto dispuesto como sala de espera, sin preocupación aparente de lujo y voluptuosidad, en el que estaba ya sentado Barrymore, con un vaso de líquido incoloro en la mano. Saludó fríamente a Georges; le señaló una butaca tendiéndole otro vaso. Alzó el suyo. Georges lo imitó vagamente; bebieron. El líquido era una especie de jarabe con poco azúcar que sabía a fruta difícil de identificar, algo entre el mango y la cereza. Pausa.

—Con estas cosas sin colorantes —dijo Georges para llenar el silencio— hay que fijarse en el sabor para saber qué son. Es un esfuerzo suplementario, ¿no le parece? Era más sencillo antes. Amarillo, se sabía que era limón. Verde, menta. Naranja, naranja. No había más que beber, sin complicaciones; en el fondo no era mala solución.

Barrymore no contestó nada a eso. Levantó hacia Georges su mirada acerada.

—Viene a ver a Jenny Weltman, ¿verdad? —preguntó con voz lejana y regular como un motor de frigorífico—. Es amigo suyo.

—Sí —dijo Georges—, es decir apenas: la conocí el otro día.

Barrymore levantó una mano flaca, como si supiera todo eso, o no quisiera saberlo.

—La verá, no se preocupe.

—No me preocupo realmente —dijo Georges—. ¿Es usted amigo suyo? ¿Familiar?

—Familiar —repitió Barrymore—. Sí, por supuesto, somos familiares suyos. Eso es.

Se había levantado; iba hacia la ventana, desde la que se puso a contemplar otra ventana, perfectamente simétrica con maceta incluida, al otro lado del patio de la casa. Nueva pausa.

—No se parecen mucho —dijo Georges—. Quiero decir que no se le parece usted mucho.

—Es verdad —reconoció Barrymore, sin volverse.

Seguía sumido en la observación de la ventana opuesta, apoyando la punta de la nariz en el cristal sin empañarlo lo más mínimo, como si efectivamente tuviera sangre

fría. Tercera pausa: es demasiado, piensa Georges.

—Bueno —dijo—, creo que me voy a marchar.

—¿No quiere verla?

Georges miró a Barrymore sin contestar.

—Ande, está ahí. Justo enfrente. Venga, mírela.

Georges, emocionado, se levantó torpemente, con esfuerzo y como con cierto retraso respecto de aquel esfuerzo. Le pareció que andaba lentamente, ocupando demasiado espacio lateral, pero llegó hasta la ventana y, en efecto, Jenny Weltman estaba allí, tras la ventana de enfrente, vestida como el otro día, con su traje negro del que no podía distinguir, en el rectángulo oscuro y brillante, los pequeños motivos azul grises. Estaba tan inmóvil que por un instante creyó que no era más que una imagen suya, un maniquí, pero se hallaban lo bastante cerca uno de otro como para que viera el movimiento de sus pestañas. Quiso sonreír, hacer un gesto, pero no podía; los separaba un abismo, un precipicio en cuyo fondo se amontonaban cubos de basura, viejos juguetes rotos, plantas de interior muertas, un televisor reventado, la rueda viuda de una bicicleta.

Una última pausa, y Jenny Weltman se llevó un dedo a los labios, lo cual podía significar varias cosas; luego desapareció. Georges se quedó parado ante el marco vacío de la ventana, como ante una pantalla de nuevo blanca. Se volvió; Barrymore se había sentado otra vez. Georges fue a su butaca, se hundió en ella con un gran alivio, una gran satisfacción mezclada con un gran cansancio.

—Ya me están cabreando —pronunció, y su boca tenía ahora dificultad en articular esta idea tan simple—. Me están cabreando todos —agregó con profunda, pacífica y espesa convicción—. Estoy cansado de todo esto. De modo que me voy.

—Como quiera —dijo Barrymore.

Georges quiso, pues, levantarse, pero vio que su cuerpo era de piedra, que aquel cuerpo estaba frío, inerte, desmovilizado, que solo los dedos de las manos y los pies, así como la cara, conservaban todavía alguna independencia, y se vio semejante a aquellas estatuas incompletas de Miguel Angel que están en Florencia, en la galería de la Academia; del mármol bruto no emergen sino los fragmentos de un ser sepultado en la roca: un muslo, un torso, un codo alzado, el esbozo de una cara o de un sexo, una rodilla perfectamente pulimentada. Pronto las manos de Georges se petrificaron a su vez y luego los músculos de sus mejillas.

—¡La hostia! —enunció dificultosamente—. ¡Seré gilipollas!

Emitió una risa breve de primate.

—Cosas sin colorantes —articuló aún.

Volvió a reír, babeó, y el principio activo del jarabe invadió de golpe su organismo entero hasta los últimos núcleos de resistencia, y Georges se dejó caer de lado en seco; su cuerpo quedó retenido por un brazo de la butaca, su conciencia atravesó el suelo en caída libre, cayendo irresistiblemente hacia el centro del mundo, en un desmayo sin dimensión, sin matiz, sin aire, sin nada con lo que se pudiera

contar un poco.

Otra vez había dos hombres que circulaban por el bulevar periférico exterior en un 504 azul metalizado, al son de la marcha consular en Marengo, interpretada por la banda de la Guardia republicana, que difundían dos altavoces colocados a uno y otro lado del habitáculo. Poco después de la Porte Champerret, el coche se halló en medio de un embotellamiento, y el hombre que lo conducía empezó a renegar. Era bastante alto, sus hombros eran anchos, llevaba un traje azul y una corbata azul. Su cabello era moreno oscuro, sus ojos húmedos y su cara rojiza ofrecía una red de venillas escarlatas de una densidad comparable a la hidrografía de la Beauce. Se llamaba Guilvinec y había nacido en Bannalec, como constaba en un carnet barrado con los colores nacionales que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Representaba a la ley. Era su profesión.

El hombre sentado al lado de Guilvinec iba vestido de gris. Sus ojos y sus cabellos eran asimismo grises. Era delgado y encogido como una llama que se va a apagar, como ella carecía de brillo, como ella llamaba con toda la atención. Se llamaba Crémieux y ejercía la misma profesión que Guilvinec. Estaba hojeando un grueso volumen en rústica. Levantó la cabeza y pronunció unas palabras inaudibles. Guilvinec bajó enseguida el fuerte volumen marcial.

—¿Qué dices?

—Que bajes la música —dijo Crémieux.

—Ya está —dijo Guilvinec.

—Ya era hora.

Guilvinec fijó en Crémieux una larga mirada hostil aunque afable, envidiosa, sombreada de respeto; se lo permitía la detención total de los vehículos circundantes en una superficie cerrada de dos kilómetros cuadrados, luego emitió algunas groserías con voz suave, tras lo cual metió la primera, pues las hectáreas de automóviles se disponían a distanciarse un metro. Crémieux se había sumido de nuevo en su lectura, consistente en un catálogo de economato que ofrecía a sus socios artículos de primera necesidad a precios competitivos.

—¿No te gusta la música? —preguntó Guilvinec.

—No —dijo Crémieux—, no mucho.

Recorrieron todavía un buen cuarto de periférico a la velocidad tranquila de un minuterero por la esfera de un reloj. Guilvinec cambiaba continuamente de carril, so pretexto de avanzar más, pero sin otro motivo que el de hacer algo. A la altura de Malakoff, adelantaron a un coche volcado de lado en mitad de la calzada y Guilvinec dijo que era por eso, pero, después del accidente, la cosa siguió igual. Dejaron el bulevar periférico en la Porte d'Italie, creyendo llegar antes a la puerta siguiente por los bulevares de los mariscales, pero también por allí estaba igual, y hasta Crémieux empezaba a ponerse nervioso. Guilvinec se inventó un atajo que les hizo perderse por Alfortville, errar por calles y avenidas permutables y verse reducidos a tener que

preguntar a un colega de uniforme. Un poco más tarde, situados por fin en Ivry, llegaron rápidamente al chaletito de Fernand.

Crémieux tiró varias veces del cordón de la campanilla que colgaba de uno de los pilares. No provocando este gesto reacción alguna, empujó la puerta, se rasgó la franela en un matorral de rosales que tendían al estado silvestre y se acercó a la casita. Iba a llamar a la puerta, cuando un largo tubo metálico hueco surgió de un agujero practicado en aquella a la altura de un hombre y su extremidad fue a meterse precisamente en la punta de la nariz del hombre gris.

—Venga, Fernand, soy yo —dijo Crémieux—. Yo solo.

—¿Y el rojo ese de atrás? —gritó una voz enérgica al otro lado de la puerta—. ¿Quién es ese rojo?

—Un colega —dijo Crémieux—, un amigo.

—Ya conozco a tus amigos —dijo la voz—. Os conozco a todos. ¿Qué quieres?

—Nada —dijo Crémieux—. Pasaba por aquí.

El cañón se retiró lentamente, dejando un redondelito blanco en la nariz de Crémieux, y la puerta acabó abriéndose en un staccato de cadenas, cerrojos, barras de hierro. Crémieux siguió al sexagenario refunfuñante hacia una habitación completamente invadida de libros. En las estanterías, los libros tapaban las paredes hasta el techo y luego formaban por toda la estancia grandes pilas inestables que se aguantaban mutuamente como la gente a las horas punta en los transportes públicos. Fernand había dispuesto aquella proliferación como en un esbozo de mobiliario: una acumulación cúbica de libros servía de mesa, nivelada en su superficie mediante una serie de grandes formatos, y un montón oblongo, más bajo, hacía de sofá, y hasta de sofá cama combinado con otras pilas cercanas. Montones de periódicos, más amplios y más blandos, podían servir de butacas. Crémieux se acomodó en uno de ellos y Fernand se sentó frente a él, con la escopeta en las rodillas. Con las manos a la espalda, Guilvinec observaba por la ventana grasienta el huerto del chalet.

—¿Qué tal van los negocios? —preguntó Crémieux.

—Ya no hay negocios —respondió Fernand—, ya no hay nada. Se acabó todo. La gente ya no lee.

—Pero estás bien aquí. Prácticamente es el campo.

—Tenga cuidado con las alcachofas —dijo Guilvinec sin volverse—. Con los fríos que se anuncian, más le valdría proteger los retoños con una campana de vidrio. Puede trasplantarlos en primavera.

—Sí —dijo Fernand—. De todos modos, no como alcachofas. ¿Cómo se llama tu colega?

—Guilvinec.

—Ah —exclamó Fernand—, yo soy de Brest. Conque pasabais por aquí.

—Eso es —dijo Crémieux—, pasábamos. Pasábamos. Por casualidad, ¿no habrás sabido algo de un tal Chave últimamente?

—Ah, es eso —dijo el librero—. Haberlo dicho antes. Pasabais por eso.



—Sí —reconoció Crémieux—, pasábamos por eso.

—¿Qué quieres de él?

—Nada —minimizó Crémieux—, poca cosa. Tal vez conozca a uno a quien busquemos. Así que echamos algún vistazo, por no estar ociosos. Ya sabes cómo es eso.

Fernand miró a Crémieux fijamente en medio del silencio, apenas turbado por Guilvinec, que había acabado sentándose a su vez y miraba a su alrededor. Después, el sexagenario se levantó bruscamente y retrocedió hacia la puerta apuntando con la escopeta a los dos funcionarios.

—¡Fuera! —gritó, con un breve movimiento de la barbilla—. ¡Largaos! No soy muy joven, pero no por eso dejaré que vengáis a joderme aquí, en mi propia casa. Venga, largaos. Largaos.

—Escucha —dijo tranquilamente Crémieux—, ha pasado algo realmente molesto. La otra noche, por Jules Joffrin, prácticamente enfrente de donde vive Vermont. Crocognan. ¿Conoces ese nombre? ¿Te suena de algo?

—Vermont sí —dijo Fernand—. Crocognan no. Algún joven. A los jóvenes ya no los conozco. Pero ¿por qué le responderé a ese mierda? —se indignó de pronto—. Hala, vete. Vete, mierda. Marchaos.

Agitaba su arma, parecía cerrado a toda transacción. Crémieux se levantó, encogiéndose de hombros. Guilvinec siguió el movimiento, echó una última ojeada al huerto, al pasar por delante de la ventana.

—Y aquel perifollo...

—¡Largo! —vociferó Fernand.

—Ya podría protegerlo.

El librero intentó pegar culatazos a los dos hombres, que se batieron en retirada hacia la puerta y retrocedieron hacia el 504, arañándose de nuevo con los rosales ariscos. La puerta, gritó aún Fernand. Las puertas se cierran. Inmóvil en el umbral, con su larga arma de cañón deslucido en las manos, vigiló un momento su marcha desordenada, soltó una carcajada frenética, se metió en la casa, dio un portazo. Viejo chiflado, dijo Guilvinec.

Echados los cerrojos, Fernand cruzó la habitación de los libros, luego otra, abandonada, llena de ropa arrugada, subió dieciocho escalones para llegar a un despacho pequeño amueblado con una verdadera silla y una verdadera mesa con un viejo teléfono encima. Se sentó, descolgó el auricular, marcó un número, luego otro, dejando cada vez que sonaran los teléfonos un buen rato, provocando estridencias solitarias que se amplificaban en estancias vacías, hacían temblar los cristales, despertaron a un gato. Al tercer número, acabaron respondiendo al cabo de una docena de llamadas.

—No está —contestó Véronique—. No, ni idea. He venido a recoger unas cosas, ya estaba fuera, he oído llamar. He corrido —resopló—, estoy sin aliento. Sí, se lo diré, es decir, no sé si lo veré. No parece que haya vuelto. Bueno, le dejaré una nota.

¿De parte de quién?

—Es inútil —dijo Crémieux, cortando el interceptor fijado en el salpicadero del Peugeot y que, convertido de nuevo en emisor, volvió a lanzar sus acentos bélicos—. No saben nada. Podemos marcharnos.

—Viejo chiflado —repitió Guilvinec—. Le he cogido esto, mira. Algo es algo.

Se sacó un libro escondido en la americana. Estaba sentado encima, dijo, no parece malo, y además la portada es bonita. Era una edición de bolsillo en lengua inglesa del *Caleb Williams* de William Godwin, cuyo título se destacaba en beige sobre un dibujo de colores oscuros, que representaba un hombre con cara preocupada sentado dentro de un fiacre.

—¿Hablas inglés? —preguntó Crémieux.

—No, pero es una ocasión para aprender. El mejor medio para aprender es el baño lingüístico. ¿Lo sabías? Las tapas están realmente bien. ¿No te gusta la literatura?

—No —dijo Crémieux—, cada vez menos.

—Toma —dijo Guilvinec—, el tío del fiacre, en el dibujo, se te parece. Pareces tú.

Se había puesto a hojear el libro, y Crémieux lo miraba como un hombre demasiado solo mira a veces a su perro, con una indulgencia mezclada de desesperación y matizada de rencor sordo, Luego su mirada se hizo fija y borrosa. ¡Eh!, gritó Guilvinec, ¿algo que no chuta? Crémieux se sacudió; le hizo señal de arrancar al otro.

—Bueno —dijo—, vamos a hacer un informe.

—Sí, jefe —dijo Guilvinec.

—¿Por qué me llamas jefe?

Se alejaron. Decreció el ruido de su motor, se fundió en el rumor lejano, ya no estaban allí. Ya no están allí. Pero nosotros nos quedamos. Alrededor el paisaje es gris y mate. El tiempo es húmedo y frío. Todo está desierto; no se oye más que aquel rumor lejano, sin interés. ¿Por qué no nos vamos? Pero hete aquí que otro ruido de motor surge entre bastidores, se precisa, se encarna en un nuevo coche que aparece a la entrada del pasaje, se acerca, frena y aparca en el mismo sitio donde estaba aparcado el 504. Es el Mazda de alquiler de Fred. ¿Ocurrirá algo? ¿Habremos hecho bien en quedarnos?

Fred corrió nerviosamente al pasadizo estrecho que se extendía a un lado de la casa hasta el huerto. Entró en la cocina sin llamar.

—Estos no son modos —protestó Fernand.

—Hola —dijo Fred—, soy yo.

—Ya lo veo.

—Pasaba por aquí.

—¡Ah, tú también!

—¿Cómo que yo también?

—¿Vienes otra vez a lo mismo? —eludió Fernand—. Si es eso, la respuesta es que no. Ya te dije que era que no.

—Escucha —dijo Fred—, solo tú puedes hacer eso. Has conocido a Benedetti; lo conoces. Puedes hablarle de mí, solo cuatro palabras. Hazte cargo, es importante.

—No —se obstinó Fernand—, he dicho que no.

—Anda, llámalo —insistió Fred—. Telefonea, tío.

—No puedo —explicó el tío—, hazte cargo de que no puedo. Ya trabaja Georges con 61. Volveríais a pelearos.

—Ah, claro —dijo Fred—, tú también prefieres a Georges.

—No seas tonto —aconsejó Fernand.

—Siempre habéis estado todos contra mí, todos —se enfadó de pronto Fred—. Pero me importa un pito. Os desprecio, os escupo a la cara. Ya me encargaré yo de todo eso, ya verás. Ya lo veréis. Sé lo que tengo que hacer.

—Pero ¿qué es lo que te figuras?

Fred dejó totalmente de contenerse. Agarró un tazón puesto en la mesa y lo arrojó al suelo con toda su fuerza. El recipiente estalló; se esparcieron fragmentos en todas direcciones; un trozo rebotó y fue a herir a Fred en la mejilla derecha. Hostia, gritó Fred tres veces, luego profirió amenazas de muerte incoherentes y generalizadas. Una gota de sangre asomó a su piel y se escurrió hacia la barbilla. Quiso secarse con una punta del pañuelo, pero se ensangrentó media cara. Fernand le indicó el fregadero debajo de la ventana.

—Anda, límpiate eso. Y espera, voy a ponerte un poco de hemostático.

—Es él —dijo Spielvogel a la mañana siguiente.

El doctor había cogido el loro en brazos; acariciaba su cabeza color perla, su pecho color hierro, sus alas color ratón, sus plumas caudales casi rosáceas; le hablaba bajito, calentándolo con su aliento; Morgan respondía groseramente. Benedetti miraba la alta estancia clara por encima de él, incesantemente cruzada por aves polícromas como un pequeño fuego artificial diurno, silencioso, aleatorio. Cuando se levantó de su silla, Spielvogel le dio de nuevo las gracias y sacó un talonario de cheques. Benedetti le dijo al doctor que no había ninguna prisa, que recibiría una nota de honorarios en el transcurso de la semana. Luego se despidió, salió y cruzó la calle dirigiéndose al Mercedes beige que tanto le costaba mantener en buen estado. Buscaba las llaves en sus bolsillos, cuando lo abordó una joven. Llevaba gafas redondas, un vestido blanco mal cortado y unos folletos debajo del brazo.

—El eje del mundo pasa por su corazón —anunció—, pero usted no lo sabe.

—Sí —dijo Benedetti—, disculpe, tengo prisa.

—Cierre los ojos —ordenó la chica—, escuche los latidos de su corazón. Lo irriga el arroyo de armonía, ¿verdad? ¿Lo oye?

—Déjeme, por favor —dijo Benedetti, sin conseguir dar con el llavero.

—Relájese —sugirió la chica—, respire, no piense en nada. Aspire, sople, aspire, sople. Es usted dichoso. El rayo mayor vela por usted. Tiene un buen coche.

—Para el arrastre —confesó Benedetti, registrándose nerviosamente los bolsillos.

—Seguro que tiene una esposa guapa —agregó la chica.

—Para el arrastre igualmente —dijo—. Tenga.

—Venga —dijo la joven, cogiendo el dinero—, repita los siete nombres. El arroyo de armonía pasa por los siete nombres.

Benedetti arrancó murmurando groserías; luego empezó a llover. Los limpiaparabrisas rascaban el cristal con gemidos infrasónicos, extendiendo un depósito de polvo grasiento diluido por su superficie, que no había recobrado su total transparencia cuando el Mercedes aparcó frente a las oficinas de LA ÓPTICA, después de cruzar el Sena por el puente de L'Alma.

Allí se desarrolló más o menos la misma escena que en casa del doctor: Raymond Degas tenía abrazada a su mujer, acariciaba sus mejillas sonrosadas de polvos, las raíces blancas de su pelo rubio. Es ella, es ella, confirmaba. ¿Qué le debo? Benedetti anunció de nuevo el envío de su factura y se marchó sin aguardar. De vuelta junto a su automóvil, observó los alrededores con desconfianza, pero allí no había nadie para ensalzarle el eje del mundo. El Mercedes siguió por la orilla del Sena hasta el Châtelet y subió por el bulevar Sébastopol bajo un cielo pardo del que caía una lluvia pesada y fofa.

—¿El señor Benedetti? —preguntó el más bajo de los dos hombres que se habían

levantado cuando empujó la puerta de la agencia—. Agente Crémieux. Y este es el agente Guilvinec.

—¿De qué se trata? —quiso saber Benedetti.

—De uno de sus empleados —dijo Crémieux—. Seremos breves.

Guilvinec y Crémieux salieron a los veinte minutos del despacho de Benedetti, en el que penetraron, por su parte, Bock y Ripert. El jefe estaba sentado, inmóvil, no saludó su llegada con ninguna palabra ni ningún ademán. Detrás de sus medias gafas, sus ojos fijos denotaban una profunda reflexión o al menos el esfuerzo requerido por ella. Los ayudantes se sentaron y aguardaron entre el verde esmeralda de las cortinas, el papel pintado y las pantallas fijadas a las pequeñas lámparas de cobre. De las paredes laterales colgaban dos grabados: uno representaba un transatlántico y el otro la sección del mismo buque. Se distinguían, en unos marquitos colocados en la repisa de la chimenea, algunas fotografías de casas, caballos, un matrimonio de edad, una mujer con un niño. Ripert encendió un cigarrillo.

Benedetti seguía inmóvil, en contemplación ante un reloj alto colocado frente a él en su mesa, que dominaba los papeles desordenados como domina un faro una situación desesperada y cuyas paredes de vidrio dejaban ver la maquinaria: una gruesa rueda dentada se agitaba vivamente, accionando otra rueda más lenta, que arrastraba una tercera de movimiento apenas perceptible; los engranajes siguientes parecían inmóviles. Benedetti estaba como encantado por el espectáculo del mecanismo. Una ola de cabellos amarillos y blancos moría en lo alto de su cabeza, y un largo pelo cobrizo surgía de una de las ventanas de su nariz como un hilo desnudo de un córtex de robot. En voz baja Bock le pidió un cigarrillo a Ripert. Pero si creía que ya no fumabas, murmuró Ripert a su vez. Bueno, déjalo, dijo muy bajito Bock con un ademán. Su furtivo intercambio de palabras bastó para sacar a Benedetti de su meditación; extrajo de un estuche de madera de arce un gran puro cuya punta seccionó mediante unas pequeñas pinzas doradas.

—¿Quiere uno, Bock?

—Gracias —dijo Bock—, ya no fumo.

—Ah, creía... —comentó el jefe con voz ausente.

Se enderezó, se aclaró la voz y encendió la otra punta del puro, luego expuso lo que acababa de evocar en compañía de los dos policías, a saber, la desaparición de Georges Chave y las relaciones de este con el llamado Crocognan, cuya evocación le hizo contraer pasajeramente la mandíbula a Ripert. Benedetti recordó luego los asombrosos éxitos de Georges en los casos Spielvogel y Degas. Quiso saber qué opinaban. Callaron. Parecían no opinar nada. Benedetti observó a sus ayudantes con un movimiento de la cabeza y una torsión de la comisura de los labios. Insistió. Preguntó si aquellos asombrosos éxitos no tenían, justamente, algo asombroso, ¿eh?, algo sorprendente. ¿Qué les parecía?

—¿Quiere decir que lo habría amañado todo? —preguntó Bock.

—Exacto —exclamó Benedetti.

—¿Y para qué le habría servido? —preguntó Ripert.

—Eso es lo que me trae de cabeza —dijo Benedetti—. No lo sé.

—Nunca me ha gustado ese tío —recordó Ripert—. Siempre me ha dado mala espina. Lo he dicho siempre. Pero no se me ha hecho caso.

—Eso no viene a cuento —advirtió Benedetti.

—A lo mejor quería inspirar confianza —insinuó Bock—. Qué sé yo. A lo mejor era poli.

—¡Qué va! —dijo Benedetti—. Si lo buscan los polis así, con saña, es que no es poli.

—¿Con quién? —preguntó Ripert.

—Con saña —repitió el jefe—. Sañudamente. Lo encuentro idiota hoy, Ripert —prosiguió con voz meditabunda—. ¿Es usted en este momento o yo el resto del tiempo quien...?

—Vale, vale —lo interrumpió Ripert, hundiendo su largo cuello entre los hombros.

—Sigamos —dijo Benedetti—. Quería inspirar confianza, de acuerdo, pero ¿para qué?

—¿Para actuar tranquilo en otro asunto? —sugirió Bock.

—¿Cuál? —dijo Ripert—, ¿el expediente Ferro?

Y Bock y él sonrieron juntos.

—Me cago en Dios —profirió Benedetti.

Se levantó, dio rápidamente la vuelta a la mesa en dirección al grabado que representaba la sección del transatlántico, el cual pivotaba sobre unos goznes para descubrir, empotrada en la pared, una caja fuerte, cuya cerradura manipuló Benedetti febrilmente para obtener la combinación veintiséis, cuarenta y nueve, cero ocho, once dos veces, y de cuyo interior sacó un grueso legajo que fue a colocar sobre su mesa con un suspiro.

—¿Qué es eso? —preguntó Ripert.

—El expediente Ferro —dijo con gravedad Benedetti.

—Nunca había visto todos esos papeles —se extrañó Bock—. No habló de eso cuando nos ocupábamos del caso.

—Si realmente hubieran avanzado en esta historia, ustedes mismos habrían oído hablar de ello y me lo habrían dicho. Nunca se presentó la ocasión.

—No podíamos avanzar —dijo Bock—, ya lo sabe. Nadie puede.

—No —dijo Benedetti—. Aunque con ese tío no sé. En el fondo no sabemos quién es ese tío. Todo esto no vale nada mientras no se presente nadie, pero... —No acabó esta frase—. He temido que... —Esta tampoco—. Bueno, vamos a echarle un vistazo.

Desató la cinta del legajo, lo abrió, pero lo que vio entonces, en vez de los documentos previstos, fue una resma nueva de papel de máquina en cuyo embalaje intacto se mostraba gloriosamente la indicación *extra-strong 64 g*, y aquella visión

virginal lo hizo palidecer, gemir, desfallecer, llevarse una mano al pecho al desplomarse en su sillón; pero se recobró muy rápido y empezó a hablar con una voz baja, fría, neutra, como esas voces sintéticas de las máquinas de traducir, descifrando a fortiori un texto particularmente tranquilo, sereno, objetivo, un breve poema bucólico japonés, por ejemplo.

—A ese tío, a Chave —articuló—, me lo buscan. Y luego me lo traen aquí. Si hay follón da igual. No tengan reparo. Ya lo arreglaré. Ustedes me lo traen y ya está. ¿Está claro?

No podían decir que no. Se miraron. Se levantaron.

—Jefe —dijo Bock con voz muy suave—, ¿cuánto vendría a representar para nosotros el expediente Ferro?

—Millones —respondió el jefe con voz neutra—, decenas de verdaderos millones.

—Coño —emitió Ripert.

—Y hasta quizá más —añadió el jefe mientras aplastaba el puro con inquietante indiferencia—. Y ahora váyanse.

Suena el teléfono. Benedetti descuelga. Escucha largamente, dice sí. ¿Ya? Es tan rápido... Lo intentaré. Gracias, doctor. Sí, adiós. Cuelga. Apoya los codos en la mesa; esconde el rostro entre las manos. Su cara ya no es solo blanca como hace un instante sino lívida y demacrada, su piel es casi transparente. Está gravísima, dice. Su voz es casi inaudible. Vayan, vayan, dice, déjenme. Bock y Ripert se miran confusos. Están un poco al corriente.

—Bueno —dice Bock con voz aún más suave, casi tierna—. Bueno, nos vamos, jefe.

—No, quédense, quédense —solloza ahora el jefe—. No me dejen. No me dejen solo.

Un ruido extraordinario reinaba alrededor de Georges Chave.

Sus ojos, cuando pudo abrirlos, no encontraron ningún objeto, no los hirió ninguna luz. Ante ellos, la oscuridad inmóvil y perfecta ofrecía pocas ventajas con relación al desmayo. Totalmente opuesto a lo que se cuenta a veces, apenas vuelto en sí, Georges recordó todo cuanto había precedido a su pérdida de conocimiento, absolutamente todo hasta tres días atrás, después de lo cual los detalles se hacían más imprecisos. Ahora tenía frío en medio de aquel estruendo de motores o de toberas que debía de ser el de un avión que cruzaba un cielo sereno, sin precipitación ni depresión, pues no se notaba ninguna sacudida, ninguna vibración excesiva.

Se registró los bolsillos enseguida, como si fuera para eso para lo que acababa de despertarse. Encontró su encendedor, un encendedor de semilujo que le había regalado Véronique, con una tapita dorada cuya apertura liberaba el gas indefinidamente. Se alumbró; dejó el encendedor delante, en el suelo.

Era un espacio exiguo, una bodega atestada de cajas, situada probablemente en la parte trasera del avión y separada del habitáculo por una gruesa puerta de ángulos redondeados que cerraba un voluminoso sistema con volante, como en las puertas de los submarinos. Todas las cajas estaban herméticamente cerradas, precintadas con estrechas cintas muy finas, muy cortantes, de una aleación de latón. Las paredes de la carlinga eran de metal desnudo, de un gris azul satinado en el que la llama del encendedor se reflejaba con un halo borroso; solo estaba pintada la puerta, de color de cáscara de huevo mate. No había nada aparte de aquellas cajas. Georges renunció a intentar abrirlas. Esperó, sentado en el suelo, con aquella lucecita de encendedor delante, sin pensar un solo instante en consultar su reloj.

Al cabo de un tiempo indeterminado, se abrió la puerta de la bodega, dejando correr por el suelo un rectángulo nítido de luz pálida. Georges alzó la mirada y distinguió en el hueco de la puerta a tres figuras que estaban frente a él: Baptiste y Barrymore enmarcaban a un hombre a quien nunca había visto y que sonreía. Georges y aquellas tres personas se contemplaron un momento en un silencio tanto más grave cuanto que lo llenaba por entero el rugir de los motores.

El desconocido podía tener unos cuarenta años, a pesar de sus ojos de topo jovencísimo que aumentaban unos cristales de gafas muy gruesos, a pesar de las arrugas que se cruzaban por su frente, alrededor de sus ojos, y juntaban las comisuras de su boca con las aletas de su nariz. Con armas todavía desiguales, el blanco le disputaba al rojo la mayoría de sus cabellos cortos, entre los que luchaban también numerosas mechas rebeldes pluridireccionales, como una hierba corta azotada por los vientos continentales. A primera vista, su cara y todo su cuerpo parecían agitados por tics incesantes, y luego resultaba que no: era la disposición casi disimétrica de sus miembros la que producía aquella impresión, aunque tenía también algunos tics reales, pero no tantos. Llevaba un pantalón blanco y una camisa hawaiana de manga



corta estampada con palmeras y esquiadores acuáticos verde manzana y amarillo limón sobre fondo de topacio. Su sonrisa no era arrogante sino más bien resignada, y descubría un cabalgarse de dientes mal implantados, dominados por piezas rebeldes como su cabellera, inclinados en todas las direcciones como viejas lápidas sepulcrales.

Georges se levantó y avanzó por el pasillo, a mitad del cual estaban dispuestas cuatro butacas frente por frente. Cerró la puerta, con lo que se amortiguó un poco el estrépito. Se sentaron. Barrymore señaló a Georges.

—Georges Chave —anunció.

El desconocido agitó aprobatoriamente la cabeza, precisando su sonrisa con un matiz alentador que multiplicaban sus dioptrías.

—Y este es el señor Gibbs —dijo Barrymore.

—Ferguson Gibbs —precisó el desconocido con voz atragantada.

Dilató su sonrisa, se subió las gafas en la nariz, se miró los pies, tiró de un faldón de su camisa y se sonrojó violentamente. Georges desvió la mirada hacia un ojo de buey, a través del cual se veía la noche negra moteada de estrellas dispersas, con una condensación de otros puntos luminosos más bajos. Volaban sobre una ciudad, por lo visto.

—¿Dónde estamos? —preguntó Georges.

—Estamos dando vueltas —dijo Ferguson Gibbs—. Es París. Damos vueltas sobre París.

—¿Para qué? —inquirió Georges.

—Para nada —reconoció Gibbs—. Además vamos a aterrizar ya.

Casi no tenía acento, pese a su nombre. Aterizaron. Baptiste y Barrymore se levantaron. Su aspecto se había transformado, como soldados o mozos de café, una vez colgado el uniforme. Barrymore había cogido un periódico de una butaca, lo había abierto por la página deportiva y luego por la cartelera de espectáculos; por encima de su hombro, Baptiste buscó nombres de conocidos suyos en la crítica de una reposición de *Castillo de corazones*. Ferguson Gibbs se había incorporado también pero de través, como en varias direcciones a un tiempo, haciendo ondular el follaje de las palmeras y zigzaguear a los esquiadores por su camisa, luego se sacó del bolsillo una cartera deformada, de piel mal curtida, que llevaba grabadas por una cara las palabras *Recuerdo de Boussaada* y por la otra un camello y una palmera más. Repartió un fajo de billetes entre Baptiste y Barrymore, que abrieron la puerta del avión y desaparecieron. Gibbs se volvió hacia Georges.

—Me guardará usted rencor.

—Un poco —dijo Georges—. Yo hubiera prescindido del somnífero. No le veo la utilidad.

—Lo sé, ya lo entiendo —dijo Gibbs abriendo los brazos—. ¿Fue muy desagradable? Una idea de mi hombre de negocios.

—Lo del avión tampoco lo entiendo muy bien. Le habrá salido caro.

—Es distinto —dijo Gibbs—: me gustan mucho los aviones. Y tengo dinero, un poco, le daré si quiere.

—Bueno —dijo Georges—, usted mismo.

—Sí, le daré, le daré —insistió el otro—. Tengo que pedirle un favor.

De una chaqueta de pana color plata puesta en el respaldo de su asiento sacó una botellita plana que contenía ginebra y llenó dos vasitos de plástico blanco; le tendió uno a Georges.

—Salgamos —exclamó, dejando el vasito para ponerse la chaqueta—. Aquí se asfixia uno.

Una escalerilla los devolvió a la tierra oscura y firme, cerca de un foco de voltaje reducido que balizaba el aeroclub. Atravesaron el campo de aterrizaje, cruzaron un largo hangar sembrado de aviones de turismo aparcados en desorden bajo lonas espectrales, cuya puerta se deslizó suavemente a su paso, cerrándose a su espalda con una pesada resonancia de gong. Echaron a andar siguiendo la primera carretera que se presentó, con sus vasitos en la mano. No es fácil beber andando, dijo Gibbs, ¿lo había notado antes?

Los rozaba algún que otro coche, los cegaba de yodo, obligándolos a saltar a la cuneta, y largas edificaciones de pisos baratos se destacaban difuminándose en la noche fría, rasgada de trecho en trecho por los haces anaranjados de las farolas en los que gravitaban colonias brownianas de insectos fotótrofos. Debían de hallarse por La Courneuve o por Bagnolet o por Levallois-Perret. Apareció una placa: estaban por la zona de Les Lilas.

Pasaron junto a almacenes, fábricas cerradas, estaciones de servicio medio abiertas, bloques de edificios negros horadados por ventanas de insomnes, chaletitos con su huertecillo al lado en los que unos perrazos nerviosos vigilaban los macizos de flores, las lechugas, los pozos construidos con neumáticos lisos y los duendes de escayola roja hincados al borde del césped. Pararon un momento y vaciaron los vasitos; Gibbs tiró el suyo detrás de un boj, enfureciendo a un dobermann.

—No queda nada para beber —observó Georges—. ¿Usted no tiene frío?

—Creo recordar un café —dijo Gibbs—. Ahí detrás mismo.

Un café estaba efectivamente allí detrás mismo, lindando con el movimiento perpetuo de una fábrica. Era un largo barracón techado de uralita cuya función tabernaria era insospechable desde el exterior, sobre todo a aquellas horas. Allí estaban dispuestas hileras de mesas, como en un refectorio, cubiertas de hule con rayas llenas de desconchones. En las paredes, ilustradas con esquemas, unos carteles sufragados por la Seguridad Social recomendaban no dejarse cortar los dedos por las máquinas, arrancar los cabellos por las máquinas, enuclear o destripar por las máquinas. Algunos tráfugas del turno de noche dormitaban o conversaban a media voz sentados en sillas dispersas, delante de vasos vacíos, con los codos sobre las migas. Cerca de la entrada, tres portugueses jugaban a las cartas. Gibbs y Chave se sentaron a una mesa aislada al fondo, debajo de un reloj publicitario en forma de taza,

en la que una cuchara y una cucharilla marcaban las cuatro cuarenta. Pidieron ginebra, pero no había; les dieron calvados y café.

—Solo soy inglés por parte de padre —declaró Gibbs—. Con la familia del dentífrico, usted ya me entiende, unos primos, no nos tratamos. Mi padre murió cuando mi nacimiento, apenas le dio tiempo a decir que me pusieran Ferguson, como a él. Ya ve. Me puso el nombre y se murió —repitió con un ademán de evidencia; parecía ver una implacable relación de causa efecto entre aquellos fenómenos—. Y mi madre no murió hasta el año pasado. Era mexicana; no se me nota, ¿eh? No, no tengo tipo mexicano. Es que..., ¿entiende?

—Creo que sí que lo entiendo —dijo Georges—, y perdone que lo interrumpa. Es que era de origen francés. ¿No es así?

—Así es —reconoció el hombre pelirrojo.

—Por eso no tiene tipo mexicano.

—Sí —dijo el otro con expresión de alivio.

—De origen francés —prosiguió Georges—. Por ejemplo de una vieja familia francesa establecida en México desde, pongamos desde hacía ciento cincuenta años. Interrúmpame si me equivoco.

—Por favor —dijo el inglés.

—Y se ha dado cuenta de que podría recoger una fortuna haciéndose pasar por heredero de una familia bastante cercana a la suya. Por lo demás, acaso lo sea realmente, no lo sabe a ciencia cierta, no lo sé a ciencia cierta. En cualquier caso, no tiene modo de probarlo, pero tampoco hay nadie que pueda probar lo contrario. ¿Qué se puede hacer entonces? Quizá se pudiera hacer algo con el archivo: eliminar, retocar, descubrir documentos. Habría que tener acceso a él. ¿Ve lo que quiero decir?

—Muy bien —dijo Gibbs—. Lo sigo perfectamente.

—Se busca un fulano que tenga acceso al archivo. Y ese soy yo.

—Ese es usted —confirmó el otro con una sonrisa de arrobo.

—Estoy inventando, ¿eh? —dijo Georges—. Si me equivoco, me lo dice. Luego se le pide un servicio al fulano; se le ofrece pasta para ello, ¿verdad? ¿Mucha pasta?

—Eso es. La suficiente.

—No puedo aceptar.

—No tenga escrúpulos —exhortó Gibbs con una mueca de dolor—. ¿Qué hay de malo en todo eso? Ni siquiera hemos hablado de dinero.

—No es eso —dijo Georges—, es que no hay archivo. Si lo hubiera, no digo que no.

—Es imposible —afirmó Gibbs.

Miró a Georges con fijeza, más falto de simetría que nunca, y los colores vivos de su indumentaria, con sus atributos mal distribuidos en su persona inestable, lo hicieron parecer por un momento un niño inadaptado, un dibujo de niño inadaptado. Levantó una mano para que les trajeran más calvados y todo su cuerpo voló en una persecución desordenada de aquella mano.

—Reflexionemos —dijo después.

Pronto, por las ventanas, se vio deshacerse la noche, borrarse insensiblemente bajo una luz de pizarra y tiza como para escribir los sucesos del día que alboreaba.

—Vamos a hacer lo siguiente —dijo el inglés.

Érase una mujer de cuarenta y seis años que bajaba por el bulevar Magenta, por la acera de la derecha, con un vestido de lana y un abrigo pardo, hacia las once de la mañana. Pasaba junto a los escaparates, deteniéndose alguna que otra vez, y por el movimiento incesante de sus labios se hubiera podido creer que leía para sí misma los eslóganes y los precios, pero, si alguien se hubiera acercado más a ella, la habría oído repetirse a media voz la receta de los espaguetis carbonara.

Se llamaba Liliane Bock, y su marido la había conocido en el Macizo central. Después se habían mudado de la montaña a la gran ciudad. Graduado en derecho, Bock había realizado algunos períodos de pruebas en el despacho de algún procurador judicial, en agencias inmobiliarias y en asesorías jurídicas antes de encontrar su colocación más estable en la agencia de Benedetti. Durante este tiempo Liliane y él pasaron por diversas viviendas desalentadoras, antes de fijarse en la Cité de Wauxhall, muy cerca de République. Ya casi había llegado, ahora. Había grandes atascos debido a importantes obras en la calzada a la altura del mercado de Saint-Quentin, y la circulación compacta de los vehículos arrojaba una lluvia de gases a las aceras.

En el número 20 de la Cité del Wauxhall, Liliane subió los sesenta peldaños que separaban de la corteza terrestre las tres habitaciones que compartía con Bock. Este estaba inclinado sobre una maleta abierta colocada en el lecho conyugal, llena de ropa interior y exterior arrugada, con un neceser de ángulos completamente agrietados y un libro de bolsillo nuevo dedicado al triángulo de las Bermudas.

—Voy a hacer pasta —anunció Liliane—. ¿Te marchas?

—Me parece que me olvido de algo —dijo Bock—. No sé de qué.

—¿Comerás un poco de pasta? ¿Pasará Christian a recogerte?

—Sí —dijo Bock—. No sé de qué me olvido.

—La camisa gris.

—Sí —dijo él—. No. Está para lavar.

—La otra gris, entonces.

—Eso es, la otra gris.

—Te la traigo —dijo Liliane—. Y los medicamentos.

Salió de la habitación. Bock fue hacia su colección. La colección se apoyaba en una tabla grande sostenida por un caballete. Reconstruía, miniaturizadas, la batalla de Rívoli (1797, a la izquierda) y la del Paso de Susa (1629, a la derecha), o sea dos veces dos ejércitos enfrentados, con la representación de todos los cuerpos en todos sus detalles: no faltaba nada de nada. Sin hablar de los accesorios, había allí al menos cuatrocientos soldados de plomo, dispuestos en tal o cual fase del combate. Bock variaba de vez en cuando las posiciones de los adversarios, siguiendo por regla general el orden histórico preconizado por los estrategas, pero a veces daba también su opinión sobre un detalle de la maniobra, probando jugadas como en el ajedrez.

Levantó los frunces de papel Kraft que representaban los montes Genève y Cenis, entre los que se escurre el Paso de Susa, quitó un estuche pequeño de gamuza que estaba allí y volvió a colocar las montañas en su sitio. El estuche contenía una pistola de repetición automática, calibre 7,65, de nueve disparos, modelo Le Français, fabricada en 1964 por la casa Manufrance. Luego, al otro lado, desplazó el papel de plata retorcido que figuraba el Adigio, en el que se halla la ciudad de Rívoli y debajo del cual descansaban dos cargadores. Metió este material en el fondo de la maleta en el momento en que Liliane volvía a la habitación, alisando entre dos dedos una arruga del cuello de la camisa.

—¿No se te ocurre qué me puedo dejar? —preguntó Bock.

—No pienses más en eso —dijo Liliane—. Siéntate, descansa, estate quieto. He puesto el agua a hervir. Ya no hay más que esperar a Christian; a lo mejor toma algo con nosotros, si le apetece. ¿No iréis a salir tan mal parados como la última vez?

—No —respondió Bock—, no hay peligro, ningún peligro.

Pero Ripert llegaría tarde, demorándose con un tal Roger Briffaut, que lo había citado de improviso en una tienda de discos de los Campos Elíseos. Roger Briffaut había abrazado precozmente la condición de confidente de la policía, concediendo ocasionalmente sus favores a relaciones más o menos vinculadas con aquella profesión, como Christian Ripert. Era un joven de semblante descontento y cuerpo achaparrado, con una reluciente raya al lado y casi sin cuello, el imprescindible para una corbata a cuadros negros y blancos muy apretada.

Al entrar Ripert en la tienda, Roger Briffaut había emitido un largo silbido plácido de una sola nota. Después había formado una pila de quince discos que había tendido a Ripert sin decir palabra. Ripert había llevado la pila a la caja, había pagado los discos y había devuelto la pila a Briffaut, quien declaró en el acto que había oído hablar del llamado Chave, el cual parecía haberse juntado con un tal Gibbs, que tenía la mirada puesta en una historia clásica de herencia de la que el confidente pretendía no saber nada con certeza, salvo que podría tramarse algo por los Alpes del sur. Ah, bien, muy bien, dijo Ripert, gracias, hasta la próxima. Briffaut respondió a esto con un bisbiseo entre dientes, tras lo cual aseguró los discos bajo el brazo.

No quedaban más que dieciséis espaguetis fríos pegados al fondo de un recipiente de pyrex cuando Ripert llegó a casa de los Bock. Venga, dijo, nos vamos, expediente Ferro, te lo explicaré por el camino. A los veinte minutos salieron de París por la Porte d'Orléans, conduciendo a buena marcha un GS amarillo canario hacia los Alpes del sur.

El GS se mantuvo a una velocidad decente hasta el Morvan, donde hay cuestas, subiendo las cuales empezó a aflojar anormalmente; luego ya no corría ni en las bajadas, y finalmente no pasó de sesenta y cinco ni en terreno llano.

—Pero ¿qué le pasa? —exclamó Ripert—. Cualquiera diría que va frenado.

Recorrieron aún unos cincuenta kilómetros así; todo el mundo los adelantaba; Ripert no podía más.

—Nos volvemos —decidió Bock—. Es inútil seguir así. De todas formas, con lo retrasados que vamos...

En el cambio de dirección de Mâcon dieron, pues, media vuelta y volvieron hacia París a su velocidad de rodaje.

—No nos vamos a morir de asco —dijo Ripert—, con lo que va a durar esto. Pararemos en todas partes. Restaurantes. Todo. Visitaremos Vézelay. ¿Has estado en Vézelay? ¿No te dice nada?

—Acuérdate de lo que dijo el otro día.

—¿Qué? ¿Quién?

—Benedetti. Las notas de gastos. Antes vamos a llamarlo. Para en la primera estación de servicio, ahí, en el primer restaurante, restauroute, no sé cómo se dice.

Ripert había refunfuñado, y luego se había callado. Bock también. Y subieron hacia el norte, llevando una velocidad media de Solex engréido, mientras pensaban en el destino, en su destino, en el de Georges Chave, juzgando que este último, a estas horas, habría llegado ya a la casa de Marguerite-Elie.

En lo cual se engañaban, ya que, cinco horas antes, Georges Chave y Ferguson Gibbs se hallaban aún en Ivry-sur-Seine, pero en los límites de Ivry, lejos de la casa de Fernand. Con la esquina de una calle empalmaba un camino en el que se injertaba un callejón sin salida, al fondo del cual un portalón abierto descubría un gran taller oscuro. Los restos de varios coches se amontonaban en un rincón, junto al cual un Panhard y un Saab, en estado ruinoso, parecían en tránsito, en espera, pendientes de decisión. Una luz sintética caía de las hojas onduladas translúcidas amalgamadas en la fibra de vidrio del techo. A la izquierda había un elevador nuevo, de colores todavía alegres, a la derecha, un recinto aislado con placas de plástico grueso manchadas de pintura. Entre ambos se extendía un banco de trabajo lleno de tornos, herramientas, motores enteros o a trozos, cajones grasientos que contenían piezas, bidones taponados con trapos negros, panoplias de llaves fijadas en la pared por orden decreciente como saxofones entre varios calendarios del año en curso, ilustrados con fotografías de mujeres desnudas en coches descapotables. En el centro del banco, unos mechones rebeldes de pelo rojo remataban una ancha espalda enfundada en un mono de trabajo azul, y un brazo corto y rechoncho golpeaba violentamente un objeto a martillazos que resonaban con estridencia en el taller.

Georges tosió entre dos martillazos; Pellegrin se volvió. Aflojó rápidamente el torno que tenía delante, sacó el objeto mártir y se lo metió en la boca empujando con fuerza, consolidando la cimentación de la dentadura que se había fabricado él mismo con un movimiento brusco, una breve sacudida, igual que hubiera comprobado la solidez de un cardán.

Se acercó a ellos, moviendo la cabeza con expresión de desconfianza. Georges no estaba nunca realmente seguro de que Pellegrin lo reconocía en sus sucesivas visitas, espaciadas pero regulares. El hombre se expresaba con una familiaridad hosca que autorizaba todas las hipótesis al respecto.

—¿Se acuerda de mí? —quiso saber una vez más Georges.

El hombre del mono volvió a mover la cabeza —lo cual podía significar sí lo mismo que no, lo mismo que eso no importa, al grano— a la vez que dirigía al pelirrojo Gibbs una mirada ruda, rival y solidaria.

—El Volkswagen —recordó Georges—. El azul.

Con la evocación de aquel vehículo, el mecánico cerró los ojos con una expresión dolorosa y compasiva, medio volviéndose como si se fuera a marchar.

—Bueno, no importa —dijo Georges—. ¿No tendría por casualidad otra cosa, lo que fuera?

Pellegrin movió de nuevo la cabeza —cada vez de modo distinto— y les hizo dar la vuelta al taller, detrás del cual estaban aparcados un Ford Transit azul celeste en estado de uso, un Fiat 600 gris mal pintado y un 204 oxidado con matrícula corsa.

—Este —dijo Georges.

Pellegrin dijo un precio —le oyeron la voz—. Gibbs pagó. A los quince minutos, iban a salir a su vez por la Porte d'Orléans, donde hicieron una parada para llenar el depósito de gasolina. Gibbs salió a vigilar la operación. El empleado de la gasolinera era un hombre jovial. De todo su ser emanaba una animosa jovialidad.

—Córcega —exclamó al ver la matrícula—. Y usted aquí. Con este tiempo de perros. Cuando en Córcega tiene el sol, el buen sol, el sol cálido, el buen calor del sol.

—Sí —dijo Gibbs—, tiene razón.

—Tiene el sol, tiene..., qué sé yo.

—Es verdad, es verdad.

—Allá —supuso el de la gasolinera en voz más baja, en otro tono y sin parecer sensible al débil pero real acento inglés del inglés— lo que falta es trabajo, ¿no es verdad?

—Desde luego —reconoció Gibbs—, existe el problema del trabajo.

—Le advierto —observó el otro— que es el problema de las islas en general. Son ciento sesenta y cinco francos con veinte.

Otros quince minutos más tarde, tras abrirse paso por calles de dirección única congestionadas, seguir un trozo de bulevar periférico donde se podía circular normalmente a esas horas, y recorrer treinta kilómetros de zona suburbana, punto de intercambio nervioso entre la capital y la provincia, la autopista del Sur apareció vacía, casi vacía, y respiraron con más libertad.

—Lástima que no hayamos podido coger el mío —dijo Gibbs—: corre más. Pero esa junta de culata... Y al suyo ¿qué le pasa?

—Un chirrido —dijo Georges.

—Un chirrido no puede ser muy grave —aventuró Gibbs.

—Y esa gente —cambió Georges de tema—, Baptiste y esos, ¿quiénes eran?

No se atrevió a pronunciar el nombre de Jenny Weltman.

—Artistas, creo. Esa gente necesita dinero, ya sabe; yo no los conozco



personalmente. Oiga, a esa casa ¿usted también cree realmente que merece la pena ir?

La autopista se quedó casi vacía. De tarde en tarde, cada cien kilómetros más o menos, habían instalado unas mangas de viento con anchas rayas blancas y rojas que daban la medida del viento flojo balanceándose muellemente a lo largo de su mástil como trompas. Cerca de Tournus, unos pictogramas anunciaron un restaurante de autopista que dominaba el tráfico en forma de arco de triunfo esquemático, anguloso, acristalado, perfilándose al fondo de una perspectiva de carriles separados por barandillas metálicas, semejantes a las cintas paralelas de una cremallera. Georges y Gibbs decidieron parar; el 204 se desvió, fue a aparcar a un parking sembrado de pequeñas inmundicias: contenidos de ceniceros, pieles de naranjas y cáscaras de huevos duros, latas aplastadas, reducidas al estado de *crêpes* deformes en las que se cabalgaban nombres de bebidas competidoras apenas descifrables.

Era el final de la tarde. A su alrededor, más allá de las barreras que delimitaban el no man's land de la autopista, el campo se dejaba aplastar suavemente por un cielo estriado de filamentos de nubes finas, lechosas, lineales, casi traslúcidas, como de saliva o albúmina, que difractaban unos tonos rosa anaranjados en aquella gran claridad serena, azul pálido próximo al oscuro, en la que se borraban las huellas de reactores confundiendo por mimetismo con las nubes. A lo lejos, en el declive plácido de un campo de surcos hechos a pluma, avanzaba un tractor imperceptiblemente.

Quitado el contacto, les quedó en los oídos el zumbido del motor, así como conservaron sus riñones por un momento el ángulo de los asientos. Tres escalones de cemento incrustado de gravilla llevaban a una doble puerta acristalada, pasada la cual una escalera mecánica los subió hacia un largo corredor que daba por un lado al tráfico y estaba decorado por el otro con fotografías de monumentos y paisajes locales, con pequeñas vitrinas tras cuyos cristales se enmohecían algunos productos de la región. A mitad del corredor, que se prolongaba hasta comunicar con la otra orilla de la autopista, se abrió un pasillo que llevaba al restaurante, donde un camarero de fisonomía rural, que flotaba en una chaqueta de nailon de color violáceo, les sirvió unos filetes de carne dura que nadaban en una salsa acuosa con acompañamiento de verduras indiferenciables. Apenas lo probaron; comieron mucho pan untado de mostaza y luego pidieron un café con ginebra, seguido de otro café y de una última ginebra; luego salió Bock de la cabina telefónica y vio que estaban allí.

Ellos no lo habían visto. Al descubrir tazas de café en su mesa, Bock no quiso correr el riesgo de ir a avisar a Ripert, que lo esperaba en el GS aparcado en el parking opuesto, temiendo que Chave y Gibbs desaparecieran entre tanto. Salió discretamente del restaurante y fue a apostarse a la entrada del corredor opuesta a la que había tomado al llegar. Con una mano en el bolsillo cerrada en torno a la culata de su pistola, aguardó cerca de la escalera mecánica, que giraba vacía.

No esperó mucho tiempo; Georges Chave y el pelirrojo salieron casi tras él del restaurante, sacudiéndose las migas de pan pegadas a la ropa. No levantaron la vista

hacia la figura de Bock hasta hallarse a unos diez metros de ella, en el preciso momento en que les gritaba tres breves palabras con voz apagada, oculta la mano derecha en un bolsillo demasiado abultado, con semblante tenso y mirar confuso. Georges agarró a Gibbs de la manga y dio media vuelta, arrastrándolo como un muñeco desarticulado; echaron a correr por el pasillo acristalado por encima de los coches y camiones que se cruzaban y se adelantaban nerviosamente a sus pies. Bock se lanzó tras ellos, dificultado en su carrera por la mano en el bolsillo, sujetando la pistola que no se atrevía a sacar.

En su precipitación, Georges y Ferguson tomaron al revés la escalera mecánica simétrica a la primera y tuvieron que bajar los peldaños cuatro veces más rápido de lo que subían. Bock, absurdamente, quiso seguirlos por la misma vía, resbaló en un peldaño, se agarró del pasamanos, tuvo que dejarse subir hasta el rellano para lanzarse por la escalera fija, perdió tiempo. Cuando apareció en el parking fue para ver, demasiado lejos, a Chave y al pelirrojo que abrían precipitadamente las puertas del GS, donde Ripert fumaba, tranquilamente hasta entonces, consultando un mapa de carreteras extendido sobre sus rodillas. Bock vio cómo Georges sacaba brutalmente a Ripert del coche, cómo Ripert caía con un breve quejido de espanto en el suelo pintado del parking, con el mapa enrollado en el cuerpo y dando con la nuca en un saliente de cemento. Aunque dejó de moverse, Bock vio que el inglés daba la vuelta al coche para ir a propinarle de todas formas dos o tres patadas furtivas, luego el mapa emprendió una especie de vuelo rastrero impulsado por el viento flojo, reptando por el suelo con desdoblamiento espasmódicos como una lombriz gigante criada con maxiton, con el ritmo mecánico, glacial, del sprint póstumo de un pato decapitado. Georges había saltado al volante, seguido del pelirrojo, que se arrojó al asiento trasero del coche amarillo, el cual se precipitaba ahora en dirección a Bock, que se echó torpemente a un lado, tropezó de nuevo y cayó de espaldas en el momento mismo en que el inglés cerraba su puerta; Bock creyó que era un disparo, se vio morir, buscó el dolor por su cuerpo.

Los agentes de lo contencioso parecieron inanimados poco menos de un minuto, a un centenar de metros uno de otro, mientras el ruido de su coche disminuía por el ramal de empalme antes de fundirse en el back-ground homogéneo de la autopista. Bock volvió en sí primero. Se levantó, se acercó a Ripert, completamente tendido en el asfalto rayado de blanco, entre un Range Rover color almendra y un Magirus castaño oscuro. Bock sacudió y luego abofeteó sin método al descalabrado.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —resolló Ripert, incorporándose en el acto como si Bock acabara de sacarlo de una pesadilla.

—Calma —dijo Bock—. Ya te lo explicaré. Habrá que encontrar otro coche ahora. Espérame aquí; voy a llamar otra vez a la oficina.

—¿Por qué hemos hecho eso? ¿Por qué hemos hecho eso? —preguntaba por su parte Gibbs, escalando el respaldo del asiento no sin dificultades motoras para ir a sentarse delante, al lado de Georges Chave.

Georges se protegió lo mejor que pudo de las rodillas y los codos acerados del pelirrojo. La autopista volvía a ser llana; humeaban campos yermos a un lado y otro; encima, un avión trazaba su línea rayando de blanco el cielo exangüe.

—¿Por qué hemos hecho eso? —reiteró Gibbs acomodándose, enrollando varias veces una pierna en la otra.

Georges no respondió.

—Mire, vacas —dijo Gibbs, mostrando algo a su derecha—. ¿Ha visto las vacas?

—¿Qué le pasa a este coche? —dijo Georges—. No tira. Parece que no tire.

—Esto nos puede crear dificultades —observó el inglés—. La policía y todo eso. Recuerdo que había vacas cuando era pequeño —prosiguió en el mismo tono—, cerca de la casa donde iba de vacaciones. Me gustaban mucho aquellas vacas. Hermoso animal la vaca.

Ocho horas más tarde, siendo noche cerrada, abandonaron el GS en la avenida de la Soeur-Rosalie, en el distrito trece. Luego hubo que discutir un rato sobre su próximo encuentro: más valía primero estar a la expectativa, esperar a que las cosas se calmaran un poco. Para volver a verse propuso Georges un viejo sistema, una idea que había encontrado en algunas novelas. A Gibbs le gustó la idea; le dio dinero a Georges. Se separaron en la estación de metro Nationale. De allí fue andando Georges hasta el primer hotel aceptable, en el que se hospedó y durmió de un tirón hasta la mañana siguiente.

Se estaba durmiendo, cuando la válvula de seguridad de una olla a presión se movió ligeramente en la cocina del tercero izquierda en el 118 de la calle Amelot, a seis estaciones de metro de allí, luego la base de la válvula comenzó a babear, escupió, despidió minúsculos chorros de agua hirviente seguidos muy pronto por una feroz exhalación de vapor, y la válvula comenzó a girar sobre sí misma, despacio al principio, furiosamente casi enseguida.

—Cuentas doce minutos y apagas —dijo el hombre—. No, diez, es más sencillo. No importa que quede un poco duro. Cuentas diez minutos, ¿entiendes?, y apagas bien el gas. Cuando la aguja grande esté ahí.

La niña movió la cabeza de arriba abajo. No la asustaba aquel hombre gordo y calvo. Lo veía a menudo delante de la casa, con su amplio traje gris, sus anchos tirantes finos en paréntesis con una corbata verde que llevaba un dragón rojo bordado. Hasta esta noche no lo había visto con ese atuendo de enfermero. Aunque no le sentaba mal, juzgó la niña, en cualquier caso mejor que a los otros de al lado. Eso se debía quizás a que era masajista-kinesiterapeuta de profesión. Un masajista sin clientela, pero cuya mujer había montado en la planta baja de la finca un próspero taller de confección en torno al cual se movían perpetuamente colonias de modistas decididas. Boicoteado por los esguinces y las celulitis del barrio, el masajista estaba siempre delante de su casa, ocupado con las empleadas de su mujer o mirándose en el latón de su placa fijada cerca de la puerta para estrechar o centrar el nudo de la corbata, al acecho de los avatares del vecindario, dispuesto siempre a echar una mano para ordenar el tráfico, pues solía haber atascos en la calle por la mañana. A veces era amable, hablador, espontáneo. A veces cerrado, ausente, como si ya no quisiera ni conociera a nadie. Hoy estaba amable. Sus zapatos negros barrigudos brillaban debajo de la larga bata blanca como alas de Pontiac.

El hombre volvió y fue hacia la puerta. A lo largo de la columna vertebral, una hilera de botones se esforzaba en ceñir su mole, desarrollando una larga guirnalda de nuevos paréntesis, pequeños y plisados. Abrió la puerta, al otro lado de la cual sonaba un rumor acompasado, una especie de queja o de plegaria quejumbrosa de ritmo regular, resollante como un motor de galera. Cambió de idea, cerró la puerta, alzó un dedo volviéndose y repitió: diez. La niña asintió de nuevo con la cabeza y el masajista salió. La niña se llamaba Muriel Posadas y tenía ocho años y medio. Como no habían encontrado ninguna bata blanca de su talla, la que llevaba tenía la espalda llena de pinzas, con un dobladillo mantenido con imperdibles a la altura de los tobillos y una gran mancha en forma de África abajo y a la derecha que no hubo modo de quitar ni con lejía viva. Era tarde para la niña, pero sabía que a la mañana siguiente la dejarían dormir porque no tenía clase.

A los diez minutos Muriel Posadas apagó el gas y dio cuatro golpes a la puerta, dos veces seguidas, tal como se lo había mandado el masajista. Este apareció

enseguida. Estaba sudoroso, tenía la cara roja, su respiración era entrecortada y sonora, su bata arrugada se aureolaba. Parecía menos amable. Muriel Posadas se asustó un poco. El hombre gordo corrió hacia la olla a presión, desatornilló rápidamente la rosca de la tapadera y se quemó al levantar esta, mientras se escapaba del recipiente un vapor espeso empañando la ventana con un vaho de un olor soso, neutro. Sacó de la olla un montón de verduras blancas que vació en un paño, al fondo de una fuente orejada de acero inoxidable.

—Siéntate —ordenó.

El masajista dispuso las verduras en forma de pirámide. Parecían trozos de espárragos, pedazos de cuatro centímetros cortados por el lado malo de los espárragos. Los cubrió con otro paño.

—Quédate aquí —dijo—. No, ven. No, quédate, quédate; espérame aquí.

Muriel Posadas se volvió a sentar. El hombre salió llevando la fuente con las dos manos. Con el pie derecho, empujó suavemente la puerta, que, al cerrarse, sonó en la gran sala, silenciosa ahora, como una piedrecita en el fondo de un pozo.

Los fieles estaban de pie, formando un cuadrado en cuyos ángulos había cuatro hombres de cabeza rapada y mejillas lampiñas que levantaban en su mano una esfera metálica cobriza, como una bola de petanca o de escalera, en una posición parecida a la de un lanzador de peso. Todos los asistentes vestían la misma bata blanca abrochada en el cuello y en los puños, adornada a veces con un galón o un cordón. Tenían los ojos muy abiertos aunque no desorbitados. A no ser por su rigidez, se hubiera podido creer en un verdadero congreso de kinesiterapeutas. Las paredes de la sala estaban tapizadas con una tela verdosa algo brillante que evocaba una atmósfera de piscina vacía y sucia, en el sótano de un gran hotel tropical arruinado. En lugar de la lámpara colgaba del techo una bola gruesa, como en los bailes, constelada de espejitos dorados en los que se reflejaban, entre otros, los cráneos de los cuatro hombres de los ángulos. En el fondo de la sala había un armonio.

Había casi tantos hombres como mujeres; estaban representados diferentes grupos de edad, diversas categorías socioprofesionales que se adivinaban bajo el uniforme por detalles de figura o de rostro, por la expresión de estos, por los cuidados que se les prodigaban. Un sondeador de opinión habría encontrado allí un filón. Todos parecían un poco blancos de tez, las mujeres en particular. Estaban de pie frente a una cortina blanca, sin duda en espera de algo. El masajista, llevando su fuente a pulso, pasó junto a una pared hasta colarse detrás de la cortina.

Allí permanecía, sentado en una silla, a la cabecera de una cama que ocupaba un cuerpo inmóvil cubierto con una sábana, un hombre vestido con una chaqueta blanca de alamares dorados y un pantalón de montar immaculado con botas de ante blanquecino, como una especie de domador austrohúngaro. Tenía la cara cubierta con una máscara de cartón blanco impersonal. Llevaba en la cabeza un fez de color cremoso en el que iba prendida una escarapela multicolor que representaba una rueda de seis rayos, y de una cadena que llevaba al cuello colgaba una bolita amarilla.

—Venga. Vamos retrasados —dijo una voz detrás de la máscara—. Deje eso ahí y póngase allí.

El masajista se quedó rígido al otro lado de la cama, con la nuca agachada y los dedos enlazados en el bajo vientre.

—Venga —repitió la voz.

Arreglándose el fez, el hombre tiró del cordón de la cortina que lo separaba de los asistentes y cuyas anillas chirriaron en la barra de metal manchada de orín. Ante la presencia del enmascarado, un movimiento de agua a punto de hervir corrió entre los fieles, como si quisieran levantarse impulsivamente antes de darse cuenta de que ya estaban de pie.

—Rayo mayor —invocó con seriedad la máscara—. Rayo central, rayo axial, séptimo rayo. Manda el sol hacia nosotros.

—Manda el sol hacia nosotros —repitieron furiosamente los devotos.

—Hermanos y hermanas —gritó la máscara en medio de la algarabía que siguió.

—Alabados sean los siete nombres —exclamó una vocecilla chillona y agria desde el fondo de la sala.

—Alabados sean —concedió la máscara—. Aspiran como siete corazones el arroyo de armonía. Hermanos y hermanas, por favor.

Se disolvió el rumor. La máscara cruzó los brazos en el pecho.

—Conocéis mi nombre —afirmó—: soy Dascalopoulos. Pero ya no veréis más mi cara. He hecho voto de ocultar mi apariencia al mundo para dedicar con más ahínco mi corazón al rayo. Por penitencia me sustraigo a su luz. Busquemos cada uno de nosotros la vía de una penitencia.

Un silencio de acero reinaba ahora en la sala.

—Que todo esté claro —prosiguió la máscara—. Así como las direcciones del espacio no hacen sino desarrollar las posibilidades contenidas en el punto primordial, así toda forma, toda apariencia no es sino producto de una diferenciación del rayo mayor. Os lo recuerdo. Pensad más a menudo en ello. Hagamos la colecta.

Dichas estas palabras, el masajista cogió de detrás de la cama un cubo de plástico blanco y empezó a circular por entre los asistentes, en medio del susurro de alas de los billetes de banco y el sonar de cencerros de la calderilla. Una mujer puso tres alianzas en el cubo, otra una gruesa piedra de la luna tallada, un hombre quiso echar una lata de cangrejo en conserva pero el masajista le apartó delicadamente el brazo.

—Oh, rayo séptimo, oh, rayo del descanso —salmodiaba entre tanto la máscara.

—Oh, rayo, oh, rayo —farfullaban los adeptos.

—Descansemos —propuso la máscara una vez juntado el botín—, relajémonos. Pensemos en el rayo... Gloria a ti, rayo axial —masculló rápidamente—, mándame el sol a mí. Pensemos solo en él, no expresemos nada, callemos. —El hombre de la lata de cangrejo gimió en el fondo—. Callemos —repitió la máscara.

El masajista había vuelto a su sitio; sus ojos giraban convulsivamente bajo sus párpados cerrados, su cabeza se había doblado hacia atrás, el vértice de su barbilla

apuntaba al cielo. El éxtasis seguramente.

—Gloria a ti, gloria a ti —mascullaba de nuevo la máscara.

Se quitó el fez y presentó al público la escarapela en él prendida. Era una coronita metálica en cuya circunferencia estaban incrustadas a intervalos regulares seis piedras preciosas o semipreciosas correspondiendo a los seis colores: ámbar, rubí y zafiro para los fundamentales, esmeralda, amatista y topacio para los complementarios. Unos hilos de acero unían las piedras con el centro de la rueda, donde estaba fijada una bombillita, invisiblemente conectada con una batería minúscula pegada al interior del fez.

—Hermanos y hermanas —dijo la máscara—, recibid el rayo.

Dirigió la escarapela hacia la gran bola reflectante que colgaba del techo, apretó un muelle, y un haz muy fino surgió de la bombilla dirigiéndose a la esfera para refractarse sucesivamente en cada uno de los devotos, que manifestaban entonces los síntomas de un recogimiento extremo, mímicas de obstinados durmientes.

—Infrarrojo —balbucían—, ultravioleta lejano.

—Que aparezca —mugió de pronto la máscara—. Que salga por el zenit y se ponga por el nadir.

—Que aparezca, que aparezca —desearon los devotos unánimes.

La máscara se abrió camino entre ellos hacia el armonio. A su paso algunas manos tocaron sus ropas. Se sentó ante el teclado.

—Que nazca nuestra Hermana —exclamó—. Repitamos los siete nombres: Baxter, Deshnoke, Abercrombie, Severinsen.

—Baxter, Deshnoke, Abercrombie, Severinsen —repitió el coro.

El celebrante se afanaba en el armonio. En la cama, a cuya cabecera seguía extasiándose el masajista, se movió la forma tendida bajo la sábana. Dos brazos desnudos apartaron esta, apareciendo una joven ceñida solo con un velo blanco. Se levantó, tendió los brazos hacia adelante y dejó resbalar aquella prenda hasta el suelo, entonando un largo ululato a cuyo son se prosternaron los fieles.

—Crabol, Martini, Dascalopoulos —completó la máscara, aplastando con el codo algunas teclas en el registro del instrumento.

Los fieles reprodujeron en su orden los nombres consagrados, mientras la joven gritaba y el armonio gemía. La voz de la máscara subió un tono en medio del tumulto:

—Hermana, Hermana en el rayo. Apórtanos una palabra, ábrenos los ojos, habla. Muéstranos las cosas.

—Muéstranos las cosas —vociferó la asistencia, encantada con aquella idea.

La joven desnuda dirigió una mirada intranquila a la máscara; después abrió la boca sin que se oyera ningún sonido. Observó a los devotos. Les brillaban los ojos clavados en ella.

—Gran rayo —farfulló—, mándalo. Mándala. Manda.

—Manda el sol hacia nosotros —gritó furiosamente la máscara, asestándole al

teclado un violento acorde perfecto mayor.

—Manda el sol hacia nosotros —repitió la Hermana.

—Eje del mundo —aulló él.

—Eje del mundo —repitió ella como un eco.

—Alabada seas, Hermana —pataleó la máscara, agitando hacia ella una mano izquierda imperiosa, mientras la derecha producía ahora una breve melodía ácida y viva—. Alabada seas, Hermana solar, baña tu cuerpo en el arroyo de armonía.

—Báñalo, báñalo —aconsejaron quejumbrosos los adeptos.

La joven recogió el velo del suelo, se envolvió en él, se tendió de nuevo en la cama y se echó la sábana encima. El masajista se asfixiaba. La máscara tocó todavía unos acordes, volvió a su sitio de celebrante, cogió la fuente de verduras para depositarla en mitad de la asistencia tras haberlas gustado. Los fieles se repartieron la comida con satisfacción y la consumieron con apetito. Después el enmascarado hizo un breve discurso final.

—Yo no hago más que pasar —les dijo—: no soy más que el antepenúltimo. Después será otro y luego otro los que verán el rayo jubiloso. Ese tiempo está próximo, os lo digo. El octavo nombre viene hacia nosotros. Muy pronto nos uniremos a él en las cimas, más cerca de las nieves eternas, más en el corazón del rayo axial. Podéis salir ahora. Haced que florezca este instante.

Los asistentes se dispersaron, se marcharon en orden. El masajista salió de su crepúsculo para ir a despedir a la niña dormida y después se marchó a su vez. La joven se desprendió de la sábana con un gruñido y se levantó desperezándose. La máscara se quitó la máscara. Era Fred.

—¡Vaya atajo de imbéciles! —manifestó la Hermana, mientras empezaba a vestirse.

—Oye, Jacqueline —dijo Fred—. ¿No crees que podrías esforzarte un poco más?

—¿Cómo? —dijo la joven—. ¿En qué tengo que esforzarme?

—En las fórmulas. Aprende al menos algunas, coño. Que te oigan decir algo. Apréndete esas jodidas fórmulas.

La joven se echó a reír. Fred protestó. Ella se rio más. Fred agitó el dedo. El tono fue subiendo entre ellos. Bueno, dijo Fred, ¿conque no quieres probar? Jacqueline se burló de él.

—Basta —dijo Fred—. Estás despedida, Jacqueline.

Llamaron a la puerta de la gran sala, situada al fondo. Fred gritó que pasaran. El confidente Briffaut apareció a lo lejos. Déjanos ahora, Jacqueline, dijo Fred. La ex Hermana le dirigió una mirada ofendida y salió dignamente, sin decir palabra. Sus tacones altos resonaron a través de la sala. El confidente se echó a un lado para que pasara. Dejó la puerta abierta al salir. El confidente cerró la puerta y se acercó a Fred. Este se había desprendido de los alamares, se había quitado las botas y el pantalón de montar y se estaba poniendo un traje normal.

—Sí que está mal la cosa —dijo Roger Briffaut.



—Nada —dijo Fred—. Chorradas. La sustituyo cuando quiera. Cuando quiera. ¿Has visto a tus amigos policías?

—Los he llamado; parecen de acuerdo. Creen que el expediente se lo ha llevado Chave. Además están buscando a un conocido suyo. No lo detendrán enseguida, pero está al caer.

—Siempre está al caer —dijo Fred—. Todo.

A la mañana siguiente, Georges Chave cogió un taxi cuya suerte estaba entre las manos de un indochino taciturno y tenso, que lo estuvo observando por el retrovisor hasta el final de la avenida Secrétan. De allí Georges se puso en marcha, queriendo reconstruir el trayecto que había seguido en el Ford Capri de Baptiste, lo que lo llevó a calles que no conocía. Miraba, disfrutaba mirando los edificios, los herrajes y las baldosas de los portales, los balcones, los entresuelos y los últimos pisos, las molduras y las esculturas y las placas en las fachadas, los miradores, los jardines colgantes.

La fachada de una casa estaba decorada con una especie de entramados irregulares de ladrillo rojo sobre ladrillo blanco que evocaban las últimas letras del alfabeto puntuadas con coliflores de cerámica verde y amarilla; reconoció el edificio con un instante de retraso.

En el quinto piso, Georges tocó el timbre y llamó varias veces en vano a la puerta de la derecha; la de la izquierda sonaba igualmente a vacío. Desde el fondo del patio interior invadido por los mismos residuos, fijándose en una maceta vacía cuyo engrama se había conservado en su recuerdo esponjoso de aquel momento, localizó la ventana en la que se le había aparecido Jenny Weltman. Una escalera simétrica a la primera llevaba al piso correspondiente, cuya puerta y su vecina, golpeadas, manifestaron la misma flema de las de enfrente. Al marcharse, se encontró con una mujer que vestía una bata de tela plastificada con dibujos de molinos provenzales sobre fondo de espliego u holandeses sobre fondo de polders. Detrás de ella se arremolinaban olores enlazados a cera y estofado de cordero con habichuelas. Le dijo a Georges que toda la quinta planta estaba por alquilar y le aconsejó que hablara con el portero. Georges habló con el portero, que le enseñó el piso.

Estaba vacío. Había en las paredes tres o cuatro grabados abarquillados, descoloridos, absurdos. Había una mesilla de noche despojada de su cajón, pequeñas vasijas rajadas y llenas de sarro debajo de los radiadores, así como un voluminoso sillón de piel por cuyas grietas asomaban el miraguano y la crin, descansando sobre sus muelles y con un ladrillo en una pata. La gruesa poltrona se hallaba justo enfrente de la ventana por donde había pasado Jenny Weltman. Georges se quedó un momento detrás del sillón, puestas las manos sobre su respaldo como si estuviera sentada allí la joven, como si mirara sus hombros, su nuca y el nacimiento rubio de sus cabellos. El portero le propuso ver a continuación el piso de enfrente, ahí mismo, está también por alquilar, si le apetece. Pero a Georges no le apetecía. Poco después, en una cabina telefónica del mercado Secrétan, el doctor Spielvogel respondía a Georges que le era imposible recibirlo enseguida, estaba demasiado ocupado con los servicios de desinfección. Quedaron para la noche. Entre tanto, Georges podía darse una vuelta por su piso.

Desde bastante lejos, tras los cristales de un pequeño Renault aparcado delante de

la casa, distinguió un nuevo vendaje en la cabeza de Ripert. Volvió atrás, dio la vuelta a la manzana por la calle de Malte y la de Croussol, donde unos carteles avisaban al público de un posible transporte de fieras. Se encontró cerca de la entrada del circo, frente al jardincito desde el que la vista abarca una parte de las calles Oberkampf y Amelot, de los bulevares Beaumarchais, Temple y Filles-du-Calvaire, en el ángulo obtuso de una doble perspectiva hacia République y Bastille, y en un banco en el cual estaban sentados Guilvinec y Crémieux. Georges cruzó el bulevar y se alejó sin poder identificar a los policías. Aunque poseían su filiación, tampoco ellos lo reconocieron.

—Había un tobogán ahí en otros tiempos —decía Guilvinec, señalando un rectángulo de arena—. Lo han quitado; estaría demasiado viejo; no han puesto otro. No siempre cambian los toboganes. ¿A qué crees que se debe?

—No sé —dijo Crémieux—. Los accidentes.

—A mí me gustaban los toboganes.

—Yo —recordó Crémieux—, en los toboganes, subía al revés. Resbalaba mucho.

—Sí —dijo Guilvinec—. Es la vida, jefe.

Algo después de las ocho, el doctor Spielvogel se disculpó por no poder recibir a Georges en la pajarera, patas arriba tras la visita de los encargados de la desinfección.

—Me tienen manía —afirmó el doctor—; lo limpian todo a la más mínima. He tenido que poner las aves en el salón; tienen menos sitio, naturalmente. Si quiere seguirme.

El salón, en efecto, estaba atestado con decenas de jaulas pequeñas en forma de obuses, apretujadas unas con y sobre otras, cubiertas con tela oscura para la noche.

—Están dormidos —dijo el doctor—. Quería verlos, supongo. Lástima.

—No —dijo Georges—. En fin, sí, hay uno que me gustaría ver.

—¿Morgan?

—Sí.

—Estaba seguro —se ufanó el doctor—. Es el no va más de mi colección. Un ave rarísima. Como decía Herodoto hablando del ave fénix, no es fácil verla. —Rio. Georges sonrió—. Me lo han robado ya dos veces, ¿sabe?

—Lo sé —dijo Georges—. Lo encontré yo.

—¿Cómo no me lo ha dicho enseguida? —exclamó Spielvogel—. Se lo voy a enseñar, naturalmente. Por usted bien puede despertarse.

Quitó la capucha de una jaula colocada encima de un mueble aparte; los párpados de Morgan se movían altaneros sobre su mirada cristalina, que fijó en Georges Chave sin ninguna señal de reconocimiento o gratitud.

—¿Cómo podría explicárselo? —dijo Georges—. Necesito un suplemento de información, si me lo permite. A propósito de algo que me dijo el loro. Un nombre. Desearía saber algo más.

—Será difícil —objetó el doctor—. No hacen sino repetir sonidos, ¿comprende? No se puede discutir con ellos. Si lo interroga, no le dirá nada.

—Ya sé —dijo Georges—, pero ese nombre ha tenido que oírlo en alguna parte.

Si no es en su casa, en la de sus antiguos propietarios. ¿Los conoce?

—Más o menos —dijo el doctor—. Le voy a contar su vida.

El loro Morgan tenía unos sesenta años de edad, lo cual, en la escala humana, viene a corresponder a unos sesenta años, la generación del padre de Georges. Su huevo se había abierto al este del Camerún, en un modesto nido situado entre DengDeng y Meiganga. Por su pertenencia a una variedad tan minoritaria, hubo de sufrir sin duda cierto ostracismo junto con sus congéneres salidos de los principales clanes de psitácidos, que constituían poderosos grupos de influencia en toda el África tropical. Gozó, con todo, de una infancia feliz, mimado por una familia muy empeñada en perpetuar la subespecie, evitando escrupulosamente cualquier unión desigual. El animal aprendió rápidamente a imitar un centenar largo de ruidos de la selva: rugidos de fieras, cantos de colegas, lluvia y viento, echando mano sin reparo del repertorio de sus mayores. En cambio no tenía ninguna noción de bantú antes de su encuentro, a la edad de veinticinco años, con una horda de cazadores procedentes de levante que penetraron una mañana en su rincón residencial de selva en persecución de catorce ñúes, a los que dieron muerte bajo la mirada despierta del ave gris, encaramada no lejos en una raíz aérea de higuera. Morgan aprovechó la ocasión para asimilar algunas interjecciones cafres, un poco de montería bantú, el grito del ñu herido de muerte.

No volvió a encontrar a ningún sapiens durante los veinte años siguientes, en el transcurso de los cuales llevó una existencia clásica de loro, miembro estimado de su comunidad y pronto padre feliz de tres pequeños Morgan, solo tres, pues la lógica genética de una subespecie rarísima imponía un numerus clausus en su función reproductora. A sus cuarenta y cuatro años, durante una reunión de familia celebrada en las ramas bajas de un platanero, divisó un grupo de seres humanos blancos vestidos de blanco, escoltados por seres humanos negros vestidos con taparrabos. Todos parecían cansados por haber andado mucho. Uno de los blancos llevaba una barba puntiaguda; cuando hablaba, los otros obedecían. Señaló el refugio del platanero para que descansaran todos en él entre los welwitschies. Naturalmente, toda la familia Morgan había callado con la llegada de los desconocidos, pero al cabo de un rato, pareciendo dormidos estos, reanudaron la conversación interrumpida, primero en voz baja, pero luego degeneró en griterío desenfrenado que despertó de su sueño al hombre de la barba puntiaguda. Abrió los ojos, los fijó en el grupo de aves que peroraban sobre su cabeza, se puso en pie y empezó a gritar dos o tres frases, las mismas siempre, que la familia Morgan repitió enseguida a coro. Al oírlas se levantaron todos los indígenas como un solo indígena, desplegaron una red y cinco minutos después, concluida la redada, las dos terceras partes de los Morgan estaban presos. Barba afilada escogió entre los cautivos, quedándose al final con solo dos individuos, Morgan y un primo suyo; tardaron varios días en transportarlos hasta el mar en una jaula colgada de unas pértigas como el arca de la alianza. Luego los repartieron en cajas distintas, cargadas en un vapor que navegaba rumbo al oeste por

Costa de Oro, Costa de Marfil, Costa de los Granos, antes de remontar hacia el norte con una escala en Cabo Verde y otra en Las Palmas. En Tángen trasladaron a Morgan y a su primo a otras jaulas con aire acondicionado y el buque no volvió a tocar tierra hasta El Havre.

El primo salió enseguida para París, donde, cerca de la verja del Jardin des Plantes, lo esperaba un cuchitril que daba al Sena, lo cual le supuso un cambio muy grande en comparación con el único río que había conocido en toda su vida, que era el cuarto afluente por la orilla izquierda según se remonta el río Sanaga. Más tarde sería cedido al zoo de Viena, a cambio de un alce. Por lo que respecta a Morgan, pasó varios días en la oscuridad al fondo de un dock en el puerto de El Havre, antes de ser adoptado por un ornitólogo de Brujas, en cuya casa vivió siete años, correctamente alimentado, entre hembras de una rama lo bastante próxima a la suya como para que pudiera sacar algún provecho a la vez que se iniciaba en la lengua flamenca. Un día fueron unos ujieres vestidos de negro y azul oscuro a embargar los muebles del sabio, confirmando una ruina sensible ya de unos meses a aquella parte en el frescor irregular de granos y frutas. Morgan fue vendido en subasta a la madre superiora de un colegio religioso situado a diez kilómetros de Brujas, cerca de Blankenberge. Desde las ventanas del despacho de la superiora, junto a las cuales habían colocado al animal en una percha con una cadena y un pequeño recipiente de metal, podía contemplar el mar del Norte. Si se volvía hacia su dueña, a quien gustaba su plumaje, que hacía juego con el hábito de la orden, era para ver a menudo por encima de su hombro la cara compungida de alguna niña castigada, vestida de uniforme.

Durante su permanencia entre las monjas, Morgan aprendió todo un formulario místico y disciplinario, con un buen número de palabras en latín. A las seis semanas, el loro era capaz de pasar lista en vez de la superiora cada mañana en la sala de estudio antes de los rezos. La madre solo se decidió a desprenderse del ave cuando empezó a intervenir en las sesiones de reprimendas que inflingía a las pensionistas, austeras operaciones cuya gravedad reducían a cero los comentarios de Morgan.

Lo dio a un circo que estaba de paso, a cuya función había llevado una tarde a las alumnas de los cursos superiores y cuyo ilusionista la había impresionado lo bastante como para que le mandara anónimamente a Morgan, confundiendo a conejos, palomas, loros y sumiendo en la perplejidad al ilusionista, que confió el animal al payaso blanco, cuya hermanastra era amaestradora de pájaros. Esta comprendió enseguida que Morgan sabía demasiado para ella, lo que acabó de convencerla para abandonar el show-business y casarse con un vendedor de miel, después de poner un anuncio referente al volátil en la *Gazet van Antwerpen*. El primero en responder al anuncio fue el doctor Spielvogel, que compró el loro sin discutir y ya solo se separó de él las dos veces que se lo robaron; la primera se lo trajo a los seis días un taxidermista anegado en lágrimas y la segunda quien ya sabemos.

—Esta es su historia —dijo el doctor—. Ha podido oír ese nombre en cualquier sitio. Hay la gente que yo le he dicho, pero quizás hay más. No resultará fácil. A mí

no creo que me suene en absoluto. ¿Cómo ha dicho que era?

La adolescente permanecía sentada al borde de la silla que le había señalado la religiosa. Llevaba uniforme azul: capita, falda plisada, boina ladeada, blusa blanca abrochada hasta la barbilla, medias de algodón blanco, zapatos negros de charol. Su mirada terca iba alternativamente del parquet dorado al hombro de la monja, donde se aplastaba una mancha de sol, traducida en rosa por uno de los pequeños cristales romboidales de la ventana a los demás tonos almendra, cadmio, cerúleo, de vidrio rústico lleno de burbujas de aire a través del cual se divisaban a lo lejos, fundidos, el mar y la costa, llanos, apenas distintos uno de otra, con cuatro o cinco siluetas deformadas de pescadores, buscadores de conchas, hombres solos acompañados de perros que llevaban palos en la boca.

—Conozco su situación —dijo la monja—. Su padre que... su madre, por desgracia... Seguirá en el colegio hasta las vacaciones, naturalmente. Pero yo he de aplicar sanciones y no creo que pueda volver con sus compañeras el curso próximo.

La adolescente no manifestó ninguna reacción.

—Procure responderme, Evelyne. ¿Por qué esta broma, esta tontería en casa del jardinero? Vamos a tener que prescindir de él ahora. Se quedará sin trabajo por una falta que tal vez no ha cometido. Su sinceridad resolvería muchos problemas.

Evelyne se irguió. El sol había avanzado en su carrera y, filtrado por el rombo siguiente, sellaba de azul su cara decolorida salpicada de acné.

—No fui yo —exhaló sordamente—. No es verdad que fuera yo.

La religiosa alzó suavemente la vista al cielo; juntó las manos con gesto cansado. Despedida la adolescente, fue una hermana musculosa de bigote recio a anunciar con nerviosismo la presencia de un hombre en la zona, al que habían neutralizado en la biblioteca. La religiosa hizo una señal de asentimiento, se pasó un largo dedo distraído por la frente lisa y se arregló suavemente la toca. Se fue la hermana, para volver al poco, siguiendo los pasos de Georges Chave, que saludó.

Todo fue más rápido de lo que Georges había creído; la madre superiora del colegio Sainte-Etoile se acordaba perfectamente del loro Morgan. Le parecía que fue ayer: ocho años ya. Ayudada por Francisco de Asís, hizo algunas frases sobre el amor, las aves, el amor a las aves, señalando dos periquitos ondulados que chirriaban junto a la ventana en un pequeño trapecio dentro de una jaula esférica.

Al cruzar la puerta del pensionado que, tras largas negociaciones, había acabado entreabriendo una arisca hermana tornera, cuyo manajo de largas llaves determinaba un ángulo muy agudo en su cinturón, Georges se había preparado para el ataque de una anciana cáustica, arrugada, hermética, española; nada de eso: la superiora se parecía a Edwige Feuillère, llevaba el hábito monástico con elegancia, como provisionalmente, como una religiosa de novela libertina.

—Weltman —repitió—. Quizá.

Hizo tintinear una campanilla. Espiando sin duda detrás de la puerta con un arma

ligera a su alcance, la hermana velluda entró en el acto, salió, volvió a entrar con un grueso registro bajo su potente brazo.

—Eso es —dijo la madre—: Jenny Weltman. Pasó tres años en la casa. ¿Qué quería saber?

—No sé —dijo simplemente Georges—. La busco.

La religiosa dirigió a Georges una mirada dulce. Tal vez no debiera hacerlo, dijo apuntando algo en un trocito de papel diminuto. Tenga, las señas de sus padres en Ostende. Pero son antiguas; puede que se hayan mudado.

Después de confundirse, Georges bajó la escalera monumental de la institución, azotada por corrientes de aire y oliendo con todo a estearina y a ropa limpia, con un punto de olor a cerrado; luego cruzó un espacio híbrido, entre patio y jardín, en cuyos confines, desde horrendas galerías cubiertas, grupos azules de chicas inmóviles miraron cómo se alejaba.

En Ostende las señas no le sirvieron para nada. Ningún Weltman vivía en la casa y ninguno de los vecinos, suspicaces flamencos nada propicios al bilingüismo, quiso confiarle el menor recuerdo. Georges recorrió la ciudad o más bien toda una parte de la ciudad que bordea el mar, desde el puerto comercial hasta el casino cerrado. Por entre los guijarros empapados de las mareas bajas evolucionaban los mismos paseantes que en Blankenberge, los mismos coleccionistas de conchas, el mismo perro corriendo tras el tronco que le tiraba y le volvía a tirar el mismo hombre solo. Georges se sintió como aquel perro, pero sin tronco; como aquel hombre solo, pero sin perro. Recordó al mísero ornitólogo de Brujas visitado aquella misma mañana, solo y sucio en su gabinete manchado con excrementos de aves ausentes, tapizado con láminas amarillentas arrancadas de revistas y gruesas cortinas de terciopelo color de bronce corridas en pleno mediodía ante una hilera de cactus muertos y botellas vacías, con un mainato tartamudo que revoloteaba temerosamente por entre los restos de muebles que ningún ujier hubiera querido embargar. El sabio arruinado no tenía nada que decir sobre una mujer rubia de vestido negro con motivos azul grises, de la que Georges solo guardaba un recuerdo envuelto en cinta rosa, con otro más lejano, entre dos ventanas, a la distancia precisa para que resulte eficaz un trompe-l'oeil. Aunque al cabo de un rato la mirada del ornitólogo se iluminó un poco, y el hombre se había puesto a hojear un viejo anuario americano farfullando que después de todo, aquel nombre..., pero Georges se había ido bastante aprisa.

Por la avenida que recorre la playa pasaban coches de caballos vacíos, conducidos por cocheros con botas, sombrero y amplio gabán negro sobre sus cuerpos rojos y blancos, que arreaban a sus caballos macizos como animales de tiro que arasen la orilla del mar. Georges regresó al interior de Ostende. La gente hablaba su idioma desconocido. En un café, tres hombres sentados no se volvieron al entrar él, y el camarero tardó en entender lo que pedía; el apellido Weltman ni siquiera estaba en la guía telefónica. A Georges le costó luego encontrar el camino de la estación, donde le dijeron que saldría un tren algo antes de medianoche. Reservó una litera y mató el



tiempo que faltaba para la salida en un cine donde proyectaban una película en flamenco cuyo título no entendió; parecía narrar lentamente la historia de un gángster maniaco-depresivo que regresaba a su pueblo natal para lavar una vieja afrenta.

Mucho antes de medianoche buscó su vagón, en el que ya había un joven soldado francófono y tambaleante, con una cerveza en la mano, leyendo con gran aplicación en voz alta los números de los asientos. Terminada enteramente la operación, volviendo hacia Georges una mirada húmeda y bizca, señaló su uniforme con la punta de los dedos:

—El ejército —se presentó.

Dando pesadamente con el hombro en la armazón de una litera superior, empezó a manipular el interruptor de la luz nocturna.

—La vida en el ejército está bien —improvisó—, es fácil. Como esta lámpara: enciendes, apagas, enciendes, apagas. Es fácil, es muy fácil. Está muy bien.

—Por supuesto —dijo Georges.

—Y luego ves tías —prosiguió el guerrero, apuntando a Georges con su estrabismo—. Ves tías, ves cosas: también está muy bien.

Más tarde, cuando tras visitar detalladamente la estación, Georges volvió al compartimento, ya no estaba el soldado. En su lugar se hallaba una pareja joven, barba de collar y collar de perlas, con dos mujeres de mediana edad, entre congreso y congreso. En la litera superior simétrica a la de Georges estaba instalada ya una joven bastante guapa, un poco rubia, que no se parecía en nada a Jenny Weltman pero con la que Georges cruzó tres miradas. Cada cual se tapó con su manta. Después de arrancar el tren, alguien apagó la luz, dejando encendida, sobre la puerta, la lucecita del soldado, que más allá de un metro solo iluminaba los contornos, haciendo apenas visible a la joven para Georges y sin duda viceversa.

Se miraron varias veces durante la noche, muy discretamente, cerrando uno los ojos cuando los abría el otro, hasta París, donde ella se alejó rápidamente por el andén negro y frío. Cruzó el vestíbulo hacia una escalera mecánica que daba a una parada de taxis. En el mismo momento, en dirección contraria, la escalera paralela subía hacia los andenes al confidente Briffaut. Iban a cruzarse cuando el confidente Briffaut se sacó del bolsillo un sobre arrugado con fotos que repasó maquinalmente y entre las que figuraba Georges Chave en primer plano. La joven reconoció al pasar al hombre de la litera de enfrente, se volvió hacia Briffaut con expresión inquieta y desapareció para siempre.

Roger Briffaut no tuvo, pues, ninguna dificultad en identificar a Georges cuando este pasaba por la hilera de canceladoras automáticas en dirección al bar. La cara del confidente no reflejó ninguna sorpresa particular. No había dormido. Había pasado la noche en diferentes bares, en uno de los cuales lo había reconocido un hombre recién salido de la cárcel, al que había denunciado dos años atrás. A Briffaut le tocó correr. Estaba cansado. Sabores acres de cerveza tibia y café cargado le amargaban la boca agria ya por la falta de sueño. Tenía húmedas la frente y las manos, y negros los

puños y el cuello de la camisa. Fue hacia una cabina telefónica que tenía ocupada un personaje alto de unos treinta años, vestido con traje tirolés, cuya cabeza afeitada se adornaba con un largo mechón de un rubio de estopa que se balanceaba solitario sobre su oreja. El personaje expedía frases breves por el aparato, luego colgó en seco y se desprendió de la cabina atropellando a Roger Briffaut, quien esperó largo rato después de marcar un número en el disco del teléfono. Por fin, una voz estropajosa se presentó al otro lado del hilo.

—Oiga —dijo el confidente—. Hola. Soy Briffaut.

—Rhonf —emitió la voz.

—Roger Briffaut. Roger, de Chalons.

—Ah —exclamó la voz—. Oiga, Briffaut, ¿sabe qué hora es?

—Las seis menos diez. Está ahí el fulano; lo he encontrado. En la estación del Norte. No se mueva de donde está: volveré a llamarlo dentro de una hora.

—Claro que no me moveré de donde estoy.

El confidente colgó. Marcó otro número. Pidió la habitación 28 a otra voz estropajosa.

—Sí —articuló un órgano apenas más claro.

—¿El señor Shapiro? Soy Roger.

—Hombre, Roger —dijo Fred tosiendo—. ¿Sabes qué hora es?

—Prácticamente las seis —dijo Briffaut—. He encontrado al tío en la estación del Norte. Está en el bar, ahí, bebiendo algo caliente. He avisado a los guardias. Era lo que había que hacer, ¿no?

—Estupendo —dijo Fred—. Era exactamente eso.

—Volveré a llamarlo dentro de un rato.

—Muy bien —dijo Fred.

Fred se había quedado diez minutos más en la cama. Luego se había levantado, lavado, alimentado y vestido despacio. Luego había llamado Roger Briffaut. Roger Briffaut no había tenido que seguir a Georges mucho rato: solo hasta el primer hotel, junto a la estación. Enseguida había llamado a Guilvinec y avisado a Benedetti por medio de Ripert. Estupendo, había vuelto a decir Fred antes de colgar. Luego se había anudado la corbata y atado los cordones de los zapatos.

En las agencias de artistas tampoco conocían a nadie con aquel nombre. De todos modos, le dejaron consultar ficheros, catálogos de fotografías, ante la eventualidad de un seudónimo. Georges reconoció a muchos hombres y mujeres que había visto en el cine y en la televisión; se extrañó también de que hubiera tantos que no conocía. Pero seguía sin haber rastro de la mujer que buscaba.

La última agencia de la lista se hallaba en la calle de Ponthieu, paralela a los Campos Elíseos, y comunicaba con estos por una lujosa galería cubierta, repleta de escaparates arreglados por decoradores con presupuestos asombrosos. Cuando hubo entrado Georges en este pasaje, penetraron igualmente en él cuatro personas al menos, interesadas todas por él. Las dos primeras eran las fuerzas del orden, las otras dos los agentes de lo contencioso. Estos habían seguido a Georges por la calle de Ponthieu, aquellas se apostaron en la entrada opuesta del pasaje, por la parte de la avenida, entre un ir y venir de turistas japoneses que enarbolaban cámaras japonesas.

Así que descubrió a su espalda a Bock y Ripert, Georges se precipitó entre dos comercios por una de esas rinconadas que abundaban en el pasaje, por estar distribuido en varias plantas mediante numerosas escaleras mecánicas o no, y complicarse con pasajes anejos, pasillos, desniveles, entresuelos, entradas de servicio y salidas de emergencia. El rincón de Georges se prolongaba en un vestíbulo corto incomunicado, cerrado por una puerta beige en la que estaba escrito *Sin salida*. Georges empujó de todos modos la puerta, detrás de la cual seguía oscuramente el vestíbulo. Volvió atrás, examinó la entrada opuesta del pasaje, en la que vio a dos hombres demasiado inmóviles, contemplando el escaparate de un concesionario de calzado inglés. Georges retrocedió, franqueó la puerta beige y avanzó por la oscuridad.

Unos metros a tuestas, otra puerta: otro rincón del pasaje, otras tiendas; Georges entró en la primera que se le presentó. Era un despacho de horóscopos modernos, elaborados por ordenador, con un mostrador detrás del cual estaba un hombre que vestía un traje de color violeta púrpura. Georges se adueñó de un prospecto.

—¿Le interesa? —dijo el hombre pasado un momento.

—Mucho, mucho —respondió Georges apartándose de la entrada.

Era tanto, indicó el hombre, tanto para mayor información y tanto con todos los pormenores. ¿Georges quería probar? Georges asintió maquinalmente, lanzando ojeadas al pasaje tan lejos como podía. El astrólogo se acercó a la máquina y pulsó algunos botones preliminares. Georges se oyó dando su fecha y lugar de nacimiento, y hasta precisando Capricornio ascendente Géminis, a la vez que descubría una puertecita al fondo del local, al otro lado del mostrador. Ya sé, ya veo, pretendió el otro, transmitiendo los datos por el teclado del ordenador.

El aparato crepitó enseguida con celo, expulsando un papel ancho, interminable, negro de texto, luego sonaron ruidosas pisadas en la entrada de la tienda. Los amantes

del calzado inglés cerraban el paso a Georges, uno blandiendo un carnet y el otro una chapa. Al fondo, adosados a un local que se traspasaba, al otro lado de la galería, destacándose sobre un fondo de escaparate embadurnado con blanco de España, Ripert y Bock contemplaban con indiferencia la escena desde el exterior. Georges empujó bruscamente al astrólogo y corrió detrás del mostrador hacia la puertecita, que se abrió y volvió a cerrarse tras él. Echó un cerrojo interior; era un cuartito con una mesa y una silla, un calendario mural, pilas de folletos y de papel virgen, un cartel en colores que representaba un caballo cruzando un río, una tarjeta credencial con la efigie de Claude François clavada en el papel de la pared. No había más salida que aquella puerta, contra la cual llovían ya los porrazos desde fuera. Enfrente mismo, una especie de marco practicado en el tabique a media altura evocaba un acceso de montacargas o de pasaplatos en desuso, cerrado con un panel de conglomerado en el que estaban fijados con chinchetas avisos, notas de servicio, tres facturas y dos postales de Bayona y Bandol. Sin ninguna esperanza, Georges golpeó el panel, que produjo un sonido desalentador, casi inaudible además con los golpes redoblados que daban ahora a la puerta. Pero, contra toda previsión, desapareció bruscamente el panel y, en su lugar, apareció el busto de un hombre de cabeza calva o afeitada, adornada con una única mecha lateral, como un cordel pegado a un huevo, estrictamente vestido de verde con un edelweiss de plástico blanco en el ojal.

El hombre hizo una señal pacífica a Georges, que se acercó. El hombre ayudó a Georges a pasar por el hueco. Después encendió una linterna, volvió a colocar el panel en su marco, hizo una nueva señal y Georges lo siguió por un pasillo más estrecho y bajo que todos los anteriores, con el suelo cubierto por una espesa capa de polvo en el que se marcaban las huellas de sus pisadas. Georges apenas distinguía el mechón de pelo del hombre, que se mecía como una pluma al ritmo de su paso de hurón.

El hombre habló. El polvo ahogaba su voz en el espacio restringido del vestíbulo. El hombre se llamaba Donald y el vestíbulo era un pasadizo secreto —cada vez menos secreto, deploró Donald— que había servido mucho durante la guerra; comunicaba por numerosas salidas con la red de tiendas y trastiendas del pasaje y se prolongaba íntimamente a lo largo de numerosos pisos por toda la manzana que se extendía hasta la calle de Berri, atravesando incluso a veces alguno.

En efecto, treinta metros más allá Donald blandió una llave maestra. Entre dos puertas discretas, cruzaron prestamente una cocina soleada en la que se guisaba un estofado solitario, mientras una voz gritaba en la habitación de al lado: «¡Robert, que ya es la hora!» Luego volvieron el silencio y la noche. Más lejos, también entre dos puertas, atravesaron un trastero tras la tercera puerta del cual un hombre gritaba en español su amor por una mujer. Luego, el silencio y la noche. Después, una especie de antesala acondicionada en forma de secretaría ruinoso de la que se negaba a salir una vieja taquimeca adormilada sobre las páginas de un anuario; tuvieron que decidirse a pasar de puntillas por delante de ella, sin que manifestara la menor

extrañeza. Silencio y noche. Un cuarto de baño abandonado desde hacía treinta años, una pastilla de jabón más seca que un guijarro en el borde de una bañera cubierta de telarañas, legiones de cucarachas por el suelo de baldosas polvorientas y, rezumando eternamente de un grifo, un hilillo de agua fría inmóvil que debía constituir para los parásitos algo así como una prueba de la existencia de Dios. Silencio y noche. Un salón, en cambio, abarrotado de individuos lúbricos y apresurados, cuellos desabrochados, vaso en mano, tirantes caídos, botones rotos, que cruzaron Donald y Georges sin que nadie se fijara en ellos, ni cuando tuvieron que apartar un diván en que retozaba un grupo para despejar la puerta que daba al vestíbulo. Silencio y noche. El archivo de un procurador, un cuarto de niño muy desordenado, la sala de espera de una practicante con su juego completo de pacientes, por último el sol frío de la calle de Berri por el tamiz embalsamado de un almacén de florista frente al cual estaban aparcadas dos motocicletas Peugeot azul humo.

Donald quitó las cadenas antirrobo, montó en una de las máquinas, señaló la otra a Georges y se abrieron camino por entre los coches apretujados con apnea, asfixiándose al pie de los semáforos hasta la glorieta de los Campos Elíseos. Más allá, hacia la Concorde, el tráfico era por el contrario casi nulo. Volaron hacia el obelisco como rumbo a un faro, entre los grandes y copudos árboles apiñados a cada lado del ancho canal de asfalto. El aire se les colaba y les corría por entre las ropas. El semblante de Donald expresaba una gran tranquilidad de apache bávaro. Georges lo seguía.

Fueron Sena arriba por la orilla derecha hasta el Ayuntamiento, zigzaguearon por el Marais hacia la iglesia de SaintAmbroise. Detrás de este edificio, una casa para clases medias estaba rodeada por una pequeña verja a cuyos aros sujetaron sus monturas.

Era en el tercero. El piso estaba estructurado como un peine: un largo pasillo curvo comunicaba una sucesión de cuartos a un mismo lado. En el último un hombre corpulento estaba sentado delante de una copa llena de una bebida rosada y espumosa. Donald se apartó para dejar paso a Georges; el hombre corpulento se levantó.

—Ah, Crocognan —exclamó Georges—. Ya decía yo.  
Crocognan había cambiado mucho.

Pues no, no había cambiado tanto. Lo que daba esa impresión era un mayor cuidado en su presencia, algo más rebuscado en su modo de vestir, en el arreglo difícil de su corta cabellera de bestia. Ya no llevaba sombrero, pero su afición a los colores francos permanecía intacta: camisa de cuello vuelto salmón debajo de una chaqueta azul oscuro irisada de reflejos azul eléctrico, pantalón de lona lustrosa y calcetines encarnados. Un par de grandes botines de piel de serpiente estaban puestos delante de sus grandes pies. Todo eso costaba seguramente mucho dinero. Crocognan gastaba sin contar el dinero que robaba.

Con gran economía de medios expuso a Georges cómo había conseguido montar un pequeño negocio estable invirtiendo el dinero de sus primeros hurtos. Georges creyó entender que la apropiación y reventa de objetos de arte constituían una rama importante del negocio, del que Donald era el único socio, primer accionista y segundo cuchillo.

Crocognan se había levantado para preparar dos tangopanachés. Dijo que había sabido que Georges tenía problemas, que lo buscaban, lo perseguían; había mandado al industrioso Donald tras las huellas de Georges, nada más; ahora quería ayudar a Georges, se ponía a su servicio. Estaba en deuda con él desde la noche de la discoteca; ¿se acordaba Georges?

—Claro —dijo Georges—. ¿Y la señora Degas?

Crocognan bajó la mirada hacia las botellas; toda su cara se puso colorada como un fruto enorme. Donald se acercó a Georges, se inclinó hacia él. Hable de otras cosas, susurró.

—Bueno —dijo Georges—, un sitio tranquilo. Para resguardarme unos cuantos días.

Crocognan reflexionó y luego apuntó con el dedo hacia arriba: una habitación de servicio exigua, amueblada con un somier metálico y una mesa de pino manchada de tinta roja, con dos sillas Regencia y una alfombrilla completamente usada. Al otro lado de un patio imperceptible, la ventana daba a un último piso simétrico provisto de dos ventanas cegadas de polvo, y cubierto de cinc y chimeneas erizadas de antenas por las que evolucionaban compañías de palomas.

—Perfecto —dijo Georges—. No necesito más.

—Es un poco pequeña —se disculpó Donald—. Naturalmente, no tiene teléfono.

Georges pasó tres días y medio en aquella habitación, totalmente inactivo. Cada mañana dejaban diarios y alimentos frescos delante de la puerta. Después bajaba a ducharse al tercero. Por la tarde, pasaba un rato con Donald y Crocognan, y a veces con algunos colegas a los que Crocognan debía de haber hablado de Georges Chave porque lo miraban con respeto, lo escuchaban llenos de solicitud y le dirigían tímidamente la palabra. Cuando, en dos ocasiones, sus huéspedes tuvieron que ausentarse unas horas, le dejaron la llave del piso y una lista de instrucciones pegada

con celo en la nevera. Las dos veces volvieron contentos y ricos de sus expediciones, cargados de manjares delicados, licores raros, discos nuevos y cuadros envueltos en papel kraft, que desempaquetaban y admiraban.

Pero la mayor parte del tiempo Georges estuvo solo en su habitación, leyendo, rascándose, buscando música en el transistor de Donald. A veces miraba las palomas por la ventana; a veces lo miraban las palomas. Las palomas recorrían los tejados dando saltitos por los desniveles, los canalones, los tragaluces, moviendo la cabeza a cada paso con sacudidas secas, brutales, lanzándose a incomprensibles operaciones en formación abierta, por lo general indiferentes unas a otras, en una ociosidad antipática, que Georges nunca hubiera pensado criticar en otros animales. A veces dos de ellas se encontraban frente a frente como por casualidad, se interesaban una a otra, se frotaban largamente los picos de modo casi humano, luego copulaban muy brevemente para huir tan pronto concluían el acto, no siempre en la misma dirección, con un vuelo pesado, impreciso, como de bombarderos cargados en exceso. Eran bastante feas, parecían falsas; entre sus filas había numerosas inválidas, cojas o tuertas, con alopecia y llagas purulentas. Cuando se lanzaban al aire, sus alas restallaban o crujían como el cartón; eran mecánicas, urbanas como las ratas, perfectamente simétricas a las ratas con relación a la superficie del suelo.

Con la ventana abierta se oían pocas cosas: una conversación violenta sofocada tras un portazo, el nombre de un niño a quien llamaban o a quien reprendían, una alfombra que sacudían, cubos de la basura arrastrados, los arpegios de un trompetista fantasma, zumbido de radios periféricas a las horas de las comidas, las risas contenidas de las ratas del espacio. Todos esos ruidos se organizaban en el vientre reposado de la casa, se armonizaban como si estuvieran escritos, como la banda sonora de una vieja película francesa.

A los dos días aquello no era vivir. La mañana del tercero Georges anunció que se iba. El hombre fuerte recibió la noticia con gravedad confusa.

—Estoy muy bien aquí —quiso disculparse Georges—, pero no es una solución. Además busco a una mujer, ¿entiendes? Quiero verla y no consigo encontrarla. No puedo seguir aquí sin hacer nada.

—Donald —dijo Crocognan.

—¿Donald? —repitió Georges—. ¿Crees que podría encontrarla? A mí sí que me encontré.

Apuntó todo lo que sabía de Jenny Weltman en un trozo de papel que le entregó al cheyene transalpino, antes de enviarlo a las oficinas de un periódico de la mañana a llevar el texto de un anuncio que garrapateó al otro lado y que comunicaba el nacimiento de Pepito de Campoënia. La criatura sería bautizada al día siguiente en Notre-Dame. Los interesados se reunirían delante del pórtico de la izquierda.

Al día siguiente, Georges salió de la casa a las tres cuarenta de la tarde. En el bulevar Voltaire cogió un taxi hasta Notre-Dame, en cuyo flanco izquierdo se abre una escalerita que caracolea hacia las torres recargadas de chivos y unicornios, de fénix y

esfinges, de monstruos y más monstruos, un elefante, un dragón que devora a otro, águilas horrendas, simios indecentes. Desde allí el Sena era un arroyo pardo, un enclave encuadrado, civilizado, incapaz de hacer daño. Era día laborable, pasado el verano, no había casi nadie para grabar sus iniciales en las gárgolas. Georges no tuvo dificultad en descubrir a Ferguson Gibbs orinando en un arbotante. El inglés se volvió, se le hendió la boca en una gran sonrisa al bies y se acercó abrochándose.

—He leído el anuncio —dijo triunfalmente—. ¿Cree que habrá abajo quien haya venido por Pepito?



Gibbs ocupaba un chalet de dos pisos rodeado de un pequeño parque a quince kilómetros al sur de París, en la línea de Sceaux. Había en el living un criado cingalés, un Steinway y dos Picabia. Aunque no me gusta mucho Picabia, se disculpó el inglés, ¿y a usted? Estaba también la mujer de Gibbs, una pelirroja explosiva e incendiaria, profusión de verde almendra en los párpados y labios color carmín. A Georges no se le había ocurrido que Gibbs pudiera estar casado ni que le hubiera podido tocar una mujer como aquella.

Durante la cena, Ethel Gibbs arrancó un relato detallado de las aventuras de Georges. Luego se habló del testamento Ferro.

—Yo que contaba con usted —recordó el inglés—. Es un fastidio.

—Es demasiado complicado en este momento —dijo Georges—, con todos esos tíos persiguiéndome.

Una mosca flaca se había posado en la mesa y andaba cojeando entre las sobras. Gibbs cogió un palillo y lo mantuvo un instante sobre el insecto antes de clavarlo de golpe. Levantó la mosca arponeada, chirriante en la punta del palillo.

—Bravo —dijo Georges.

—Querido —dijo Ethel.

El inglés soltó una risa nerviosa de colegial inglés, agarró dos rábanos de una ensaladera, se levantó y salió. Georges permaneció solo con Ethel, en silencio. Se miraron por encima de sus copas.

—Todo volverá a la calma, ya verá —dijo ella en voz baja—. Acabarán comprendiendo que no tiene nada que ver en ese asunto. ¿Por qué no se lo explica usted, sencillamente?

—Es demasiado complicado —dijo Georges—. Además busco a una mujer. Es complicado —reiteró—; no logro encontrarla.

—¿Una mujer? —sonrió Ethel Gibbs.

—No digo cualquier mujer —farfulló Georges—. Quiero decir una mujer concreta, que lleva un nombre concreto.

Ethel Gibbs sonrió de nuevo y sacó de una pitillera dorada un cigarrillo de boquilla dorada. Cuando regresó Gibbs, Georges estaba pelando una naranja en silencio y Ethel grababa dibujitos en el mantel con la punta de su uña roja. Se levantó de la mesa cuando se sentaba su marido y salió a su vez. El inglés empezó a juntar las migas de pan esparcidas alrededor de su plato en un pequeño silo rubio.

—A veces se encuentra mal —dijo en voz baja—. Tenemos un problema de dinero actualmente. Estoy pasando un mal momento, desde hace muy poco. Eso la preocupa. Ah, de verdad que contaba con ese negocio. Es un fastidio. Le voy a enseñar su cuarto.

Estaba orientado al sureste, y un gran castaño de Indias aplastaba contra la ventana sus extremidades negras, finas, quebradizas, envueltas en escarcha a la

mañana siguiente. Luego se suavizó el tiempo y llovió frenéticamente varios días, sin variación, como si la lluvia no fuera a parar nunca. Ferguson Gibbs se encerraba muchas veces en la biblioteca con su mujer, rehaciendo sus cuentas, abriendo paquetes de libros esotéricos de Frithjof Schuon o del Padre Anizan que le llegaban diariamente y que amontonaba sin abrirlos. Viajaba casi todos los días a París, donde su abogado lo ayudaba a escapar de una jauría de acreedores. Al poco tiempo resultó que el propio abogado se había sumado a la jauría, y el hombre pelirrojo regresó de sus diligencias cada vez más ahogado, más deudor y hundido, de humor empañado y sordo, y mirar aislado del mundo como si los cristales de sus gafas estuvieran esmerilados. Durante las comidas, se quejaban del mal tiempo.

El inglés acabó renunciando a sus idas-huidas a París, y automáticamente cesó de llover. Mientras almorzaban, Ethel anunció que estaban invitados aquella noche en casa de unos amigos vecinos, con otros amigos y seguramente algunos amigos de amigos. Sería divertido. Georges podía ir.

—Quizá no sea prudente —objetó Georges.

—¿A quién teme encontrar? —preguntó Ethel—. Imagínese que esté ella. ¿Y no iba a estar usted?

—¿De quién hablan? —preguntó el inglés.

—Venga —insistió Ethel—. Si no está ella, le presentaré a Florence.

—Sí, venga, Georges —dijo Gibbs—. Le puedo prestar mi otro esmoquin.

En la ladera de un montículo frondoso precursor de Fontainebleau había un gran parque particular que encerraba unas diez casas lujosas, flanqueadas de pistas de tenis con una silla alta de metal pintado para el árbitro, piscinas protegidas con lonas que el agua de la lluvia hundía con grandes charcos flácidos como pompas de jabón, y racimos de coches relucientes apretujados ante las puertas provistas de células fotoeléctricas.

Había que esperar primero ante la verja de la finca, junto a un bungalow para una persona, como una garita de aduana de la que salía un guarda de uniforme gris, con una gorra adornada con un galón. Gibbs le tendió una invitación. El guarda examinó la invitación, fue a telefonar, volvió, abrió la verja. Al final de una avenida, otro guarda les indicó una plaza de aparcamiento cerca de una gran casa blanca con un pórtico delante, una puerta cuadrada y una mujer con un vestido rosa en el umbral.

Corrió hacia el coche, besó a Ethel y la llevó hacia el interior de la casa. Era muy mona, muy alegre, debía de ser Florence. Georges y Gibbs entraron a su vez; habría un centenar de personas. Recorrieron los salones, amueblados principalmente con sillones y sofás puestos en círculo alrededor de mesas bajas como carromatos de pioneros. Pasaban por entre los sillones hombres uniformados llevando en sus bandejas vasos llenos de burbujitas, bosques de puros, tumbos de sándwiches. Había también un salón de música desierto en medio del cual, sentado ante un largo piano de cola negro y lacado como un ataúd múltiple, un virtuoso inactivo vestido de frac descifraba un periódico abierto encima de las partituras.

Un zumbido verbal indiferenciado corría de una estancia a otra, cortado por risas precisas que tintineaban por entre los vasos. A la entrada de un salón se hallaban agrupadas algunas relaciones del inglés, que estrechó doce manos con expresión de determinación trágica, como si atravesara una nube de langostas o una cascada. Al fondo de otro encontraron dos sillones desocupados bajo un tapiz de un gris pardo ajado que representaba un ciervo de mirada vacía cercado por una horda amenazadora.

—Tenemos aburrimiento para horas —calculó Gibbs confidencialmente—. Otra vez hasta las cuatro o las cinco.

—Podemos marcharnos antes —sugirió Georges.

—Prefiero quedarme —dijo el inglés—. Mejor salir de los últimos. Hay que estrechar menos manos.

Una bandeja, al extremo de un brazo, cruzó el espacio ante ellos al paso lento y flojo de una nave interestelar. Georges cogió un vaso cuadrado con whisky dentro a flor del cual sonaban gruesos cubos de hielo. Pero un instante después caía el vaso y Georges saltaba detrás de un sillón, agachándose al amparo del respaldo; el alcohol sorbido al momento por las fibras marcaba la alfombra con una mancha en forma de Meurthe-et-Moselle. ¿Qué pasa?, preguntó el inglés. Georges se llevó un dedo a los labios, señalando con otro al doctor Spielvogel.

El doctor acababa de entrar. Llevaba un traje oscuro con un pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta agudo como la punta de un cuchillo sobre su corazón, la aleta de un tiburón blanco en un mar de tinta. Proyectó una mirada circular alrededor de la estancia, descubrió el sillón vacío junto a Gibbs y se lo apropió por las buenas.

—Una velada encantadora —declaró cordialmente—. ¿No estará ocupado este sillón?

—Por desgracia sí —dijo Gibbs—. Y va a volver de un momento a otro.

—Esperaré —dijo el doctor—. Voy a descansar un poco. Cuántas mujeres guapas. ¿Es usted amigo de Schumacher?

Ethel Gibbs había entrado también en el salón inmediatamente después de Spielvogel. Habiéndose quedado cerca de la puerta, había visto toda la escena y había imaginado lo que iba a suceder. Se acercó a su marido, le dijo tres palabras sin importancia, para volverse después con una larga sonrisa tibia y carnívora hacia Spielvogel, en cuyo pecho se alargó en el acto y empezó a agitarse el triángulo immaculado. El doctor se levantó, le besó la mano a Ethel y le ofreció su brazo, luego se alejó muy pegado a ella, dibujando con el otro brazo molinetes en el aire.

Georges se levantó y fue hacia la primera puerta visible que daba acceso a un cuarto de baño considerablemente alto de techo. Aguardó, se miró de muy cerca en el espejo, se lavó las manos, esperó un buen rato. Luego se abrió la puerta y entró Ethel.

—He alejado al caballero —dijo—; Florence se ocupa de él. Puede salir de aquí.

Recogieron a Ferguson y se dirigieron hacia la entrada, volviendo a cruzar las estancias en sentido inverso. Ethel iba de exploradora tres metros por delante de

Georges y del inglés, que debía de haber bebido un poco mientras los esperaba y que avanzaba cogiéndose de una puerta, del brazo de un sillón o del hombro de Georges.

—He estado pensando en su historia —anunció—. Todo eso se va a desenredar.

—¿Usted cree?

—Tiene que desenredarse —aseguró Gibbs con fuerza—. Y es que además solo se puede desenredar. No hay razón para que se enrede, ¿verdad? Luego cuando se enreda, es más bien buena señal: es señal de que muy pronto se desenredará.

—Entiendo —dijo Georges.

—Y cuando está desenredado —prosiguió el inglés—, tiene que volver a enredarse, ¿comprende?, para luego poder desenredarse mejor.

—Ya veo —dijo Georges.

—Es así —concluyó Gibbs—. Enredado, desenredado, enredado, desenredado. Es así.

Ethel les hizo señal de avanzar: la vía estaba libre hasta el salón de música, donde, leído el diario, el inactivo se había puesto a tocar una música de una alegría falsa, un desenfado contradicho por una mano izquierda desconsolada, como la sonrisa de un hombre con el corazón destrozado. Sus grandes manos amarillas luchaban esquivándose con desgana, sin tocarse casi nunca, migalga pálida persiguiéndose a veces frenéticamente en los momentos rápidos, saltando a veces una sobre otra. Luego quedó la vía libre hasta el Volvo.

Poco después, abandonado por Florence, el doctor Spielvogel seguía errando de un sillón a otro buscando distraídamente a Schumacher. Se acercó a un grupo de hombres sentados en torno a un cubo de metal blanco del que salía formando un iceberg el cuello de una botella rodeada de pequeños bloques de hielo. No, solo había caras desconocidas, excepto aquella, delante mismo, el doctor se extrañó de no haberlo visto antes. Pero debía de haber llegado hacía poco: todavía llevaba el abrigo y se estaba quitando la bufanda. Spielvogel dio la vuelta al grupo, se inclinó hacia el recién llegado, le tocó el antebrazo.

—Me alegro de volver a verlo —dijo—. He visto que ha traído a su amigo. Buena idea.

—¿Qué amigo? —preguntó Benedetti, liberando su antebrazo.

—Ese muchacho eficiente, ya sabe, el que se ocupó de Morgan. Acabo de verlo con unos amigos. Se estaban divirtiendo. Una especie de juego alrededor de un sillón. Una gente muy simpática, por cierto, encantadora. Una velada encantadora. Cuántas mujeres guapas, ¿verdad? Simulacra pulcherrime facta. ¿No habrá visto a Schumacher?

—¿Qué está diciendo? —preguntó Benedetti, volviéndose a anudar la bufanda.

A las cuatro y veinticinco de la madrugada, despertados precipitadamente por su jefe, Bock y Ripert asaltaron el domicilio del inglés. Dos azoteas enmarcaban el edificio: una dominaba una galería y se comunicaba por una puerta vidriera con las habitaciones privadas de los Gibbs; la otra estaba constituida por el tejado de un pequeño garaje agregado tardíamente y rodeada por una barandilla muy baja. Se podía acceder a ella desde el interior pasando por la ventana de un cuarto trastero desocupado, contiguo a la habitación que le habían destinado a Georges.

Bock se dedicó a la azotea que daba acceso a la habitación de Ethel y Ferguson; se podía trepar a ella sin excesiva dificultad por una pared levantada con gruesos ladrillos huecos. Ripert atacó la otra con la ayuda de una cuerda y un garfio, mientras, sin que lo viera nadie y a veinte metros de allí, vigilaba la escena el confidente Briffaut, siempre al tanto de todo.

El garfio constaba de dos ganchos planos, triangulares, que giraban sobre un eje. Ripert tuvo que lanzarlo tres veces para fijarlo a la barandilla. Georges no dormía realmente. Georges superponía en un duermevela pesado la imagen de Jenny Weltman y algo de Ethel Gibbs. Oyó distintamente los dos choques abortados y luego un tercero seguido de un breve roce de acero en el cemento, un ruido desagradable que recordaba al dentista. Se levantó en el acto, se vistió sin encender la lámpara, salió de la habitación y empujó la puerta del cuarto vacío. Distinguía por la ventana la superficie gris de la azotea sobre fondo negro, al borde de la cual se destacó pronto algo animado, una parte de un cuerpo en movimiento, pronto el cuerpo entero acompañado de un jadeo perceptible.

Georges cruzó rápidamente el cuarto hacia la ventana, se envolvió en la cortina buscando a ciegas a su alrededor algún objeto pesado, manejable, contundente; naturalmente no lo había. Y luego un alarido, un largo grito horrorizado atravesó la casa oscura donde se producían todos aquellos movimientos furtivos. Todo se aceleró al instante.

Apenas encaramado en la azotea, Ripert saltó hacia la ventana del trastero mientras Georges la abría para saltar por su parte sobre Ripert. Se veían mal. Chocaron violentamente. Ripert retrocedió, atontado; Georges lo empujó; Ripert retrocedió más, perdiendo el equilibrio, topó con el antepecho de la azotea y cayó en la noche vacía exhalando a su vez un grito breve: no del todo un grito, una protesta lastimera cortada en seco por el choque de su cuerpo con la tierra blanda. Todo eso en dos o tres segundos, bajo la mirada extraviada de Georges, mientras resonaba un nuevo alarido en alguna parte de la casa. Georges, despavorido, se precipitó al borde de la azotea; no distinguió nada; se volvió hacia la ventana: se acercaba un ruido; se había encendido una luz. Puso la mano en el garfio sujeto a la barandilla, pasó por encima de esta, asido vigorosamente a la cuerda.

Al otro lado de la casa, Bock estaba en medio del dormitorio de los Gibbs,

perplejo, con su gabán, su nueve tiros Manufrance en la mano, bajo los ojos en blanco de Ethel, apenas repuesta tras haber gritado tan fuerte, mientras Ferguson buscaba a tientas sus gafas en la mesilla de noche. La lámpara del techo derramaba un resplandor crudo y deprimente sobre todo aquello.

—Calle, no se mueva —dijo Bock con voz crispada—. Un poco de calma, coño.

Salió de la habitación y echó a correr hacia el punto de donde le había parecido que venía el grito de Ripert. Entró en el cuartito, pasó por la ventana, cruzó la azotea vacía, se asomó.

—Christian —gritó a media voz—, Christian.

—Estoy mal —sonó la voz de Ripert—. Ese jodido me ha hecho daño en el brazo y me he debido de romper una costilla o algo. Baja.

Bock agarró a su vez la cuerda y se deslizó no sin temor. Eso requirió cierto tiempo.

—Mi brazo —gemía Ripert—; quizá también el hombro. Y me ha pisado al huir. Si lo encuentro, lo mato.

No lejos, Briffaut seguía observándolos, más o menos disimulado detrás de un tronco. Apenas los distinguía, apenas oía sus palabras, apenas entendía la situación. Bock reflexionó con todas sus fuerzas, con la cara tensa por el esfuerzo como a veces en el water. A lo lejos, en la oscuridad, el motor del Volvo de Gibbs zumbó detrás de la casa; creció y luego disminuyó velozmente, antes de que Bock pensara en echar a correr.

—Mi pobre brazo —seguía lamentándose Ripert—. ¿Qué haremos ahora?

—Un fracaso —dijo lentamente Bock—. Esta operación es un fracaso.

Alzó los ojos al cielo negro, mate, sin estrellas, y vio el busto de Gibbs, que se destacaba vagamente al borde de la azotea.

—Tenga la bondad de disculparnos —dijo Bock aguantándose la frente—. Un error, un lamentable error. Nos vamos enseguida.

Gibbs desorbitaba los ojos, hacía guiños, movía las gafas sin conseguir distinguir nada.

—Mi compañero está herido —prosiguió Bock—. ¿Me permitiría telefonar?

—Lárguense —lanzó a la noche el hombre pelirrojo.

—Naturalmente —dijo Bock—. Me hago cargo. Nos arreglaremos solos. Intenta levantarte, Christian, voy a ayudarte. Espera.

En la autopista, a aquellas horas, solo había camiones de quince toneladas lanzados a toda velocidad con su cortejo clásico de cuero, tabaco, lana, sudor y gasóleo, y también algunos turismos conducidos a toda velocidad por hombres solos, borrachos y desesperados. Georges la había cogido en Palaiseau, la siguió hasta su empalme con el periférico, un poco antes de la Porte d'Ivry, en la que salió por la parte del suburbio.

Era temprano, hacía frío, el cielo parecía un poco más claro por un lado pero era una impresión falsa: el sol tardaría aún mucho en salir. Georges se pasó cerca de una

hora buscando un bar abierto en Ivry. Por último, cerca del hospital asilo, un obeso de párpados hinchados le sirvió un café como sosa cáustica.

Cuando salió faltaba ya poco para las siete. Un alba mugrienta se desleía en el hormigón claro moteado de los grandes bloques, en la antracita de los patios traseros, se multiplicaba en los adoquines nítidos, el alquitrán reciente, el agua pura de los arroyos. El Volvo zigzagueó por un entramado de callejuelas pequeñas hasta un solar descampado, mal protegido por una puerta de hierro a la que faltaban goznes. Se alzaban en él las ruinas de unos columpios, un torniquete inmóvil, un rectángulo de arena y excrementos, una barraca sin techo, dos pares de postes frente a frente. Georges apartó los batientes de la puerta, hizo una maniobra con el coche y lo aparcó al fondo del solar.

Ahora era ya de día, pero el sol seguía sin salir. El lugar parecía aún encantado: rastros de una hoguera denotaban un reciente campamento de rebeldes; un Peacemaker sin tambor y un Stetson reventado eran testimonios de un ataque de las fuerzas contrarias; un balón rojo y negro estaba empalado en una reja, viejos preservativos amarillentos por la erosión ondeaban en las ramas altas de un matorral. Georges dirigió una mirada compasiva al coche de Gibbs; pronto estaría completamente deshuesado; sus usos serían múltiples —jeep, spitfire, panzer, forrestal—, sus asientos precisarían amores primerizos. Empezó arrancando las placas de la matrícula y las enterró bajo un montón de cascotes detrás de unas ortigas.

El sol asomaba por fin tras las torres de Charenton. Georges dejó la puerta en su equilibrio inicial, comprobó que no se distinguía el Volvo desde el umbral del terreno de juegos y volvió a recorrer en sentido inverso la red de callejuelas que llevaban los nombres de diversos héroes del movimiento obrero.

Luego había una calle central bordeada de garajes, almacenes, talleres, pequeños bloques de viviendas con pequeños comercios en los bajos, pequeños hipermercados. Y al otro lado otra red de calles más o menos simétrica a la primera.

Sobre los pilares de la entrada los dados gigantes seguían marcando los mismos tantos. Georges empujó el batiente rojo de orín y, como de costumbre, dio la vuelta a la casa de Fernand dirigiéndose a la cocina, frente al huerto. La puerta no tenía echado el cerrojo; la cocina estaba vacía, bañada por el olor agrio de una sopa en la que fibras y briznas de verduras se hallaban presas en una película de grasa como cortezas y cañas rotas en la superficie de una charca helada. Georges quiso hacer café, y ruido; estuvo revolviendo los cacharros sin evitar que se golpearan, para despertar sin sobresalto al librero, que dormía arriba.

Subía luego la escalera, con el tazón de Fernand en la mano, cuando tropezó a medio camino con una columna de periódicos que osciló y se hundió escalera abajo como una baraja de naipes flácidos. Dio unos golpecitos en la puerta, volvió a llamar, insistió más fuerte, empujó la puerta y vio lo siguiente.

Nada espectacular ni particularmente penoso: dos pies separados en una posición curiosa, calzados con viejas pantuflas de circulitos rojos y pardos y talones

largamente pisados, al otro lado de la cama que ocultaba el resto del cuerpo a partir de los tobillos.

Fernand estaba muerto desde hacía poco rato; una herida fea le cruzaba la frente. Pudo darse, al caer, con el mármol de la mesilla de noche. Era una explicación. Pero no explicaba por qué se había caído. No se advertía un desorden particular a su alrededor; simplemente la anarquía natural que prolifera en el dormitorio de un hombre solo y huraño. Ninguna señal de lucha ni de nada; ninguna otra herida aparente. Un ataque, un síncope, cosas que ocurren a esas edades; y se hiere al caer y muere. Puede que ya esté muerto cuando cae. Nadie se ha enterado. En vida, recibe a pocas visitas. No les da pie a volver. Se habría quedado descomponiéndose ahí solo sabe Dios cuánto tiempo de no haber llegado precisamente Georges.

Georges mira el cuerpo a sus pies. Se agacha, lo coge en brazos para dejarlo encima de la cama. El cuerpo es liviano. Georges se mueve con torpeza. Entonces, cuando una sirena de dos notas irrumpe de pronto a lo lejos y crece rapidísimamente, cuando suenan delante ya de la casa los chirridos y golpes de neumáticos y puertas, Georges siente que ha caído en una trampa oscura.

No le quedaba tiempo para pensar. Dejó caer el cadáver como un fardo sobre la cama y corrió hasta la puerta cogiendo al pasar la escopeta de caza del difunto, colgada de una percha entre una cascada de abrigos polvorientos; estuvo a punto de tropezar con el arma a mitad de la escalera. Ya estaban llamando a golpes en la puerta que daba a la calle. Georges cruzó corriendo la cocina, se metió por el huerto, se volvió al oír una breve llamada a su espalda: un hombre con abrigo pardo acababa de asomar por la esquina de la casa blandiendo el morro oscuro de un pequeño objeto negro. Georges sintió la escopeta entre sus manos. Nunca había tocado un artefacto así: ni siquiera habría sabido comprobar si el arma estaba cargada. Dirigió el cañón hacia el desconocido y apretó lo que sabía que era el gatillo.

La escopeta retrocedió con un ruido espantoso, dándole un golpe violento en el hombro. El intruso desapareció en el acto. Antes de reemprender su carrera hacia el fondo del huerto, Georges vislumbró un pequeño cráter blanco en la pared que despedía una voluta de polvo o de humo exactamente donde estaba la cabeza del hombre un minuto antes. Se le escapó una risa natural; estaba excitado ahora, tenía fuerzas.

Escaló la pequeña cerca apoyándose en la armazón podrida de un gallinero; cayó en otro huerto cerrado por otra pequeña cerca que salvó con la misma facilidad. Luego hubo un camino, un patio, otro patio, otros huertos rodeados por cercas parecidas que saltaba sin descanso y sin mayor dificultad, con la escopeta terciada, mientras decrecían rápidamente a su espalda los gritos y los pitidos. Atravesó así una veintena de huertos o jardines, desfilando a veces ante células familiares soñolientas instaladas a la sombra de las grandes cafeteras detrás de las ventanas de las casitas, pero lo vieron pasar tan rápidamente que no les dio tiempo a asustarse, confundiéndolo con un último residuo de los sueños de que emergían.



Georges frenó al fin, parando en un pequeño espacio olvidado al que cercaba un estado salvaje de malas hierbas y matorrales degenerados. Se tumbó en las hojas sin preocuparse de los pinchos. Estaba sofocado, cansado; pronto le dolieron las piernas y luego el hombro izquierdo. Le hubiera gustado dormir.

Las nubes pasaban lentamente por encima de él. Se sentía considerablemente solo. No intentó comprender qué había pasado en casa de Fernand, ni por qué había huido exactamente. Le pareció que ahora no podía abstraerse de nada si no era con la huida incesante, al menos de momento, más adelante ya vería. Primero necesitaba encontrar un coche, y antes tenía que levantarse, orientarse, hacer desaparecer la escopeta debajo de aquella masa de helechos.

Fue hacia una tapia por detrás de la cual acababan de pasar dos coches, uno bastante después que el otro. La tapia era tan baja como las anteriores y fácil de escalar, pero a Georges le costó subirse a ella. Su mirada rebasó por fin la cúspide y exploró el entorno. Con las dos manos cogidas sobre la cabeza, se parecía al pequeño personaje fácil de dibujar que acompaña a la fórmula *Kilroy was here*. Tardó mucho rato en admitir que estaba a dos manzanas del taller de Pellegrin. Vaya suerte increíble. Pero Georges no estaba tan satisfecho. Estaba cansado. De momento no creía ya excesivamente en la suerte.

Desde el fondo de su antro, el hombre de mono frente a su banco vio a Georges que se acercaba. Con unas enormes gafas negras de cíclope ante los ojos estaba forjando algo entre surtidores de chispas.

—¿Se acuerda? —preguntó Georges—. Soy el del Volkswagen azul.

Pellegrin se subió las gafas hasta la frente y se hurgó profundamente las narices como si fuera a buscar aquel recuerdo en ellas. Luego movió la cabeza con expresión evasiva, que se acentuó cuando preguntó Georges por el chirrido de su coche, ya sabe, el chirrido en la parte de atrás.

—No he tenido tiempo —dijo el especialista.

Dio a entender de todos modos que había puesto en marcha el vehículo. En efecto, chirriaba. Eso podía ser grave, aunque igual no era nada. Había que verlo, y lo vería del lunes en ocho días. Georges suspiró y buscó con la mirada su humilde automóvil comprimido entre tantos vehículos mal parecidos, ciegos, despanzurrados junto a un muro de tierra y grasa. No lo había visto desde hacía mucho tiempo. Lo reconoció con simpatía, con animosa emoción, como a un pariente en el hospital. Incongruentemente le pasó por la cabeza que se parecía un poco a su abuelo, al menos por delante, algo en el ángulo entre el parabrisas y el capó, difícil de explicar.

—En el peor de los casos, ¿qué puede ser? —preguntó.

—El par —respondió sordamente Pellegrin.

—¿El par? —repitió Georges interrogativamente.

—El par —se obstinó el hombre de mono.

—Hágase cargo —dijo Georges en voz baja—, esa palabra no significa nada para mí.

—El puente, si quiere. Lo que hace andar al coche, vamos —precisó mirando a Georges con tristeza.

—Entendido —mintió Georges—. ¿Y eso me saldría por cuánto?

—Enseguida nos vamos a los quinientos mil —dijo resueltamente el mecánico—. El par se va enseguida a los quinientos mil.

Georges se estremeció y miró luego al hombre de mono con confianza, como si fuera imposible que no cambiara de opinión, como si hubiera de anular la horrible noticia por un decreto milagroso, una manifestación de su benevolencia titánica. Pero no dijo nada.

—Es que lo necesito ahora mismo —dijo Georges absurdamente—. Necesito un coche ahora mismo. ¿No tiene algún 204 como la otra vez?

—No.

—¿Y otro que pudiera comprarle, uno viejo, que no costara mucho, que funcionara? ¿No?

La mirada inquisidora de Pellegrin se hizo más dura ante aquella hipótesis herética, y Georges creyó perdida su causa. Pero el otro acabó por volverse, señalando algo al fondo del taller con ademán doloroso.

—Hay eso —reconoció.

O sea un Opel Kadett, color cardenillo, modelo cuatro puertas, dos de las cuales a la izquierda eran de color esmeralda. La chapa estaba muy rayada, con puntos de orín, el techo jaspeado de guano y el interior olía a gato, a deyecciones de gato, y había precisamente un gato, ético y tricolor, que saltó de debajo de un asiento y huyó con un maullido ronco, siendo interceptado en su huida por una patada de Pellegrin. El mecánico calzaba borceguíes sólidos, herrados y reforzados, con pala de gruesa piel de vaca curtido doble, color avellana, forma granjero dos piezas sin costura detrás, pie forrado piel, montaje extraflexible con doble costura en primer cuero y suelas antideslizantes. Llevaba asimismo un ancho cinturón claveteado por encima del mono. Miraba a Georges. Georges miraba el Opel.

Entre sus propietarios debió de figurar un dentista, pues había muchas muelas en la alfombra del suelo que crujían bajo el pie como perlas falsas. Por orden de Pellegrin hubo de convenir Georges en que no faltaba un solo elemento en el salpicadero a excepción del cenicero, en cuyo emplazamiento asomaba un manojo de hilos eléctricos rojos, azules, verdes. De igual modo, estaban en su sitio los órganos esenciales del motor, el circuito eléctrico y la transmisión; los asientos eran normales una vez quitadas sus fundas cochambrosas, y en el cristal de atrás se descascarillaba la idea de que Opel desafía al tiempo.

El hombre de mono puso el motor en marcha y gritó una cantidad por encima del monstruoso batir de válvulas que resonaban como un paquebote en el taller. Georges gritó que era caro designando vagamente la falta de cenicero, el capó desajustado, el ruido. Pellegrin gritó la misma cantidad sin parecer haber oído la objeción y más bien como si fuera Georges el que no lo hubiera oído la primera vez; movía la cabeza sin

sonreír a Georges, en medio del barullo, pisando el acelerador enloquecido; súbitamente se impuso la urgencia: Georges se sacó del bolsillo un talonario y lo agitó, ante todo para que Pellegrin parara el motor.

El Opel se iba un poco hacia la izquierda al frenar; por lo demás funcionaba más o menos normalmente y el ruido no era tan terrible. Georges regresó a París por la Porte de Choisy; fue a buscar los bulevares de los mariscales y los siguió hacia el norte.

Justo antes de la Porte de Montreuil paró delante de una cervecería que se llamaba Davout. Comió un Especial Davout con una copa de tinto y luego bajó al sótano del local. En un margen poco usado de su agenda encontró un número de teléfono que marcó en el aparato mural. Mientras esperaba, descifró las inscripciones de carácter político y sexual garrapateadas en las paredes de la cabina. Contestaron y reconoció la voz de Véronique.

Sin presentarse, dijo que se pusiera Bernard Calvert. Por una inflexión curiosa en su respuesta —Bernard había salido, volvería dentro de una hora—, dedujo que Véronique había reconocido su voz. Dijo gracias y volvió a subir a la sala, donde pidió uno, dos, tres cafés, que bebió lentamente, fijando una mirada distraída de etnógrafo ocioso en el bulevar donde se apresuraban lentamente, en sus vehículos engrasados, los asalariados procesionarios.

Una hora y diez minutos más tarde llamó al mismo número. Bernard Calvert respondió enseguida; una ligera confusión le alteraba la voz. Soy yo, Georges, ¿sabe? Bernard Calvert dijo que se alegraba de oír a Georges, que hacía tiempo que tenía ganas de ver a Georges, que a ver cuándo.

—Pues es bien fácil —dijo Georges—. ¿Podría pedirle un favor?

—Naturalmente —dijo Bernard Calvert—, claro que sí.

—Aquella casa en la montaña de la que hablaba una vez, ¿se acuerda? —Naturalmente, repitió el otro—. Me haría falta unos días, no muchos, unos pocos.

—Desde luego —dijo Bernard Calvert con un fervor atenuado—. Lo que pasa es que no sé si no estará un poco..., hace un..., tendría que..., ¿sería para ahora, enseguida, los próximos días?

—Es urgente.

—Muy bien, de acuerdo —cedió fácilmente el otro—. Cuente con ella. ¿Podemos vernos esta semana?

—No —dijo Georges—. No cuelgue.

Soltó el aparato, que empezó a balancearse al extremo del cable, golpeando débilmente las paredes de la cabina. Georges subió corriendo a la superficie, salió a la calle, comprobó el nombre en el toldo a rayas, volvió a bajar.

—¿Está ahí? Cervecería Davout, bulevar Davout. Es fácil de recordar. Lo espero. Hasta ahora.

Espere. ¡Eh!, chirrió la voz de Bernard Calvert. Pero Georges había colgado. Volvió a su mesa en la sala y pidió más café. Temblaba un poco; su corazón latía

veloz y con fuerza; cerró los ojos: Jenny Weltman. Saltó como un muelle, bajó al sótano. Quizá Donald había sabido algo; pero el teléfono sonó mucho rato en vano en el piso de Saint-Ambroise. Cuando Georges volvió arriba, Bernard Calvert estaba en la barra; tenía delante un gran sobre de papel amarillento puesto sobre la formica beige y negra. Su entrevista fue de una gran brevedad.

Después Georges fue rápido al Opel, rasgando nerviosamente el sobre. Contenía los mapas Michelin 77 y 81 que abarcan el sur de los Alpes franceses, con un plano dibujado a mano: una carretera que cruzaba un pueblo, un cruce, un camino al cabo del cual había una cruz protegida por puntos. Luego dos llaves con etiquetas: la grande abría los puntos, la otra la cruz. Georges arrancó, dio media vuelta, se dirigió al eterno periférico por una red de calles con nombres de pintores impresionistas bordeadas de viviendas sociales. El eterno iba abarrotado; el pensamiento de Georges estaba lejos. Cuando el Opel se metió en la autopista, lucía el sol y hacía frío. Georges no sentía el frío. El sistema de calefacción era muy complejo o estaba completamente estropeado.

Al final de la tarde Georges salió de la autopista del Sur a la altura de Beaune. Reservó una habitación en un hotel del centro de la ciudad; compró cuatro diarios que leyó meticulosamente mientras cenaba en el restaurante del hotel; ninguno mencionaba aún la muerte de un librero de Ivry-sur-Seine. Georges se durmió como una piedra; dejó el hotel a las diez, llevándose un enorme cenicero publicitario de Noilly-Prat que instaló al lado de su asiento.

Se lo pudo ver más tarde en Grenoble, comprando comida y ropa en un hipermercado, así como un cepillo de dientes y un paquete de maquinillas de afeitar desechables. Prosiguió el viaje. El sol iba a ponerse cuando llegó ante la casa de Bernard Calvert. No entró enseguida en la casa. Quitó el contacto, bajó del coche y miró el paisaje.

Los dos hombres estaban cara a cara, en actitud de desafío. Uno llevaba un uniforme militar verde y blanco de finales del XVIII, con forrajera y cinto dorados. Tenía una mano en la cadera y en la otra un sable en posición de parada. Sus cabellos negros le caían sobre los hombros. Avanzaba un mentón arrogante hacia su pareja, un chino. El chino llevaba un mono abrochado hasta arriba y una gorra marcada con una estrella roja. Sonreía.

—Quiero ese —dijo Bock.

Dos gruesos dedos amarillos de nicotina cogieron el soldado verde y blanco por la cabeza y lo sacaron del escaparate.

—El joven Bonaparte en el puente de Lodi —anunció el comerciante poniendo al portador de sable en una mesa.

—Buena pieza —dijo Bock—. Uniforme de fantasía, pero buena pieza.

—A mí no me desagrada el chino —intervino Ripert.

—Puro camelo —juzgó Bock—. Porquerías modernas, no plomo auténtico.

—No se engaña usted —aduló el comerciante.

—¿Qué te he dicho? —dijo Bock—. ¿Me lo puede envolver?

Ripert salió de la tienda y observó el escaparate desde fuera. Desde el siglo XV hasta nuestros días se enfrentaban allí todo tipo de cuerpos de ejército, hasta un grupo de FFI acechando una escuadra nazi modelada al paso de la oca en ángulo de noventa grados. El movimiento de la calle se reflejaba en la luna del escaparate y hasta en los espejos de los pequeños camiones provistos de gasógeno, camuflados en verde y pardo y con una cruz de Lorena en la puerta.

Bock salió a su vez con aire satisfecho. Hacía saltar el paquetito en la mano.

—Serán tu ruina —profetizó Ripert.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bock.

—No movernos de aquí. Va a venir. Mira, creo que es él.

Traje color espinaca, corbata verde oliva bordada con ínfimos palos de golf, sí que era él. Se acercaba lentamente. Se detuvo ante la tienda de soldaditos de plomo; la observó sin decir nada.

—¿El señor Shapiro? —se acercó Ripert.

—Sí —dijo Fred—. Soy yo.

—Ripert —dijo Ripert—. Encantado. Fui yo quien lo llamó ayer de parte de Roger. Bock.

—Encantado —dijo Bock.

Fred movió la cabeza. Luego Bock le preguntó si tenía noticias recientes de Georges Chave. Fred respondió que hacía cerca de diez años que no había hablado con su primo; era verdad. Que no sabía nada de él; era mentira. Que le gustaría saber qué era de él; no era mentira.

—¿Les crea problemas?

—Le hizo daño a mi compañero —dijo Bock—; mire. Y luego desapareció.

Ripert tiraba del cuello del polo para hacer admirar sus vendajes.

—Ya veo —dijo Fred—. Es peligroso.

—Muy peligroso —confirmó Ripert—. ¿Dónde podemos meternos?

En un café muy reducido de la esquina: una barra, ocho mesas, nadie. Detrás de la barra, la mujer que enjuagaba las tazas tenía grandes ojos tristes y largos cabellos grasos, labios delgados entre paréntesis de vello. Le pidieron tres aguas minerales. Disculpen un segundo, dijo Fred levantándose. La cabina telefónica estaba recién pintada, pero una mano había escrito ya en rojo *El martes 6 estaba aquí con mi mujer*.

—¿Qué coño pasa? —preguntó Fred—. ¿Es verdad que Georges ha desaparecido?

—¿Cómo se ha enterado?

—No te importa —dijo Fred—. ¿Habías avisado a los policías? ¿Estás seguro?

—Mi trabajo es avisar a los policías —recordó Briffaut con voz digna—. Es algo que sé hacer, figúrese usted, y sé cuándo lo hago. Llamé como habíamos quedado, sí; salieron en el acto; tenían que haber llegado en el momento oportuno. Pero el caso es que no consiguieron detener a su primo. Hasta les disparó, por lo visto.

—Es increíble —dijo Fred—. Nunca lo habría pensado.

—¿Qué tal con su tío? ¿Salió como quería?

—Calla —dijo Fred.

—Dispense —dijo Briffaut.

—Es increíble —repitió Fred—. Entérate, procura averiguar dónde está. Yo hablaré con los empleados de Benedetti.

—No sabía que los conociera.

—Mira que eres hipócrita, Roger —dijo Fred con voz cansada—. Mira que eres doble.

—Lo bien que le viene algunas veces —soltó el confidente antes de que Fred colgara.

Salió de la cabina con una sombra en la cara. ¿Por qué los mataré así? ¿Por qué tendré que rematar a esos ancianos? Bock y Ripert intercambiaban gestos y palabras en voz baja, que interrumpieron sin arte al llegar él.

—Estoy preocupado —declaró sentándose.

Los agentes de lo contencioso lo miraron con aire de estar curados de espanto.

—Lo conozco —prosiguió Fred—: es primo mío. Sé de lo que es capaz. Les está creando problemas y yo quiero ayudarlos. Mi acción es desinteresada. ¿Qué más quieren tomar?

—Tenemos prisa —dijo Bock—. No nos dará tiempo.

—Pero, hombre, Martial —protestó Ripert—, sí que nos da tiempo.

Fred mandó traer cervezas de marca.

—¿Conocen a su mujer? —preguntó—. Si es que tiene mujer, claro.

—Lo vimos una vez con una chica —dijo Ripert—. ¿Te acuerdas? Una morena, de pelo corto, bastante buena.

—Sí —dijo Bock—, es posible.

—Es muy sencillo, ¿no? —recordó Fred—. Basta descubrir a la mujer, como pasa siempre.

—Ya veremos —dijo Bock—, ya veremos.

—Si es peligroso, hay que encontrarlo. Me gustaría que lo encontraran. Puedo pagar para ello.

—Pero ¿por qué nos dice eso? —preguntó Bock—. ¿Quién es usted exactamente?

Cuarenta minutos más tarde, Fred Shapiro estaba sentado en la oscuridad, como le ocurría a menudo. Ante sus ojos, en tres dimensiones, sentado en una silla, un hombre con una gorra de tela azul hablaba con una joven rubia vestida de blanco, de pie a su espalda.

—Mi querida esposa —decía el hombre—, en vista de nuestra situación financiera, he decidido comprar hoy un pescado. Considero que un comisionista puede permitirse eso: un comisionista que no bebe, que apenas fuma, que no tiene por así decir ninguna pasión. Conque, ¿compro un pescado grande o prefieres uno pequeño?

—Uno pequeño —respondió la mujer.

—Mal —gritó una voz.

Los ojos de Fred se habían adaptado a la penumbra: el que acababa de gritar era un hombre bajito, moreno, de treinta y cinco años, con una americana de cheviot color hoja seca. Su cara era flaca, arrugada en torno a los ojos, con algo melancólico y obsceno en la mirada, como un perro abandonado en celo. Estaba sentado en la mitad de la tercera fila; no había casi nadie en la sala. El hombre agitaba los brazos.

—Dices uno pequeño como si sintieras que sea pequeño, como si te resignaras a que no compre uno grande. No, no, no. Tienes que decir uno pequeño porque precisamente lo que quieres es uno pequeño, no uno grande. Es sobre todo la idea de que es pequeño lo que te gusta. ¿Lo entiendes?

—Pero si no quiere decir eso, Michel —dijo la joven.

—Me importa un huevo lo que quiera decir —se exasperó el hombrecillo—. Si no quiere decir eso, mejor. Así el que lo dice soy yo. ¿Es que no hay manera, joder? ¿No hay manera?

La joven rubia salió del escenario.

—No te vayas —chilló el director—. Está bien, venga, vale, no te vayas.

Reapareció por una puerta estrecha que comunicaba lateralmente con la sala y que derramó un chorro de luz terrosa a su paso. Subía con aire decidido la pendiente suave que llevaba a la salida entre las filas de butacas. ¡Eh!, dijo en voz baja Fred. La joven se detuvo, buscó a Fred con la mirada y sonrió; luego se metió por la fila y fue a sentarse a su lado.

—Bueno —refunfuñaba el hombre más abajo—, probamos el cuatro.

—Este tío es imbécil —murmuró la joven.

—En parte tiene razón, no crea —murmuró Fred contestando—. Es verdad que limitarse al texto, a la larga, supone no salir de lo mismo.

—No empiece usted ahora —sonrió ella, subiendo un tono—. ¿Ha quedado contento con mis amigos?

—Contentísimo. Tengo más trabajo para ellos. Pero sobre todo ha sido usted la que ha hecho un buen trabajo.

—¿Con su primo?

—Sí —dijo Fred—. Es primo mío, sí.

—Parece buen chico el primo ese.

—El cuatro —reclamaba el hombrecillo con voz rencorosa y paciente.

—No hablemos de él —dijo Fred—; hablemos de usted.

—Vámonos —propuso Jenny Weltman.

Se levantaron. Una mujer de negro acababa de irrumpir en el escenario.

—Hola, señores militares —exclamaba—. Yo soy la viuda de Begbick y este es mi vagón bar. Enganchado a todos los transportes militares, corre por todas las vías férreas de la India. Y como les da de beber whisky y los transporta del modo más cómodo, lo llaman el «Begbick-vagón-bar». Y, de Hyderabad a Rangoon, todos saben que ha servido de refugio a más de un soldado mortificado.

La joven recobró el aliento. Habían subido hacia las puertas batientes provistas de ojos de buey azules.

—Puede que tenga algo más para usted —dijo Fred cuando estuvieron fuera—. Algo más estable.



Existe un cuadro de Caspar David Friedrich titulado *La gran reserva* que representa una parte de la reserva de Ostra, al noroeste de Dresde, en la orilla meridional del Elba, en 1832. El río está bordeado de árboles aglutinados a la izquierda formando lindero y manchando el fondo a la derecha en la ladera de una larga colina lejana; luego viene el horizonte y por último el cielo, principalmente el cielo, un enorme volumen de cielo frío que invade la mitad del cuadro hasta parecer que emana de él, que se interpone entre el ojo y él.

A primera vista, desde la casa de Bernard Calvert, el paisaje que dominaba Georges no se parecía en nada al de Ostra. Y luego había el aire, una monstruosa capacidad de aire helado como en permanente expansión que recordaba el espacio de la gran reserva, también con el atardecer, tras las puestas de sol, unos primeros términos en verde y pardo apagados.

Así pues, hacía frío, demasiado frío para que hubiera nieve. Era un paisaje seco cubierto de hierba corta, raída en los ángulos como los codos de una chaqueta vieja, pasto de animales pacientes, y en el que afloraban láminas de roca gris y gris amarillo. La mirada de Georges se hundía en un valle que tenía forma de embudo y en cuyo fondo un grupo compacto de tejados grises se dejaba atravesar por el hilo claro de una carretera provincial, como la joya por su cadenita, y más allá se elevaba una alta montaña, muy alejada pero muy nítidamente distinta, como si el inmenso aire puro formara una lupa, una especie de lupa que precisara extremadamente cada detalle sin por ello aumentarlo. Jirones de nieve perpetua cubrían las alturas de la montaña como una sábana rasgada, deshilachada, con acá y allá marcas trazadas por una lavandera loca.

Georges se instaló en la estancia principal de la casa, un espacio blanco rectangular con una larga ventana abierta al valle. Había en las paredes algunos grabados multicolores descoloridos, algunos libros en estantes que eran sobre todo prácticas dedicadas a las plantas, a los animales del campo, a la cocina con mantequilla. Había también un viejo aparato de radio Blaupunkt que chisporroteaba emisiones imprecisas de variedades francesas o italianas, un tocadiscos portátil enfundado en tela escocesa y hasta un teléfono que Georges descubrió no sin perplejidad como un intruso al que habría de resignarse, una especie de pasajero clandestino. Georges encerró el aparato en el fondo de un armario, bajo una pila de mantas de repuesto; el cable impedía que la puerta del armario se cerrara del todo.

Una vez examinados, Georges no volvió a entrar en los otros cuartos de la casa: dos sobrias habitaciones de hotel de montaña. En un cuartito contiguo a una de ellas descubrió, en cambio, instrumentos de música; un contrabajo de cuerdas desfondado y un bombardino barítono cuya embocadura oxidada dejaba en los labios un sabor a cobre dulzón, tenaz. En la cocina unos tupperwares contenían pasta y arroz; un pan de azúcar estaba plagado de hormigas muertas como cadáveres de esclavos a los

lados de una pirámide. Georges bajó hasta el pueblo con el Opel en punto muerto. No había más que una pequeña tienda de comestibles que servía también de despacho de pan, oficina de correos, parada de autobuses y ocasionalmente de café; se podía comprar jabón, latas de conservas, algunos accesorios domésticos robustos, de soldaduras visibles, bombonas de butano y cajetillas de tabaco.

Georges empujó la puerta, y una campanilla con badajo de hueso produjo un balido agudo por encima de él. Olía un poco a granero, a establo, a comida algo enmohecida; del techo colgaba una tira pegajosa, cementerio de las moscas del verano pasado. Al cabo de un rato salió una mujer de mofletes colorados y mangas remangadas en medio de un tintineo de cortina de cuentas, seguida de un perrito fofo, gordo, cilíndrico, un rosbif resucitado con largas orejas agudas desplegadas a un lado y otro de la cabeza como aletas de torpedo. Georges compró víveres para varios días, cerveza y vino en botellas polvorientas.

Un poco más tarde, seguía acechando el aburrimiento; no había nada que hacer. Georges arrastró el contrabajo fuera del cuchitril. La caja estaba húmeda y pegajosa; las cuerdas colgaban a lo largo del diapasón lo mismo que espaguetis demasiado cocidos, marcadas con copos de polvo gris como nieve en los hilos eléctricos, comprimidas en torno al clavijero en nudos de herrumbre grasienta. Se dispuso a afinar el instrumento con la ayuda del teléfono: el tono le sirvió de diapasón. En el fondo del cuartito, en una caja larga y plana, descubrió también un arco del que colgaban una veintena de crines, con un trocito apetitoso de colofonia de un tono bergamota.

Georges empezó a tocar de pie al sol que caía de la ventana, ejercitándose primero en sonorizar el paisaje: viento en las ramas, rebaños, tractores en pizzicato, cantos de pájaros con el arco. Después quiso reproducir melodías que recordaba; luego hizo escalas y arpeggios, trabajó el blues en dos o tres tonalidades.

Pasaron tres días. Le crecía rápidamente la barba. Vestido con un slip y unas gafas negras, tocaba interminablemente bajo el sol de la ventana, puesta la calefacción a tope, pegado al sarcófago zumbante como a una mujer, con la oquedad de la armazón aplastada en las ingles, secándose a veces la cara empapada en sudor, el pecho y los sobacos empapados con una toalla colgada del mástil; el humo de un cigarrillo sujeto en el clavijero subía a retorcerse en torno a la voluta en la cúspide del artefacto. De tanto tañer las cuerdas se le hacían gruesas ampollas blancas en las yemas de los dedos, que se ponían rojas cuando tocaba mucho tiempo, se reventaban y sacaban agua, sangre.

Por la noche soñaba muchísimo: con chacales, con odres llenos de arena, con géiseres y con bulldozers; él mismo era un bulldozer; se comportaba como tal. Después se despertaba, cogía el instrumento, tocaba, preparaba una comida rápida. Comía, volvía a tocar, casi sin parar hasta el momento de irse a la cama, con una breve interrupción para cenar. A veces se echaba a descansar un rato, con una botella de cerveza en la mano y la cabeza inclinada hacia atrás, bebiendo desmañadamente, y

el líquido se le derramaba por encima, formaba charquitos de espuma en los huecos de las clavículas y el ombligo, y todo ello habría podido seguir bastante tiempo, pues Georges ya no le temía al aburrimiento ni a la soledad. Pero precisamente llegaron visitas.

Crocognan llegó el primero. Para distraer a Georges, se había traído un televisor portátil que se balanceaba al extremo de su brazo como una cajita de pasteles. Se había sentado encima, fijando en Georges su mirada de elefante agotado por el trabajo; explicó la situación con voz sorda y frases breves. Mientras Donald se lanzaba a la búsqueda de Jenny Weltman, él, Crocognan, había vigilado a los ayudantes de Benedetti. Estos habían conseguido llegar hasta Bernard Calvert, poco avezado sin duda a los interrogatorios para ocultarles mucho rato lo que sabía de Georges. Crocognan había interrogado después a Bernard Calvert, tras lo cual había viajado de un tirón hasta allí a bordo de un potente BMW gris. Lo que mejor se roba, dio a entender, mostrando el gran vehículo nuevo por la ventana. Bock y Ripert no tardarían sin duda en presentarse por la región, pero el hombre fuerte estaba allí, ahora, para defender a Georges.

Georges asintió y luego señaló el contrabajo tendido de lado. Ah, música, exclamó Crocognan. Sí, dijo Georges. Fue a buscar el bombardino en el cuchitril. ¿Qué te parece? El hombre fuerte aludió a una lejana banda, en un lejano ejército. Dos horas más tarde, habían limpiado el instrumento con netol, engrasado los pistones, impermeabilizado la embocadura con corcho y cartón y acordado los dos instrumentos. El hércules logró arrancar rápidamente algunas notas del bombardino, formar escalas, y dedicaron el día entero a conseguir interpretar *What's new*, de pie uno frente a otro ante la ventana. Con un ademán seguido de un gruñido, Crocognan se había quejado del sol y de no tener sombrero; extendió sobre su cabeza un pañuelo verde atado por las cuatro puntas. Por la noche, intentaron ver una película en la televisión, pero no les interesaba el argumento; quitaron el sonido, cogieron los instrumentos y comentaron la imagen borrosa rascando y soplando una música primitiva. Y luego se oyó un ruido de motor fuera, a los dos tercios de la película; callaron enseguida; paró el motor.

Crocognan corrió hacia la puerta, blandiendo el bombardino como un arma. Llamaron; abrieron sin esperar respuesta; apareció Bernard Calvert con una bolsa de viaje en la mano. Georges quiso presentar el hombre fuerte al dueño de la casa. Nos conocemos, masculló Crocognan. Bernard Calvert evitaba la mirada del gigante. Comieron huevos; se repartieron las habitaciones. A la mañana siguiente Bernard Calvert confesó que sus relaciones con Véronique no iban muy bien. Había querido cambiar de aires. ¿No molestaba al menos?

—En absoluto —dijo Georges—. Pero es que aquí puede haber peligro.

—¿Quién? ¿Ese tío?

Crocognan había bajado al pueblo a comprar lo necesario para hacer un pastel.

—No —dijo Georges—, otros tíos. Los que fueron a verlo, ¿sabe?

—Ah, sí —dijo Bernard Calvert—. Lo siento, no debí decírselo.

—No tiene importancia. De todos modos todavía hay otros. Ya veremos.

El hombre fuerte volvió con kirsch fantasía y un surtido de fruta en dulce. Estuvo un rato atareado en la cocina. Luego empezaron otra vez a tocar. Bernard Calvert se había agregado a la orquesta, dando con dos ramas cortadas en una maleta vacía cubierta con un diario. Era un trío casi ortodoxo. Por la noche bebieron para celebrar los cuarenta y tres años que cumplía Crocognan.

A la mañana siguiente fueron a recoger leña monte arriba. Al cruzar los prados, se alzaban a su paso nubes de saltamontes, azul vivo, rojo vivo, con gruesas langostas verde manzana. Crocognan capturó un saltamontes; el insecto se resistía entre sus dedos como un pequeño muelle vivo en una cárcel de neumáticos; el gigante le arrancó una pata, la cató, hizo una mueca y dejó que el animal saltara con todas sus fuerzas. Y por la tarde bajaron de nuevo al pueblo, hicieron compras en la tienda; la tendera les sirvió café muy aguado que tenía en reserva encima de una estufa. A través del pequeño escaparate, mientras movían las cucharillas en las tazas, veían desfilar el escaso tráfico: hombres de tez morena y ojos claros, algún que otro 403 y 404 comerciales con briznas de paja cogidas en sus puertas abolladas, matrículas pintadas a mano y atadas con alambre a los parachoques; el coche de línea rojo y azul de las cinco que traía a hijos de agricultores del colegio más próximo, mujeres de agricultores que habían ido a comprar sólidas prendas de repuesto, un vendedor de electrodomésticos que hacía su ronda de servicio posventa, a veces un largo camión italiano, al final de la semana pequeños cupés nerviosos o grandes breaks familiares matriculados en la costa.

Se desgranaban las cinco en el carillón westminster, cuando, precisamente, se perfiló el fuselaje del coche de línea, que fue a frenar a la altura de la tienda de comestibles, al otro lado de la calle. Era un vehículo bastante viejo de la firma Chausson, de grueso cuerpo azul rayado con flechas rojas, un vehículo bastante feo con cristales sucios, faros bizcos, niquelados deslucidos. Por mimetismo o mutua elección, su conductor era también feo, rojo, estrábico y llevaba una blusa azul manchada con huellas negruzcas o blanquecinas. La puerta del autobús se abrió con un gran suspiro de aire comprimido. Desde donde estaba el trío, el vehículo parecía vacío. Era miércoles; los niños ayudaban a sus padres en las granjas; los más pequeños veían las series japonesas en la televisión. Pasado un momento, la puerta se volvió a cerrar con un nuevo flato quejumbroso y el autobús arrancó como un viejo paquidermo impulsado hacia el término de su carrera, un vasto cementerio de autobuses, descubriendo a los ojos de los tres hombres la plazoleta decorada con un castaño de Indias, una fuente y una señal indicativa, momentáneamente velada de polvo gris detrás del cual, vuelta hacia ellos, estaba Véronique con una maleta. Cruzó la calle.

—Aquí estoy —dijo—. Me harté de estar sola.

Hubo sonrisas más o menos forzadas, habría un problema de distribución de cuartos, ¿sabría cantar Véronique?, a lo mejor podía cantar. Georges no recordaba haberla oído nunca. Regresaron al chalet y luego volvieron al monte en busca de más

leña, dejando que Véronique descansara en el living.

Véronique pasó revista a la casa; la cocina, el cuarto de baño, los dormitorios. No tenía ganas de echarse; se preguntó qué podía hacer.

Bock se preguntaba lo mismo en aquel momento, apoyado de espaldas en la pared cerca de la ventana. Acababa de llegar. Asomó prudentemente la nariz para descubrir al otro lado de los cristales a aquella joven de pie, cruzada de brazos, en medio de aquella gran estancia. Se agachó para pasar por debajo de la ventana, siguió pegado a la pared hasta la puerta de entrada, respiró profundamente y sacó un arma del bolsillo de la chaqueta.

Como todo el mundo se había reído de su Manufrance, Bock había decidido adquirir algo más serio, a saber, una Colt 45 automática, Government Modelo 1911, arma discutida a veces, imitada a menudo y nunca igualada. Entre los artículos de este tipo que le había ofrecido un armero de la calle Réaumur, Bock había optado por un modelo conmemorativo, una pistola de coleccionista más que de profesional. Dos insignias adornadas con el águila americana decoraban las placas de la culata, y una escena de la batalla de Château-Thierry (julio de 1918) estaba finamente grabada en las guías: en el extremo del cañón, camuflados bajo un arbusto detrás de unos sacos de arena, una escuadra de americanos con cascos acecha al enemigo apostado en la otra orilla del Marne, exactamente encima del guardamonte. Por un gracioso efecto de abismo, el oficial que vigila con prismáticos los movimientos del adversario lleva una Colt 1911 en el cinto. Delante de él, tres soldados tendidos boca abajo están prontos a actuar: uno maneja un teléfono de campaña, otro apunta con una ametralladora al Château-Thierry invadido y el tercero no hace nada, tiene la barbilla apoyada en la mano y piensa en su prometida que lo espera en Saint Cloud, Minnesota.

Martial Bock no tenía intención de usar aquella arma, al menos desde el punto de vista balístico. Solo contaba con su fuerza intimidatoria, y ni siquiera había quitado el seguro debajo del gatillo. Apostado delante de la puerta, vaciló un poco; no estaba seguro de su método. Con lo sencillo que hubiera sido entrar sin contemplaciones, dando una patada a la puerta, y decirle a aquella mujer tres palabras con voz cansada, en americano, y que unos temblorosos subtítulos vermiculares se extendieran a sus pies para hacer entender qué quería. Pero se resignó, se decidió, abrió la puerta normalmente. Véronique se volvió hacia él.

—No se mueva, no diga nada —dijo Bock nerviosamente—. Sobre todo no grite. Venga conmigo.

Agitó su cañón cincelado y dejó en la mesa un papel doblado. Véronique salió de la casa y avanzó por el camino que llevaba a la carretera, seguida de Bock, que no paraba de volverse. A doscientos metros esperaba Ripert, al volante de un Talbot Horizon blanco. Bock hizo subir a Véronique detrás, sentándose a su lado.

—Andando.

Ripert puso el contacto y el motor de arranque del Talbot tosió un rato, paró de

toser, para toser de nuevo varias veces, en vano, hasta que la batería dio señales de cansancio. Ripert se volvió hacia Bock.

—Habrá que empujar —dijo con voz turbada.

Bock bajó del coche suspirando y guardándose la Colt en el fondo del bolsillo; luego empezó a empujar. El motor emitió una o dos explosiones secas e inexpresivas antes de calarse. Véronique echó un vistazo al cambio de marchas, puesto en la primera. Ponga la segunda, aconsejó, arrancará más fácilmente. Ripert se sobresaltó, lanzó una mirada indecisa a la joven, obedeció. Bock volvió a empujar y el Talbot acabó arrancando; dio unos cuantos tumbos por el camino estrecho y desapareció tras la primera curva.

Los tres hombres volvieron cargados de troncos, ramas y ramitas. Dejaron el combustible en un cobertizo, entraron en la casa y fue Bernard Calvert el que descubrió el mensaje para Georges. Lo leyó, lo hizo leer a su destinatario; luego Crocognan estuvo examinando mucho rato el papel. Si quiere volver a ver a la joven, ponía con una letra pequeña y puntiaguda, coja la D 605 hasta la N 12 y diríjase hacia el sur. Vaya solo. Anochece.

Georges salió, pues, solo al día siguiente por la mañana. Hacía frío; los pueblos eran claros. Nevados buena parte del año, el verano los había descubiertos después con un amarillo y un gris pálidos, como teñidos por toda aquella blancura que se les había derretido y secado luego encima, y en los paisajes predominaban también los tonos paja y pizarra descoloridos, con abruptas pendientes de tierra huidiza que estabilizaban bosques de abetos. Arcos de roca negra esculpida de amonitas cubrían a veces la carretera a cuyo pie corría un agua verde, rápida, nerviosa, fina, helada como una serpiente.

En cierto momento, entre dos aldeas, Georges se paró en un merendero que anunciaban desde lejos unos carteles pintados con toda evidencia por un aficionado. El aparcamiento, demasiado grande, con el suelo de cagafierro y cascotes, estaba vacío. Cuando salió Georges del merendero, reanimado por una taza grande de café, había una camioneta 2CV aparcada al lado del Opel. Un individuo rubio y flaco, con gafas de montura Seguridad Social, estaba instalado al volante junto a una mujer mayor que él de semblante hermético. El individuo salió de su coche cuando Georges se dirigía al suyo.

—¿Ha visto? —preguntó el individuo, señalando un punto del suelo debajo del Opel—. Así no iré muy lejos.

Una mancha oscura se extendía bajo el coche, absorbida en el acto por la gravilla. Georges abrió el capó y el individuo rubio pudo ver por encima de su hombro un goteo de lubricante que manaba lenta pero resueltamente del cárter, como deja una vida un cuerpo paso a paso. Luego se aceleró: una columna inmóvil de aceite negro unió muy pronto el vehículo al suelo.

—Así no iré a ninguna parte —observó el individuo.

Georges contempló el vehículo sin responder, con las manos hundidas en los bolsillos. Luego se volvió de cara a la carretera, cuya huida pareció estudiar largamente. Era en casos así en los que habría acabado acostumbrándose a ver surgir a Crocognan para arreglar la situación. Pero precisamente había disuadido al hombre fuerte de ir con él.

—Podemos llevarlo a un taller —propuso el individuo, agitando el pulgar—. Hay un mecánico por ahí, a unos diez kilómetros. Podemos arrastrar el coche hasta allí. ¿Tiene una cuerda?

—No.



No tenía cuerda. No llevaba bastante dinero para arreglar el coche. No quería quedarse solo en una carretera de los Alpes esperando Dios sabe qué. Meneó la cabeza. No, repitió en un plan más general, como si opusiera su negativa al conjunto de la situación.

—Podemos llevarlo a algún sitio.

—Eso —dijo Georges—. Llévenme a algún sitio.

Y así se encontraba un poco más tarde sentado en la chapa misma, dando tumbos en la parte trasera de un Citroën desconocido guiado por desconocidos hacia una meta desconocida por una carretera nacional. Nadie decía nada excepto la mujer de edad, que se volvió un momento hacia Georges y le dijo vamos a pasar por el templo; es un pequeño rodeo. De acuerdo, dijo Georges. Si le hubiera dicho vamos a pasar por la costa, por el depósito de cadáveres, por Suiza, Georges habría dicho igualmente de acuerdo; estaba un poco ausente de sí mismo. Dejaron la nacional y se metieron por una carretera estrecha, retorcida, que subía mucho y cuyos arcones se desmoronaban. Hubo una placa triangular con una silueta de animal salvaje en medio; luego un rebaño de ovinos entretuvo el coche un rato. A la izquierda, unas matas de espliego moteaban con regularidad un triángulo de tierra roja como gruesos botones en un chaleco. Después una depresión a la derecha se profundizó en barranco, quedando muy pronto bordeado el otro lado de la carretera por una pared de esquisto abrupta. Desde la trasera de la camioneta no podía distinguir Georges ni la cima de la pared ni el fondo del barranco.

—Ahí está el templo —dijo la mujer.

Aquello no se parecía mucho a un templo. Era una especie de palacete mudéjar con fachada de frontón rematada por una línea ondulada de tejas y flanqueada por torrecillas. Las ventanas eran exiguas y estaban cerradas con celosías, y la puerta de la verja era un espeso matorral de hierro forjado. El conjunto tenía un tono ocre y blanco con estrechas franjas rosa y verde sorbete.

Frente al edificio, unos tiestos de madera contenían árboles muertos de una especie inhabitual. Por lo demás, se podían ver muchas plantas muertas en las inmediaciones, toda una flora cuyo clima no era aquel se descomponía allí, a menos que la pita descarnada cerca de la puerta no fuera aún del todo su propia momia. Más lejos, unos abetos llenos de salud rompían con aquella decoración propia de otro cielo, igual que desentonaría un chalet suizo entre los árboles del pan o un iglú cubierto de buganvilla.

La casa estaba adosada a la pared de esquisto negro, en la que incluso debía de penetrar íntimamente, puesto que se distinguían encima de ella cuatro o cinco ventanas desiguales talladas en la roca, un ventanal, una tronera y un ojo de buey enrejado. No se veía a nadie; no había nada más que aquella casa con su cementerio vegetal delante. El escarpe se prolongaba al este hasta amalgamarse con los contrafuertes de una montaña cercana y se desencajaba brutalmente como una mandíbula al oeste para descubrir otra montaña cercana, entre la hierba corta y el

cielo gris vacío. Bajados los cristales, una cuchilla de viento acerado atravesaba el coche, que fue a aparcar delante de la entrada. Bajaron. Fueron hacia la puerta, que empujó el individuo rubio para dejar pasar a Georges primero. El vestíbulo era húmedo y oscuro, como si se penetrara directamente dentro de la roca. Georges avanzó y se volvió súbitamente hacia el individuo.

—Es la casa de Ferro, ¿no?

Entonces la mujer de edad dijo algo que Georges no entendió, y Georges sintió que le asestaban un golpe violento por detrás en el hombro, y Georges gritó y recibió otro golpe más violento justo encima de la nuca, y todo el universo se redujo a un punto de luz blanca muy viva, que iluminó un instante el espacio oscuro que la rodeaba y desapareció luego con lentitud. Hay algunos televisores que hacen lo mismo cuando se apagan.

Georges está atado a un pilar en medio de una estepa sin horizontes. Suena una música apagada en lontananza, cuyo último acorde se disipa brevemente como el humo de una cerilla; luego retumban a la izquierda horribles crujidos. Georges vuelve la cabeza, descubre un dragón que progresa rápidamente hacia él. El dragón es dos veces mayor que Georges. Tiene un pico, alas, garras, una mirada estúpida, grazna horriblemente, se diría un pollo prehistórico, su color es de ceniza y hueso. Llega y se inclina hacia Georges, que comprende que ese pollo se le quiere merendar el coco. Georges quiere gritar, pero su boca no produce ningún sonido. Se agita violentamente entre sus ataduras, abre los ojos. La estancia es beige y gris, con cortinas pardas corridas, una pequeña lámpara amarilla, cuadros beige y grises en las paredes. Uno de los cuadros representa a un hombre en una calle, con su sombra más larga que él tendida a sus pies en la posición de las doce y veinte.

Una mujer estaba mirando aquel cuadro, daba la espalda a Georges, que reconoció en ella a la mujer de edad, seguramente la madre del individuo rubio y alto; Georges estaba echado boca arriba con las muñecas y los tobillos atados con esposas a los montantes de una gran cama de cobre. Volvió otra vez la cabeza a la izquierda y descubrió a Véronique tendida a su lado y atada como él. Parecía dormir. Georges cerró de nuevo los ojos y pareció dormir también. Ya no estaba el pollo. Georges oyó como la mujer se acercaba a la cama, respiraba un instante encima de ellos, desplazaba sobre una mesilla de noche objetos de vidrio y metal, salía cerrando la puerta con llave y se alejaba.

—No estoy dormida —dijo Véronique en voz baja.

—Yo tampoco.

Ya no se oía ruido detrás de la puerta, pero hablaron bajito, ella primero: Bock y Ripert habían querido secuestrarla en una habitación ridícula, visiblemente alquilada a toda prisa y de la que habría podido huir con facilidad; simplemente no le había dado tiempo. En efecto, durante la noche habían irrumpido dos hombres en la habitación, donde se turnaban los agentes de lo contencioso: un atleta pálido y un moreno seco tipo italoamericano (ya veo, dijo Georges). Al principio parecían estar en connivencia con Bock y Ripert, luego se produjo un altercado entre los cuatro y los visitantes se habían marchado por último llevándose a Véronique. Luego debió de ocurrir algo que no llegó a grabarse en su memoria, y se había despertado en aquella cama, volviéndose a dormir, despertándose de nuevo y descubriendo a Georges a su lado. Y después hablaron de cuando vivían juntos, y aquel tiempo les parecía muy lejano, histórico, casi embalsamado en estado de mito, cuando no hacía ni un mes, detrás del Cirque d'Hiver.

Se abrió la puerta y entró Barrymore seguido de Baptiste. Sin decir palabra, los dos hombres liberaron a Véronique y a Georges de sus ataduras y luego arrastraron a este último hacia la salida, dejando a la joven encerrada en la estancia. Georges los

siguió: más pasillos, escaleras arriba y abajo, rellanos, puertas laterales. A medio camino, se pararon en una habitación estrecha que parecía una sacristía y en la que en efecto revistieron a Georges con una especie de alba, con cuello y puños abrochados. Naturalmente, la encargada del guardarropa era Béatrice; igual que los otros dos, hizo como si no conociera a Georges.

El cual se encontraba después sentado en una especie de silla curul, en medio de un grupo bastante numeroso de gente, silenciosa, toda de blanco, atenta a una cortina corrida. Cuatro hombres lampiños rodeaban a Georges, vigilándolo por el rabillo del ojo; parecían obtusos e impulsivos.

Era una sala redonda bastante amplia y desproporcionadamente alta cuya cima se prolongaba en una galería vertical más estrecha hacia la luz exterior, constituyendo un espacio en forma de botella de burdeos. Aquel cilindro de aire comprimido en la roca, en el corazón del escarpe, se prestaba evidentemente más a la celebración de una ceremonia que el antiguo estudio de tragaluz de la calle Amelot. Muy arriba, a través del grueso cristal sellado a la base del gollete, divisó Georges un disco de cielo cruzado por una nube en forma de colilla. La cortina blanca, frente a la asistencia, formaba un rectángulo nítido como una página. No se movía. No se movía nadie. Luego se abrió de golpe, como se rasga la página, descubriendo el aparato escénico habitual: una cama donde descansaba un cuerpo disimulado, un pequeño órgano Farfisa, dos trébedes sosteniendo la olla y el cubo detrás de los cuales se hallaban el masajista y la máscara.

—Rayo mayor —invocó la máscara—, rayo séptimo.

Georges reconoció la voz de Fred.

—Manda el sol hacia nosotros —respondió la asistencia en coro.

—Alabados sean los siete nombres —profirió un incontrolado—. Baxter, Deshnoke.

—Luego, luego —gritó la máscara—. Más tarde.

—Abercrombie, Severinsen, Crabol —se obstinaba el creyente.

—Martini, Dascalopoulos —concluyó la máscara con voz paciente—. Alabados sean; son perfectos. Luego los repetiremos.

Por los agujeros abiertos en la máscara, Georges no lograba distinguir los ojos de Fred.

—Hermanos y hermanas —prosiguió este—, hoy es un día para nuestros corazones y nuestras frentes. Aquí está el octavo nombre previsto por los otros. Va a manifestarse. El momento es grande. En esta ocasión sacrificaremos a un voluntario —añadió apuntando a Georges con un dedo—. Cuando el rayo venga hacia nosotros —prosiguió el dedo, volviéndose hacia el redondel de cielo—, restituiremos este polvo al ultravioleta lejano. ¡Que aparezca! —se exaltó de súbito—. ¡Que salga por el cenit y se ponga por el nadir!

—¡Que aparezca, que aparezca! —reclamaron furiosamente los devotos.

No parecían especialmente furiosos contra Georges Chave. Nadie se fijaba en él

excepto los cuatro lampiños, el rubio alto, que se volvió dos veces en su dirección, y Roger Briffaut, de pie en la última fila de asistentes. El confidente iba equipado como todo el mundo con el traje rayista, pero el cuello de su blusa era un poco ancho y se distinguía por debajo el arranque cuadrulado de su corbata. Su semblante reflejaba una mentalidad incrédula pero seguía la corriente. Que aparezca, que aparezca, entonaba en el tempo.

—El nombre se va a encarnar —anunció Fred—. Ya es tiempo.

—Que se encarne —se exasperó el coro.

Una puerta se abrió al fondo del escenario y apareció el octavo nombre. Gibbs lucía esmoquin blanco, camisa blanca y corbata de pajarita blanca, un lienzo blanco en la cabeza como los que llevan los emires y una diadema de cobre. Se adelantó sin parecer ver a Georges tampoco él, ni siquiera cuando Fred se lo señaló, repitiendo aquella alusión desagradable al sacrificio inminente. La máscara y el inglés intercambiaron algunas fórmulas consagradas, inclinándose luego ante la pequeña cama. El silencio volvió a ser perfecto. Gibbs se volvió hacia los fieles.

—Celebremos los ocho nombres —propuso tímidamente.

Repitieron los siete agregándoles el suyo.

—Que renazca nuestra Hermana —exclamó la máscara, empezando a aporrear el teclado del Farfisa.

El cuerpo se agitó en la cama, sus brazos desnudos retiraron la sábana y apareció Jenny Weltman. Se levantó. Georges la miraba embelesado. Fred sonreía detrás de su pantalla de cartón.

Como lo prescribía su empleo, la joven se desnudó y empezó a lanzar largos gritos; los fieles se prosternaron en el acto. Georges se dio cuenta con un segundo de retraso de que los lampiños también se habían prosternado y lo que siguió no fue sino un acto reflejo por su parte, sin premeditación ni plan, como si se lanzara a la persecución de su propio cuerpo: saltó de su silla y corrió por entre los prosternados hacia la puerta por donde había surgido Gibbs. Nadie se interpuso, había sido demasiado rápido, ni los mismos celebrantes tuvieron tiempo de reaccionar. Detrás de la puerta se abría un corredor oscuro; se metió por él. Pasados unos metros oyó gemir y luego gritar a los fieles, mientras la voz de Fred ahogada por la máscara los exhortaba a la calma. Hubo un portazo, unos pasos rápidos sonaron a su espalda.

Georges encontró rápidamente el trayecto que había seguido un poco antes con Baptiste y Barrymore. Las pisadas de los corredores seguían empecinadas a su espalda. A la altura de la sacristía, se arrojó al cuarto estrecho, cerrando la puerta con presteza. Las pisadas se acercaron y se alejaron pasillo adelante. Pararon un momento. Volvieron más despacio. Georges cogió instintivamente el primer objeto que le vino a las manos: un paño de cocina; un paño no es un arma. Se abrió la puerta y otra vez apareció Gibbs. Estaba sudoroso, su toca de emir debía de haber volado durante la carrera, los cabellos le colgaban como puntos y comas rojos sobre la frente.

—Hello, Georges —exclamó como si no pasara nada.

—Es usted un cabrón —dijo Georges.

—Se lo voy a explicar.

Se había asociado, pues, con un hombre de negocios para intentar recuperar el dinero de Ferro. Era el hombre de negocios el que había decidido acondicionar la casa de Ferro para templo rayista, el que había reconstituido la secta en pocas semanas, galvanizado a los fieles deprimidos tras la defección de Dascalopoulos, pensado en hacerse pasar por este, el que por último había robado el expediente del despacho de Benedetti. Era cierto que el expediente por sí solo no valía más que medio billete de banco, pero el hombre de negocios parecía en vías de procurarse el otro medio. Ya veríamos. No era persona fácil, a Gibbs le asustaba un poco.

—Esta secta, de momento, no produce ni una perra —confesó el inglés—. Pero de eso se encarga él; yo no quiero contrariarlo. Es un psicópata, ¿sabe? Hay que andar con cuidado. Además es verdad que puede ser útil esta pequeña cofradía, puede prestar algún servicio. Y resulta divertida, ¿no?

—Divertida —repitió Georges—. ¿Ha visto qué quieren hacer conmigo?

—Ha sido idea suya —protestó Gibbs—. Pero le advierto que un sacrificio es un buen factor de cohesión del grupo.

—Espero que no quieran matarme de verdad.

Gibbs respondió a esto con un gesto evasivo, como si aquella eventualidad quedara excluida y resultara a la vez inevitable, siendo en definitiva de un interés secundario. Este gesto despertó una rabia sorda en el alma de Georges. Alargó un brazo para apartar a Gibbs de la puerta.

—Ahora déjeme salir.

—No. Entiéndame. Es mejor que se quede.

Georges adelantó su mano como una zarpa hacia la cara de Gibbs, como si primero fuera a arrancarle la barbilla, y el inglés se apartó rápidamente murmurando algo en inglés, y se abrió la puerta, y entró Fred con la máscara en una mano, una Taurus 86 Target Master en la otra y tres calvos detrás armados con instrumentos contundentes.

—Justamente, aquí está —exclamó Gibbs aliviado—. Permítanme que les presente. —Agitó frenéticamente sus miembros superiores—. El señor Shapiro, el señor Chave, el señor Chave, el señor Shapiro.

—Basta de bromas —dijo Fred.

Había tenido miedo un momento, pero en definitiva aquello no era sino un sueño y un juego, una historia organizada por otro en la que Véronique no hacía más que pasar sonriendo. Había abierto las cortinas. El ventanal estaba un poco alto para ella, como un acuario empotrado en la pared espesa, solo que al otro lado había aves en los árboles, mesetas de hierba corta y montañas cercanas. Cogió una silla, se subió encima para alcanzar el sistema de abertura en el lado superior de la ventana, recorrió el pestillo, aguantó el cristal para que se abriera sin hacer ruido, se encaramó al borde del marco, vio mejor el paisaje.

El parque mustio concluía en un camino amarillo estrangulado por una curva bajo la pared rocosa, y justo al principio de la curva dos hombres de pie cerca de un coche azul miraban en dirección a ella; uno de los hombres tenía algo ante los ojos. Véronique se sentó a horcajadas en la ventana y vio que poco más de dos metros la separaban de una porción de tejado desde la que podría saltar a otra, acaso a una tercera, y luego ya vería.

Se colgó un instante del marco, se soltó, cayó sin percance sobre una pendiente de tejas friables y musgosas. Avanzaba con movimientos vivos, sin titubear, sin mirar demasiado hacia abajo por temor al vértigo. Salió varias veces del campo de los gemelos de Guilvinec, que refunfuñaba resumiendo cada vez la situación.

—Una chica —especificó—. Por el ventanal, ¿la ves? Da la impresión de querer huir. ¿Qué hacemos?

—Nada —dijo Crémieux—. Esperar.

Véronique llegó a un segundo trozo de tejado resbaladizo, a otro, a la arista de una paredilla a ambos lados de la cual se abrían abismos, pero que permitía saltar a un collado con un espeso colchón de agujas de pino. Desde allí, bajo el cielo inmenso, corrió por el parque hacia los dos hombres al lado del camino.

Estaban allí desde mediodía. Habían vigilado vagamente las inmediaciones, leído la Guía Azul de la región así como los diarios locales, oído música militar y de fondo en el cassette y las informaciones de cada hora en la radio, bebido café frío de un termo que cerraba mal. Habían llegado una hora más tarde que el individuo rubio y su vieja madre, que transportaban a Georges. En aquel momento ya estaban reunidos los sectarios en el interior de la roca; habían aparcado en un granero el autocar pequeño alquilado para la circunstancia. De modo que Guilvinec y Crémieux no habían visto entrar ni salir a nadie. Habían admirado el paisaje y comido bocadillos de rillettes. Y también habían bostezado, comparado y comentado luego sus horóscopos en un periódico. Ahora la veían venir, y Véronique supo enseguida que aquellos hombres encarnaban el orden. Les habló y respondieron como tales.

—¿Qué quiere que hagamos nosotros? —preguntó Crémieux—. Mírenos: no vamos equipados. No tenemos ayuda. La policía es como todo. Esperamos.

—Pero ¡no se van a quedar ahí! —dijo Véronique—. ¡No se van a quedar ahí sin

hacer nada!

—Digamos que empezaremos por quedarnos aquí.

Más abajo hubo en el aire un ruido de motor. Luego apareció un Mercedes beige, siguiendo su propio ruido y zigzagueando entre los relejes. ¿Qué carajo es eso?, dijo Guilvinec. Era Benedetti.

Frenó a su altura, dirigiéndoles una mirada mortecina a través del parabrisas. Iba encogido en su asiento como un gran montón de ropa sucia en una bolsa cerrada con gruesos botones de galalita. Sonaba una música cursi dentro del coche, algo así como Léo Delibes o Vincent d'Indy. Benedetti giró un botón para bajar la música y apretó otro para bajar el cristal. Saludó con voz cansada. Buenas tardes.

—¿Qué hace usted por aquí? —preguntó Crémieux.

—Pasaba —dijo absurdamente Benedetti—. Quiero decir que venía a ver qué pasa. Mis ayudantes me telefonearon anoche desde cerca de aquí; me dio la impresión de que había un buen cacao. Salí en el acto. Quince horas conduciendo. Estoy cansado.

—¿No nota un olor? —preguntó el otro agente del orden.

Benedetti empujó la puerta para abrirla, con un gran esfuerzo aparente, como si intentara mover una pared, y salió cojeando. Se adivinaba su piel ajada bajo su ropa arrugada. Agachado, se frotó largamente el tobillo mientras miraba un poco de humo que salía por las ranuras del capó.

—Este coche está jodido —dijo—. No para. No ha parado desde París. Imagínense qué viaje.

—Tenía que haberlo llevado al mecánico —dijo Guilvinec, paternal—. Que le echara un vistazo antes de salir.

—No hubo tiempo, salí pitando —dijo el hombre de lo contencioso—. Mi mujer, el hospital —evocó—. Completamente rendido —concluyó—. Bueno, ¿qué pasa?

Pues según la señorita..., empezó Crémieux. Y contó metódicamente todo lo que acababa de notificarles Véronique. Hablaba despacio, como si estuviera mecanografiando un informe, reflexionando bien antes de cada frase, buscando lejos en su cerebro cada palabra del informe, y luego cada letra de la palabra en el teclado de la máquina. Con sorpresa para Véronique, añadió al relato de la joven detalles de su cosecha; con mayor sorpresa aún, los detalles eran verdad. Los otros dos escuchaban a Crémieux moviendo lentamente la cabeza, y cuando hubo acabado su informe contemplaron todos el palacio colonial. Nada se movía en él, todo parecía definitivamente vacío y muerto, como un viejo cascarón.

—Por allí no conseguiremos nada —prosiguió Crémieux señalando la fachada—. Si hay algo, es detrás —señalando la pared rocosa—. La señorita ha salido por allí —señalando el ventanal y luego a Véronique—. Debe de haber un paso o algo así. Tardaríamos horas en encontrarlo, somos pocos. Somos pocos —repetía con voz sorda señalándose a sí mismo—. Habría que avisar a los compañeros de la zona, a la prefectura, y tardarán una hora en llegar.



Empezó a restregarse profundamente los ojos. Benedetti limpiaba maquinalmente con la manga la curva del parabrisas. Guilvinec observaba una pequeña rapaz que describía círculos en el cielo blanco. Véronique miró un momento a los tres hombres y emprendió la marcha hacia la casa con aire decidido.

—¡Eh! —dijo Guilvinec—. ¿Adónde va?

—Calla —dijo Crémieux—. Deja de hacer el guardia todo el rato. Está bien —dijo, levantando la voz hacia la joven—, está bien. Vamos a probar; vamos a intentar el golpe. Ya vamos; vuelva, que vamos a ir. Venga, vuelva, que ya vamos.

Volvió. Crémieux señaló, bastante lejos a la derecha, un sendero filiforme que atacaba la pared en larga diagonal hacia una especie de plataforma plantada con una encina, justo encima de las ventanas abiertas en la piedra.

—Por allí —dijo—. Desde arriba quizá podamos ver. Estaría bien que hubiese un paso. Una vez vi una casa un poco así con mi mujer en Grecia, en verano. En menos rico. El hábitat troglodita, ¿eh?; es interesante. Solía haber pasos por todas partes.

Se metieron por el sendero hasta la plataforma, donde, pegado a la encina, crecía un enebro. La presencia de un cepo para cazar tordos, hecho con una gruesa piedra primitivamente sostenida por dos palos en equilibrio inestable, atestiguaba una presencia humana esporádica en aquel sector. Debajo de la piedra caída, trocitos de enebro enmohecido y el esqueleto petrificado de un volátil permitían pensar que la presencia llevaba mucho tiempo sin manifestarse. Se quedaron un momento allí, silenciosos. Benedetti volvió a frotarse el tobillo. Crémieux miraba a todos lados.

—Un momento —dijo.

Con un vigor insospechable se lanzó a trepar frenéticamente por la roca casi vertical en dirección a un pequeño saliente de piedra estratificada, como un pico plano, a unos metros por encima de la plataforma. Resbaló varias veces, cogiéndose de objetos frágiles, arbustos que se arrancaban —¿va bien, jefe?, ¿va bien, jefe?, gritaba Guilvinec—, pero los otros lo vieron encaramarse al final, enderezarse al borde del pico, mirar algo a sus pies y gritarles que fueran, que tal vez había un paso o algo así. Subieron cada cual como pudo.

No era un paso sino un agujero circular en la roca, un pozo estrecho del que no se distinguía el fondo. Se colocaron alrededor del agujero; Guilvinec se tendió boca abajo y hundió la cabeza en el interior. La sacó, declarando que no se veía nada. Vuelve a mirar, dijo Crémieux. Guilvinec volvió a hundir un buen rato la cabeza en el agujero, luego la sacó y dijo que sí, que se veía algo. Tenía la cara de color escarlata; ya no se distinguían las venillas del resto de sus tegumentos. Casi nada, matizó, una claridad vaga al fondo de todo.

—No podemos bajar por aquí —dijo Benedetti con su voz cansada—. No se puede.

—¿Qué hacemos? —preguntó Guilvinec, sacudiendo el polvo de su traje azul debajo del impermeable.

—Esperar —dijo Crémieux.

—Antes decía lo mismo —observó Véronique.

Desde las profundidades de la tierra les llegó entonces un largo aullido, agravado por la galería, como lanzado por la peña misma; no exactamente un aullido, por otra parte, sino más bien una larga nota sostenida muy alta, lastimera, mágica, bélica: el grito de la Hermana subía hacia ellos.

—Bajemos —dijo Crémieux.

Fred no amenazaba a Georges con su arma. Esta pesaba en su mano sin utilidad práctica, no siendo más que una simple señal, una baliza dispuesta allí para indicar hacia qué lado se inclinaba la relación de fuerzas, si es que alguien se interesaba por aquella cuestión.

Al principio no se dijeron nada. Fred sonreía un poco, sin complacencia, con una única alegría cómplice en la mirada. A su espalda, los tres hombres lampiños vigilaban la escena con la porra. Unas rápidas pisadas crecieron por el pasillo, y entró el cuarto lampiño.

—Se están poniendo nerviosos —anunció nerviosamente—. Haría falta alguien.

—Que los entretenga la chica —dijo Fred—. Que chille un poco más.

—Ya chilla —dijo el lampiño—, ya chilla; hace lo que puede. Pero no hay quien los aguante.

Fred se volvió hacia Gibbs.

—Vaya usted. Dígales algo. Haga un pequeño discurso.

—Eso no estaba previsto —protestó el inglés—. ¿Qué les voy a contar?

—Invente —dijo Fred—. Yo qué sé. Hombre, sí, las verduras. Siempre se ponen contentos cuando ven las verduras. Forma parte del tinglado. Suelo repartírselas al final pero, bueno, por una vez...

—No sabré cómo hacerlo aún —farfulló el pelirrojo.

—Ya me está cabreando, Ferguson —gritó Fred—. Hay que hacer un mínimo, ¿no? Arrime un poco el hombro, si quiere que la cosa marche. Pregúntele al masajista, eso, mire al masajista y haga como él, venga. Pero vaya de una vez.

El inglés se puso tieso, inspiró, quiso mover los maxilares.

—Está bien. Voy a hablarles —dijo con voz insegura—. Allá voy.

Salió seguido del lampiño. Fred se volvió hacia Georges sonriendo de nuevo, guiñó un ojo y luego alzó los dos al cielo, como cuando alguien se queja disimuladamente de su criado o su señor.

—Todo lo he de hacer yo. Se lo he de decir todo.

Hizo señal a los otros tres de que se apostaran en el pasillo. Cerró la puerta y fue a abrir un gran armario muy hondo al otro extremo de la habitación, en uno de cuyos lados se superponían cajones. Fred dejó el revólver en uno de ellos, sacó de otro una botella de bourbon Barclay y dos vasos y de un tercero un diminuto transistor negro y gris de fabricación japonesa con un gran botón rojo encima. Llenó los vasos, se arrellanó en un taburete, con la espalda en la pared, puso los vasos en el suelo y se los señaló a Georges con un movimiento del mentón, mientras manipulaba el transistor, que empezó a emitir música de piano, concretamente *Sweet and lovely* por el trío Wynton Kelly. Fred desplegó la antena, graduó el volumen y levantó un vaso en dirección a Georges, que hacía girar el alcohol amarillo al fondo del suyo. Bebieron.

—Oye —dijo por último Georges—, esto no puede seguir. ¿Qué es toda esta

historia?

—Qué poca confianza tienes —lamentó Fred—. Cálmate. Hasta ahora has hecho lo que hacía falta; has representado muy bien tu papel. Hasta tu pequeña fuga. Fue perfecta. Desviaste la atención exactamente como era preciso.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué papel? —se irritaba Georges.

—El que quería que hicieras. No tenías obligación de estar al corriente; incluso era mejor que no lo estuvieras. No intentes comprender, haz lo que te digo, que todo irá bien. Ya verás, no te preocupes por nada, tienes mucho que ganar en esta historia. —Bebió—. Cambiando de tema, ¿qué tal después de tanto tiempo? No has cambiado mucho.

—Tú tampoco. Excepto los cabellos, quizá.

—¿Qué? —dijo Fred, encrespándose—. ¿Qué pasa con mis cabellos?

Pero se dominó, restableció los niveles en los vasos, puso sordina al piano, que ya no era el de Wynton Kelly sino el de Ronnel Bright.

—Ahora sé dónde está el dinero, al final lo he descubierto. Soy el único en saberlo; ni siquiera Gibbs está enterado. ¿Quieres verlo?

Se había levantado y arrastraba a Georges hacia la ventana.

—¿Ves la roca? A la derecha, arriba, ¿la ves? Está allí, en el fondo de un pozo, todo está allí. En fin, puede que no esté todo; digamos que hay bastante. No hay más que bajar. Se puede coger con facilidad; podrías cogerlo tú, si quisieras. ¿Has oído ese ruido?

Era el inspector Guilvinec que disparaba un tiro.

Guiados por Véronique y seguidos por Benedetti, Crémieux y él habían encontrado la habitación de la gran cama de cobre y luego se habían metido solos por el pasillo hasta la sacristía. Los tres lampiños de guardia se habían arrojado enseguida sobre ellos blandiendo sus porras. Los funcionarios habían levantado sus armas de servicio y Guilvinec acababa, pues, de largar un proyectil que rebotó repetidas veces entre las paredes del pasillo antes de caer agotado, completamente deformado por los impactos. Luego se habían batido simétricamente en retirada, se habían refugiado en los rincones, se preguntaban qué iban a hacer.

Sin prisa alguna recuperaba Fred su Taurus del armario. No te muevas, dijo casi maquinalmente, quédate aquí. Georges se encogió de hombros y vació su vaso, mientras Fred iba hacia la puerta, la entreabría. Frente a él, los tres esbirros arrinconados le dirigieron ademanes que expresaban la impotencia y la perplejidad. Más lejos hacia la izquierda, una punta de abrigo de lana negra sobresalía de un ángulo muerto y en un vano flotaban faldones de impermeable verde novísimo.

Fred disparó sin vacilar sobre la tela verde, la agujereó, y Guilvinec masculló coño con tono de irritación, retrocedió demasiado bruscamente contra la pared y su cuerpo dio como un rebote; Guilvinec tropezó, levantó la pierna para recobrar el equilibrio y Fred disparó sobre la pierna, la agujereó, y Guilvinec exclamó coño con expresión de despecho, sin más pasión perceptible que si acabaran de empujarlo con

cierta violencia en una acera; no sintió enseguida mucho dolor, pero empezó a caer, y Fred quiso disparar otra vez, pero el abrigo negro empezó a dispararle a Fred, que se volvió prestamente a la sacristía. Pegados a la pared, los lampiños ni se habían movido.

Crémieux dejó su refugio, disparando en dirección a aquellos dos o tres últimos tiros disuasivos, progresando lentamente de espaldas hacia su compañero, que ahora se aguantaba la pierna gimiendo coño coño con expresión de dolor. Arrastrando uno al otro por las solapas del impermeable, desaparecieron por el primer recodo, lejos de la mirada de los lampiños, que se volvían precisamente en el mismo instante, pues Gibbs acababa de surgir por el otro extremo del vestíbulo, con las ropas y los cabellos en desorden y el espanto pintado en el semblante. Irrumpió en la sacristía arrollando a Fred, que acechaba detrás de la puerta.

—Quieren lincharme —relinchó—. No he sabido hacerlo. Ya se lo había dicho.

—¿Qué? —preguntó tranquilamente Fred—. ¿Qué hay?

—Un amotinamiento —susurró el inglés—. Habré dicho algo que los ha disgustado.

—¿Y ella?

—No sé. He salido corriendo. Querían tomarla conmigo, ¿entiende?

Georges se levantó.

—No te muevas —dijo Fred—, prefiero que no te muevas. Si vas allí, será peligroso para ti. Seguro que es el sacrificio, no se ha hecho, eso es lo que ha debido de excitarlos.

—Pero, cojones —se exasperó Georges—, se te ha ocurrido a ti esa puta idea del sacrificio, ¿no?

—Tengo mis contradicciones —reconoció Fred—. Y no seas tan grosero.

La puerta volvió a abrirse y apareció Jenny Weltman. Había corrido, resplandecía, Georges estaba deslumbrado. Hubo un silencio lleno de respeto a su alrededor, solo que era Barry Harris quien tocaba ahora en la radio. La joven fue hacia el armario, lo abrió, se quitó el velo de Hermana detrás de la puerta del mueble, del que sacó ropa que los tres hombres oyeron resbalar por su piel.

Reapareció. La ropa no era tan femenina: una cazadora de aviador en cuero de caballo muy oscuro, un jean 501 descolorido, un jersey de cachemira gris y zapatos de ante negro con bastante punta. Georges seguía mirándola con una expresión extática y tímida y un poco imbécil. Alelado un momento, Gibbs empezó a funcionar súbitamente.

—Nos vamos —gesticuló—. Esto ya ha durado bastante. Encuentre el dinero y vayámonos.

Fred inspeccionó prudentemente el pasillo. Hizo entrar a los lampiños y les repartió armas de puño que sacó de un cuarto cajón del armario.

—Paciencia —dijo.

Bock y Ripert habían llegado los últimos. Habían explorado la casa, registrado cuarto por cuarto, descubierto a su jefe dormido en la cama de cobre; no quisieron despertarlo. Véronique, a la cabecera de la cama, les había explicado cómo reunirse con los policías, a los que encontraron inclinado uno sobre el otro, que gemía. Juntos habían estudiado la situación.

—Es mejor ir enseguida —propuso Crémieux.

—Un momento —dijo Ripert—, déjenos respirar un poco. Con lo que nos ha costado encontrarlos... ¿No quieren que me quede para cuidar de él? —sugirió, señalando al policía bretón.

—Como si fuéramos muchos —dijo Crémieux haciendo una mueca.

—Tiene razón, Christian —reconoció Bock.

Hicieron el recuento de su arsenal, lo revisaron, lo cargaron y marcharon al combate, Bock y Crémieux delante, Ripert remoloneando un poco atrás.

Vacilaron un instante ante la puerta de la sacristía, en cuyas inmediaciones no se encontraba ya nadie. Luego un rumor cobró forma a lo lejos, creció, y de pronto surgieron los rayistas por el final del pasillo. Ocupaban toda su anchura, avanzaban con paso vivo clamando sus fórmulas, sonaba el susurro de sus ropajes blancos. Al instante los tres hombres se metieron en la pequeña estancia y a partir de entonces se sucedieron los acontecimientos con bastante rapidez.

Bock y Crémieux amenazaron eficazmente a todo el mundo con sus armas, mientras en el pasillo seguía aumentando el clamor. Ripert se unió a ellos con un instante de retraso que causó un contratiempo, como una nota falsa en una ejecución: flotó en el aire una breve indecisión y uno de los lampiños se aprovechó de ella para dispararle al compañero de Bock. Sonó una gran detonación. Todos se sobresaltaron. Al volver la calma, Ripert se había quedado sin nariz: una gran salpicadura en el punto que antes ocupaba la nariz arrojaba sus brazos como una araña roja a los cuatro lados de la cara. Ripert lanzó un grito horrendo, dominando el tumulto exterior. Todo aquel ruido se hacía insoportable, y sin duda para abreviarlo Fred disparó a su vez sobre Ripert instintivamente, como se espanta un mosquito, y al instante siguiente Ripert ya no gritaba.

Se produjo un silencio; hasta los secuaces habían callado al otro lado de la puerta, asustados seguramente por los disparos. Una voz relajada salió del transistor para decir que acababan de escuchar a Kenny Drew y que iban a oír a Freddie Red. Nada de eso: excitándose mutuamente, los rayistas empezaron a gritar de nuevo sus eslóganes, mientras golpeaban la puerta cerrada con llave, ahogando implacablemente los acordes preliminares de *Jim Dunn's dilemma*.

Bock vio que Ripert estaba muerto. Nunca lo habría creído posible. En los siete años que llevaba tratándolo, lo había visto herirse con frecuencia, casi siempre que tenía ocasión de hacerlo, pero morir, no, no le cabía en la cabeza. Y en el fondo tenía

que acabar así, pensó, aunque en aquel momento su pensamiento no era fatalista sino vengador. Dirigió una mirada indignada a Crémieux, que presintió lo que Bock iba a hacer, quiso gritar algo disuasivo, pero el otro ya estaba vaciando el tambor del arma conmemorativa, sin ver exactamente lo que se hallaba en la línea quebrada de su tiro.

Todos se arrojaron boca abajo en un magnífico movimiento general, como nadadores de carreras cuando el que dispara no es Bock sino un *starter* cuya linda gorra blanca se refleja en el agua clorada. Fred había rodado hacia el armario entreabierto, al pie del cual giró sobre sí mismo apuntando con la Target Master a Bock y Crémieux, cuando este se esforzaba por aplacar a aquel agitando su propia automática sin pensar en usarla. Pero el policía vio entonces a Fred, que le estaba apuntando, y a su vez apuntó, disparó y no tocó a Fred, cuyo cuerpo se agitó con un espasmo violento de reptación anterógrada que lo aproximaba a la puerta del armario. La de la sacristía cedía aquel mismo momento bajo el empuje de los fanáticos, que surgieron en masa, blanquearon el espacio en un instante y se petrificaron ante la visión de Fred sin máscara, en aquella postura incongruente.

—Es él —se indignó uno.

—No es él —gritó otro.

De modo distinto querían decir lo mismo. Impostor, exclamaron, agente de lo opaco. Esta expresión debía poseer un significado para ellos. Dascalopoulos, corazón del rayo, histerizó una devota, ¿dónde está?, ¿dónde estás?

Fred aprovechó el estupor de los rayistas para propulsarse con un nuevo movimiento convulsivo al interior del armario, que cerró secamente de un portazo. Se produjo otro breve silencio mientras sonaba el clic-clac de una cerradura dentro del mueble, con un poco de Sonny Clark muy amortiguado, ya que el transistor, como todo el mundo, se había echado bafle abajo en lo peor del pánico. Durante unos segundos todos escucharon la música. No a todos debió de gustarles lo suficiente, pues hubo un violento rebrote de desorden.

Desentendiéndose de Bock y de Crémieux, del cuerpo yacente de Ripert, desdeñando incluso a su Hermana y a la encarnación del octavo nombre, los adeptos arremetieron contra el armario, que quisieron hundir. Bock, enloquecido, seguía apretando el gatillo de su arma vacía. Crémieux redujo a los lampiños, antes de hacerlos entrar en razón, y luego, cuando los dos intentaban apaciguar a los rayistas, apareció el confidente Briffaut sin aliento.

—¿Dónde está Shapiro? —preguntó.

—No invirtamos los papeles, Roger —dijo severamente Crémieux.

Briffaut vio a toda aquella gente apiñada a la puerta del armario. Briffaut sabía que en el fondo del armario se abría otra puerta por donde se podía salir al exterior. Toda aquella gente lo ignoraba. Crémieux se acercó a Gibbs mientras Bock se encargaba de desalojar a los fieles.

—Señor Gibbs —dijo—, hay dos o tres cosas que no me acabo de explicar.

El inglés bajó la cabeza. Fuera, ya estaba anocheciendo.

Una bombilla oscilaba con muy poco margen de amplitud al extremo de su hilo. Hacía temblar las sombras de las personas que aún estaban allí sin decir ya nada, como si por fin escucharan realmente aquel tema triste que tocaba ahora Lou Levy. El programa debía de estar dedicado a los seguidores de Bud Powell. No estaba mal hecho, pensó Georges, aunque no deberían haber olvidado a Walter Davis.



Los otros no tardarían, pero de momento no había nadie. Era domingo en aquel ancho tramo frío y gris del bulevar de Ménilmontant, con sus paseos plantados de árboles desnudos y negros bajo los cuales se cubrían de polvo vehículos robados y abandonados allí, reflejados en los escaparates de los marmolistas y las floristas frente a la entrada del Père-Lachaise.

Entremos: algunas ancianas, con sus cestos llenos de esquejes y restos de comida para los gatos, van a llenar botellas a una fuente. Un encargado vestido de azul facilita planos del cementerio a un grupo de jóvenes. Pasan más grupos, vestidos de oscuro a veces. Un hombre ceñido con un gran delantal y tocado con un sombrero de lona se lleva hacia la izquierda una carretilla llena de flores marchitas. Tres hombres solos, dos parejas, una adolescente. Se podría creer que hay bastante gente, pero se trata de un espacio muy amplio: están lejos unos de otros y no llegan a anular el vacío. Por otra parte, no siempre se sabe si vienen de paseo o si han venido a ver a alguien en particular. Es la una y veinte, hace más bien frío y no hay nada más que ver; salgamos.

Desde la entrada, a lo lejos, se ve a Benedetti, que avanzaba lentamente. Se había pasado la mañana en el cementerio para el entierro de su mujer, y aguardado, en espera del de Ripert, en un café del bulevar de Charonne que hace esquina con la calle de Terre-Neuve, y al fondo del cual unos cuantos veladores en una tarima rodean una mesa de billar. No tenía mucha hambre, solo había consumido un huevo duro y una botella de agua mineral con gas. Demasiado próximo al billar, estorbaba los movimientos de los jugadores; se lo habían insinuado y él se había apartado. Después se había tomado un café en la barra. Detrás de él, los quinielistas intercambiaban puntos de vista y periódicos especializados, agitaban y taladraban boletos. Y ahora que casi estaba en el cementerio, frenaba un coche a su altura. Bock y Liliane Bock bajaron del coche y fueron a estrecharle largamente la mano.

Entretanto, por una entrada secundaria al fondo del callejón que cierra la calle de la Réunion, entraba también en el cementerio Georges Chave, acompañado de Donald y Crocognan. Avanzaron por las avenidas, no tenían prisa, habían torcido maquinalmente a la izquierda hacia el muro de los Federados, descifraban los nombres y las indicaciones en las estelas. De lejos, en una curva de la avenida circular que bordea la sección 97, Georges vio a Crémieux, que venía en dirección a ellos, acompañado de Guilvinec, acompañado a su vez de una mujer y apoyado en un bastón inglés. Al ver a los policías, Donald y Crocognan oblicuaron discretamente hacia Edith Piaf. Georges siguió solo hasta la tumba de Jacques Duclos.

—Ah, está aquí —exclamó Crémieux—. Es grande esto, se pierde uno.

—Creo que es más bien por allí —dijo Georges, señalando un punto fuera del alcance auditivo de la cantante.

—Es grande —repitió Crémieux.

—Cuarenta y tres hectáreas, jefe —indicó Guilvinec, enarbolando circularmente el bastón.

—No me llames así, hombre —dijo Crémieux con voz suave—. Ya sabes que tenemos el mismo grado en el escalafón.

Guilvinec fijó en Georges una mirada de perro desconfiado. La mujer que lo seguía era rubia y ancha y toda colorada como él; la pena sola no podía anegar así su mirada. Era fácil imaginársela por la noche con su hombre, empinando ambos el codo en la cocina antes de irse a la cama.

Debían encontrarse todos en la glorieta del Grand Rond, de allí se trasladarían luego a la sección 28, donde la familia de Ripert poseía una sepultura, a dos pasos del corazón del mariscal Mortier. Se había formado ya un grupo cuando Georges y los policías llegaron a la glorieta. Estaban allí todos o casi todos, a excepción de Donald y Crocognan, que se disimulaban detrás de los árboles y los sepulcros, desplazándose discretamente como monos alrededor de un campamento.

Había gente a la que Georges no conocía, seguramente parientes del difunto, entre otros una señora de edad con un abrigo de pieles color bronce, sostenida físicamente por un adolescente ceñudo que vestía una cazadora de cuero negro y moralmente por un hombrecillo vivo, salpimentado con un bigotito de agente de seguros, que lucía una gabardina beige y un sombrero chiné pardo-beige de alas cortas, con una plumita naranja metida en la cinta. Él, por el contrario, parecía muy animado, como si se preparara a firmar un gran contrato todo riesgo. Se parecía un poco a Ripert. Podía ser su hermano.

En cambio no había viuda, o si acaso había dos, aproximadamente de la misma edad, que se evitaban; una parecía algo más afectada que la otra. Georges vio también al matrimonio Gibbs; Ethel conversaba con Véronique. Crémieux se acercó a Ferguson; seguramente había aún algo que no acababa de explicarse. Georges estuvo vagando un momento por el grupo y luego se arrimó al matrimonio Bock. Un malentendido, dijo Bock, estrechándole tristemente la mano, un lamentable malentendido. Parecía emocionado, distraído; hacía girar sobre sí misma la gruesa alianza que le estrangulaba el dedo anular como una vieja junta de fijación.

El grupo se acercó a la estrecha fosa. Los enterradores se colocaron en su sitio con sus cuerdas, haciendo deslizar el ataúd con destreza. La viuda más afectada tiró unas flores frescas encima y los hombres empezaron a echar paletadas de tierra. Procedían con soltura, con la despreocupación eficaz del verdadero profesional, la flemma del artesano curtido. Se diría que hacían algo distinto, que construían una paredilla o se pasaban cajas de coles; verlos trabajar producía una impresión tranquilizadora y escandalosa.

En ese momento, Georges Chave se volvió y vio a Jenny Weltman a diez metros de él, fresca y gloriosa como la primera vez, y llevando el mismo vestido negro con motivos azul grises. Ella le hizo una señal antes de desaparecer otra vez en un bosquecillo de columnas truncadas, la siguió, la alcanzó cerca de otra entrada

secundaria que da a la calle del Repos. Un coche estaba aparcado algo más lejos, en la esquina del bulevar, un Rover grande azul noche, sin edad, cuyos níqueles reflejaban perfectamente cuanto los rodeaba bajo multitud de ángulos. Había un chófer en el asiento del conductor, que no se volvió cuando Jenny Weltman abrió la puerta de atrás ni cuando se subió al coche seguida de Georges, que tomó asiento a su lado, justo a la espalda del chófer. El Rover arrancó sin que nadie hubiera dicho nada.

Hay un semáforo en el cruce del bulevar de Ménilmontant con la avenida Gambetta, que bordea por el oeste la tapia del cementerio del Este. Cuando el coche frenó en el semáforo, el chófer se inclinó, sacó de la guantera el estuche plano de una cinta magnética que metió en el radiocassette, y de cuatro altavoces disimulados en las puertas brotaron los primeros compases de *Cherokee*. La joven se había recostado por fin en el hombro de Georges. Este alzó los ojos hacia el retrovisor, desde el cual, como un primerísimo plano en una pantalla diminuta, le sonreían los de Fred.

—Bueno —dijo Fred—, ¿qué hacemos ahora?

# Notas

[1]. *Groin*: «jeta, hocico de jabalí o de cerdo». Puede usarse también para designar a una persona cuya cara es particularmente repugnante. (N. del T.) <<